

LASDAOALPLAY presenta



ENCUENTRO CON LO ANTIGUO

Una historia de Francesc Marí

Presentación

Creo que *Encuentro con lo antiguo* es la obra que más cosas ha vivido de todo cuanto he escrito. Empezaron siendo cinco relatos que se publicaron entre 2015 y 2016 en la web de cine de terror *Almas Oscuras*. Por si fuera poco eran independientes, solo compartían el ambiente tenso y el estilo narrativo, pero algo en ellas me hizo pensar que, en realidad, formaban parte de un todo. Con esa idea en mente, encaje las piezas y modifiqué lo necesario para que tuvieran un sentido y se convirtieron en los primeros capítulos de la primera versión de *Encuentro con lo antiguo*, que publiqué por mi cuenta y de forma gratuita a finales de 2016.

Aunque con el final bastante abierto, estuve satisfecho en mi fuero interno y más cuando, dos años más tarde, me propusieron traducirlo y publicarlo de nuevo en catalán en *Fantragers Editorial Lliure*. Si a alguien le gustaba tanto como para traducirlo y publicarlo de nuevo, muy malo no debía ser, ¿no? Sí, seguía siendo gratuito, pero esto siempre ha tenido ese aire de «proyecto independiente».

Los años pasaron pero en mi interior sentía que la historia y los personajes se merecían una continuación, una segunda parte, ya que el final había sido demasiado abierto y yo sabía que ellos habían seguido viviendo. Y, así, seis años más tarde, retomé la trama y escribí una segunda parte que ataba los cabos sueltos y terminaba de conectar todo aquello que no había conectado, dando lugar a la reedición y ampliación que publiqué en *Amazon KDP* en 2022.

Sin embargo, a pesar de que el formato y la historia eran perfectos, sentía que había hecho que *Encuentro con lo antiguo* jugara en una segunda división de mis obras, por el mero hecho de haber ido dando tumbos con tres publicaciones en seis años. Así fue como llegamos al presente, al 2026, cuando la sección de ficción de la editorial de *LASDAOALPLAY* ya funciona perfectamente y caí en la cuenta que qué mejor lugar en el que *Encuentro con lo antiguo* encontrase su lugar definitivo que en «casa». Por lo que, por fin, más de diez años después de su nacimiento, puedo afirmar que estamos es la edición definitiva de *Encuentro con lo antiguo*.

El autor

Primera Parte

Un extraño legado

Aquellos días no habían sido los mejores en la vida de Martin. Su tío y mentor, el Dr. Oliver Shadecraft, había muerto. El brillante profesor de historia y mitología de la Universidad de Miskatonic, y conservador del Museo de Historia de la ciudad de Arkham, había sido hallado, sin vida, en su despacho apenas tres días antes. Los médicos dijeron que había sido una muerte fulminante provocada por un fallo en el corazón. Algo extraño, teniendo en cuenta la perfecta salud de su tío. Pero que podía decir él, era historiador, no médico.

Martin era uno de sus alumnos y de sus ayudantes, pero aquella semana estaba en Nueva York visitando a sus padres. Sin embargo, aquellas pequeñas vacaciones habían sido interrumpidas de repente al recibir la desagradable noticia. Martin lo había dejado todo y había regresado a Arkham para hacerse cargo del funeral de su tío.

Ahora, después de unos largos y oscuros días, Martin tenía que recoger el despacho. Sabía lo que aquello significaba. Durante días tendría que pasarse catalogando libros, pergaminos y objetos extraños de todo tipo, para vaciar el despacho y convertir la carrera de su tío en un simple recuerdo. Con esto en la cabeza, cruzó la puerta del despacho, con la esperanza de que otro de los ayudantes del Dr. Shadecraft estuviera allí para ayudarlo, pero no tuvo esa suerte. En el despacho no estaba más que él y el peculiar olor del masaje de su tío. En la percha de madera que había en una esquina todavía estaban colgados el abrigo y el sombrero de franela que solía vestir los fríos días de invierno. Incluso el ordenador ronroneaba, advirtiéndole a cualquiera que pasase por ahí que estaba encendido.

Distraídamente, Martin movió el ratón, y la pantalla se encendió dejando de estar en reposo. Todavía habían abiertas algunas carpetas y ventanas, como el navegador, que mostraba la cuenta de correo de su tío. Sin pensarlo, y queriendo evitar recoger el despacho, Martin se sentó en silla ergonómica mientras clicaba en los correos que atestaban la bandeja de entrada. La mayoría de ellos, por no decir todos, eran mensajes de condolencia. Como si el hombre fuera a consultar su correo una vez muerto, para saber quién pensaba en él. Menuda tontería.

Mientras remoloneaba leyendo todo tipo de notas de pésame, Martin encontró un mensaje guardado en la carpeta de borradores. Seguramente debía de estar guardado por error y no sería importante, pero tampoco pasaba nada por seguir entreteniéndose y evitando vaciar aquel despacho.

El borrador parecía ser un correo escrito pocos minutos antes de que descubrieran el cuerpo. Y estaba dirigido a... ¡Martin Shadecraft! Llevado por la sorpresa de conocer las últimas palabras que su tío le dedicaba, Martin lo abrió y empezó a recorrer las palabras con avidez...

Querido Martin:

Sabes que, normalmente, no te escribiría un correo informándote sobre una pieza cualquiera que nos haya llegado al museo, sin embargo, este caso es diferente, especialmente por lo que me ha sucedido estos días.

Todo empezó anteayer. Esa tarde, como estaba previsto, llegaron una serie de cajas repletas de objetos destinados a ocupar algunas de las estanterías del museo. Yo esperaba, como sucede a menudo en estos casos, que la mayoría de ellos fueran piezas sin demasiada relevancia histórica y, por lo tanto, serían inventariados y almacenados a la espera de la ocasión perfecta para mostrarlos al público. Aunque carentes de importancia, mi curiosidad natural y mi obligación como conservador me obliga a echarles un vistazo a todas ellas, como mínimo, para saber que autorizo incorporar a la colección del museo. Habitualmente, durante estas inspecciones no descubro ningún tesoro en bruto, ya que las piezas realmente importantes siempre llegan con todo tipo de seguridad. Pero en esta ocasión fue completamente diferente.

Entre todos los objetos que llenaban aquella caja de pino sin barnizar había uno que me llamó la atención solo verlo. Alargué las manos y lo cogí. Se trataba de una caja pintada con laca negra y roja, y decorada en blanco con símbolos aparentemente orientales. No era más grande que una hoja de papel y de no más de cuatro dedos de grosor. Mientras acercaba las manos hacia ella, percibí que había algo a su alrededor, que no podía identificar, que me estaba diciendo que la cogiera. A pesar de ser llamativo, el estilo de la caja denotaba que su objetivo era sacar el dinero de algún turista iluso. No debía ser más antigua de principios de siglo xx, como mucho mediados del xix.

Con cuidado, soplé sobre ella sacudiendo el serrín y las hebras de madera que la protegían de los golpes que pudiera recibir, depositándola sobre mi escritorio. Si en aquel momento hubiera sido plenamente consciente, me habría puesto los guantes de algodón para no dañar la pintura; pero, como te he dicho antes, había algo que me impulsaba a abrir aquella caja. Así que sin pensármelo dos veces desabroché el cierre metálico de la caja y abrí la tapa.

En su interior, bajo un par de pliegues de una pieza de tela muy fina, casi transparente, había un extraño objeto que al principio no pude identificar. Con sumo cuidado aparté la tela, y ante mí apareció una peculiar y rudimentaria máscara. Tenía forma de óvalo cortado por la parte superior, dos grandes agujeros a modo de ojos y una boca simbolizada a partir de unas pocas perforaciones. Sin embargo, no se trataba de una máscara fácil de describir. No estaba formada por una sola pieza, constaba de tres partes de diferentes tamaños, unidas entre ellas por fuertes cordeles metálicos. Además, cada una de las piezas era de un estilo distinto. La mayor de ellas, que agrupaba el ojo izquierdo, gran parte del derecho y casi el resto de la cara, era de cerámica, tenía una grieta que amenazaba en partirla en dos, así como inscripciones y símbolos que, sin ser un especialista en la materia, identifiqué rápidamente como egipcios. La pieza que completaba el ojo derecho era una media luna de piedra, con grabados de estilo mesoamericano, aunque no podía distinguir si se trataba de aztecas, mayas u olmecas. La tercera parte de la máscara, que englobaba la boca y la barbilla, parecía ser la más moderna, era de un cuero bien trabajado de tono rojizo, y tenía cuatro agujeritos que la traspasaban a modo de boca. Si al describirlo de este modo puede parecer que las tres piezas no formaban un total demasiado homogéneo, debo admitir que ante mis ojos era algo completamente armonioso a la par que enigmático.

Tras contemplar aquella misteriosa pieza, y llevado por un impulso impropio de un conservador, cogí la máscara con ambas manos y la extraje de la caja. Al sostenerla comprobé que, a pesar de los materiales, era más ligera de lo que esperaba. Con las manos temblorosas, le di la vuelta y la situé ante mí como si fuera a ponérmela. Y fue entonces cuando vi lo que menos me esperaba. La parte interna de las tres piezas de la máscara estaba cubierta por todo tipo de arañazos, como si alguien hubiera luchado por quitársela o arrebatársela a alguien.

Pero antes de comprender el significado de aquellos arañosos, y sin saber el porqué, mis brazos empezaron a doblarse, acercando cada vez más la máscara a mi rostro. Y ahora comprenderás por qué te escribo esto.

Cuando mi piel tocó la superficie áspera de la máscara, durante un segundo no supe que había sucedido, pues una luz cegadora me impedía ver lo que me rodeaba. Pero, después, pasados unos segundos, empecé a distinguir formas a mi alrededor. Ya no estaba en mi despacho, mis pies ya no pisaban el duro suelo de mármol del museo y el cantar de los pájaros ya no resonaba en mis oídos. Parecía estar en un desierto, al menos parecía arena lo que había bajo mis pies. Estaba rodeado por un paisaje completamente desolado, no se veía ni un edificio, ni una alma, nada. Tenía la sensación de que estaba flotando, como si estuviera en el fondo del mar. La poca luz que iluminaba aquel paraje aterrador tenía tonos verdes, como si una inmensa esmeralda iluminara la noche desde un faro. En mi mente se cruzaron un centenar de pensamientos, uno de los cuáles era escapar de aquel lugar. Sin embargo, mi cuerpo parecía decidido, ya que andaba de prisa llevado por un misterioso instinto hacia una dirección desconocida para mí. Inconscientemente me llevé las manos a la cara y pude comprobar que la máscara la cubría. En aquel momento una sensación de claustrofobia invadió todo mi cuerpo. Llevado por el terror, cogí la máscara y tiré de ella con fuerza. Un segundo después volvía a estar en mi despacho, frente a mi escritorio y con la máscara en mis manos.

¿Qué había pasado? No lo sé, pero sin lugar a dudas, tenía algo que ver con ella.

Después de lo sucedido, guardé la máscara en la caja intentando olvidarme de aquella misteriosa alucinación y me fui a casa. Pero, durante la noche, unos sueños horribles acecharon mi mente. Era el mismo lugar, la misma luz y la misma sensación de estar sumergido en el agua que había tenido mientras la tuve puesta. Me desperté empapado en sudores fríos, estaba claro que aquella experiencia me había afectado más de lo que yo contaba. Así que, armado de valor, partí de nuevo hacia mi despacho, con el claro objetivo de averiguar que escondía aquel misterioso objeto.

Por segunda vez estaba delante de aquella caja, igualmente atraído por el objeto que guardaba en su interior. La abrí, cogí la máscara y, plenamente consciente de lo que estaba haciendo, la puse en contacto con la piel de mi rostro.

Una vez más, una potente luz me cegó y después estaba de nuevo en aquel desolado paraje. Sin embargo, algo me decía que era diferente. Mis pasos eran más rápidos que en la ocasión anterior, aquella extraña luz verde era más intensa y, en mi pecho, sentía mi corazón palpar con fuerza. Era como si tuviera la impresión de estar más cerca. ¿De dónde? Todavía no lo sabía.

Llevado por mi pobre espíritu aventurero, controlé el ataque de pánico que volvía aflorar y me contuve de arrancarme la máscara, como había hecho el día anterior. Gracias a ello pude explorar aquel enigmático lugar. No sé durante cuantos pasos anduve intentando averiguar hacia dónde iba o por qué. Pero, cuando mis nervios estaban a punto de estallar, vi algo que controló mi ansiedad. Había más personas a mi alrededor. Primero vi lo que parecía una mujer a mi izquierda, después un hombre a la derecha, un niño delante. Al poco rato, las personas que podía distinguir hacia el infinito horizonte verde eran incontables. Ninguna de ellas hizo gesto de interactuar conmigo, igual que yo, que proseguí mi silencioso paseo hacia lo desconocido. Puede que no hablara con ellos, pero una cosa era más que evidente: todos íbamos en la misma dirección.

Al principio no me di cuenta, pero cuando estuve a la altura de la mujer que andaba a mi izquierda pude comprobar que su rostro permanecía oculto tras una máscara. De igual modo, el hombre y el niño y todos los demás llevaban una máscara. A simple vista se podía pensar que no era iguales a la mía, tenían más o menos piezas, estaban realizadas con otros materiales. Sin embargo, algo en mi interior me decía que todas aquellas máscaras eran la misma. Había algo en ellas, en su aspecto, en su composición o en su estilo, que me decía que se trataba de la misma máscara.

Quise acercarme a examinar la de alguno de mis extraños compañeros de viaje, pero al intentarlo, mis piernas se negaron a acercarme a ellas. Por mucho que probé a cambiar el rumbo mis pies seguían el mismo ritmo que había llevado hasta entonces. Por un segundo el pánico y una extraña sensación de terror invadió mi cuerpo, pero supe controlarme, mi oficio de investigador se impuso a mi naturaleza cobarde.

Antes de poder planear mi siguiente paso, por fin contemplé mi destino y el de las decenas de personas que caminaban a mi lado. En mitad de aquel páramo desierto impregnado en luz verde había una colosal montaña que crecía a cada paso que daba. En seguida pude ver que aquella misteriosa luz procedía de su

base. Llevado por un impulso irreconocible en mí desde mis años de juventud, mis piernas —si podía llamarlas así, teniendo en cuenta que no las controlaba— empezaron a dar grandes zancadas hasta ponerse a correr.

A este ritmo, en poco rato me situé en la base de la montaña, y pude distinguir el lugar exacto de donde procedía la luz: una construcción que parecía ser un antiguo templo grecorromano. Ocho grandes columnas estriadas con capiteles de estilo jónico y dispuestas en dos filas de cuatro sostenían un friso y una cubierta sobre ellas. El tamaño de esta construcción era titánico. Debo reconocer que en mi vida había visto un templo de las dimensiones de este. Cuando estuve lo suficiente cerca como para distinguir con mayor detalle aquella misteriosa construcción, pude comprobar que si bien parecía un templo griego, no lo era en absoluto. Las escenas que decoraban el friso y el tímpano de la cubierta no eran, para nada, similares al Partenón. Aquellos bajorrelieves mostraban escenas completamente desconocidas para mí, y absolutamente indescriptibles. Pero lo que más captó mi atención fue la figura que presidía el tímpano. En el centro de aquel espacio, esculpida en la piedra del templo, había una enorme criatura, cuyo abotargado cuerpo de dragón humanizado estaba coronado por una gigantesca cabeza con forma de pulpo.

A lo largo de mi extensa carrera como profesor he visto descritas multitud de curiosas y extrañas criaturas mitológicas, pero la visión de ninguna de ellas podía llegar a compararse a aquella imagen que, en ese instante, parecía observarme desde la parte superior de la entrada del templo.

Fue entonces cuando me percaté que estaba justo debajo la columnata de entrada. Mi instinto de supervivencia me obligó a arrancarme la máscara, como si me alertara para no entrar en aquella extraña construcción. Un instante después volvía a estar sentado en mi escritorio con la máscara en las manos.

A diferencia de la primera vez, en esta ocasión mis sentimientos eran otros.

Después de aquello, intenté regresar a mis quehaceres diarios, pero, durante todo el día, no pude dejar de pensar en la máscara y en el mundo que escondía. Mi subconsciente me decía que evitase aquel objeto, así que procuré mantenerme alejado de mi despacho hasta que se hizo de noche y fue la hora de volver a casa. La pasada noche, si bien tampoco pude dormir, no fue por pasarla aterrorizada, sino esta vez fue porque sabía que al otro lado de la máscara había algo. Algo que estaba ahí, esperándome para que yo lo descubriera. En mi mente se habían

quedado grabadas las imágenes vividas al ponerme la máscara. El páramo, la montaña, el templo, las escenas del friso, aquella grotesca criatura que me miraba desde arriba. ¡Imagínate qué descubrimiento! Sin embargo, había un sin fin de preguntas que me corroían por dentro ¿De qué se trataba? ¿Dónde se encuentra ese maravilloso y enigmático lugar? ¿Quiénes son esas personas que se dirigen hacia el templo? ¿Por qué esta máscara posee esta magnífica cualidad? Me planteé muchas teorías durante las largas horas de insomnio, mientras pensaba con anhelo en volver a ponerme la máscara ¿Qué era aquel lugar que había visitado ya dos veces? ¿Un mundo nuevo? ¿Un universo paralelo? ¿Una desconocida dimensión? No lo sé, pero sin duda, cuando haya investigado un poco más, será algo grandioso.

Martin no entendía nada, ¿de qué hablaba su tío? En su despacho no había nada parecido a la máscara que describía. Y, a pesar de respetar y querer mucho a su tío, dudaba si una simple y antigua máscara como la que describía podía tener esas cualidades. ¿Su tío había perdido la cabeza? ¿Sufría alguna enfermedad que él no conocía? No lo sabía. Sin embargo, por lo que le habían contado, cuando lo encontró otro de sus ayudantes estaba sentado frente a su escritorio, con la cabeza echada hacia atrás y las manos apoyadas sobre su regazo, con las palmas hacia arriba. Lo único fuera de lo normal era una vieja cajita china abierta sobre el escritorio, que contenía unas gasas muy finas.

La tercera carabela

A las 7 de la tarde, justo cuando el viejo reloj de la facultad hacía repiquetear las campanas indicando que era la hora punta, la última de las cuatro personas citadas por el profesor Mark Shepherd entró en su despacho en el departamento de Historia Naval de la Universidad de Miskatonic. El recién llegado era el joven profesor Shadecraft, que recientemente había sustituido a su difunto tío en el departamento de mitología. Sentados en torno a una pequeña mesa redonda, esperando a que Shadecraft ocupara su lugar, estaban la hermosa doctora Towers, especialista en historia de la baja edad media; a su lado el profesor Vasilikov, todo una eminencia en el campo del folklore europeo; y a su lado, el mejor amigo de Shepherd, el doctor Martínez, profesor del departamento de Historia Militar, pero ferviente amante del mar, el misterio y de todo lo que su amigo quisiera contarle.

Frente a cada uno de ellos había un pliego de papeles. Una cuantas hojas escritas a ordenador sin poner el menor reparo en la forma.

—Muy bien, Mark, ¿por qué nos has reunido aquí? —preguntó Martínez.

—¿Y a estas horas? —concluyó Vasilikov, en parte molesto y en parte intrigado.

—Tengo que explicaros lo que he descubierto en mi reciente viaje a Sevilla.

Los otros cuatro lo miraron expectantes.

—Normalmente, la vida de un historiador tiende a ser aburrida —empezó a decir Shepherd—. Pocas veces se descubre algo nuevo...

—Eso no es cierto y lo sabes —lo interrumpió Towers mostrando la más agradable de sus sonrisas.

—Bueno, puede que uno descubra algo, pero que solo parezca trepidante para él, siendo absolutamente tedioso para el resto de los mortales —admitió Shepherd—. ¡Mortales! Una palabra que ahora, tras lo que a continuación relataré, quedará puesta en duda.

—No te sigo, Mark —dijo Martínez.

Shepherd lo observó durante unos segundos. Sabía que lo que le contaría a continuación le fascinaría, sin embargo, estaba siendo demasiado melodramático. Pero ¿un momento como aquel no lo requería?

—¿Realmente lo somos? —prosiguió—. ¿O existe algo que nos permite la tan indeseada inmortalidad? Que no juventud eterna.

Los otros cuatro sonrieron.

Shadecraft, que permanecía callado desde que había entrado por la puerta, no había dejado de hojear los folios escritos que tenía en frente.

—No pretenderás decirme que lo que hay aquí escrito, es cierto —soltó de pronto el joven.

Al oír aquello, Martínez, Towers y Vasilikov no dudaron en empezar a leer a toda prisa aquellas hojas.

—¿Nunca os habéis preguntado por qué la gente confunde la Santa María, que era una nao, con una carabela, anunciando que Colón descubrió América con tres carabelas y no con dos? —les propuso Shepherd.

—¿A qué te refieres? —preguntó Vasilikov.

—Antes de que digáis nada, os agradecería que os leyerais detenidamente lo que tenéis frente a vosotros, y en lo que Shadecraft ya os lleva ventaja.

Mientras Shepherd volvía tras su escritorio buscando algo, los otros, reconvertidos en alumnos por una noche, empezaron a devorar palabra tras palabra.

Estas son las correcciones, o borrones, que se hicieron del diario del primer viaje a las Indias que hizo el Almirante don Cristóbal Colón.

Viernes, 7 de septiembre

Todo el viernes y el sábado, hasta tres horas de noche, estuvo en calma [el viaje. No en cambio los marineros de La Isabela, la cuarta nave que partiera de la Gomera. Parece que algo les ha sobresaltado en demasía, ya que desde aquí oyese gritos y alaridos y berreos].

Sábado, 8 de septiembre

Tres horas de noche sábado [el almirante trasladose a la tercera carabela para que su capitán le explicase qué mal podía provocar tan desconsolados desvaríos de los hombres que tripulaban su nave. Jacomel Rico, que así llamábase questo capitán, le contó que una desconocida enfermedad estaba propagándose entre sus hombres, provocándoles fuertes dolores y

convulsiones incontrolables y sendos berridos que habían disturbado la paz marina. Preocupándose por su hombres, el Almirante a pedido ver a los enfermos, pero arrepintiéndose de inmediato al ver tan horrendo espectáculo. Tres hombres de bien estaban atados con correas de cuero a los camastros, para evitar que sacudieran a cualquiera que acercáseles demasiado. Tenían las pieles enrojecidas y macilentas a la vez, como si algún carnicero les hubiera desollado vivos. Sus bocas estaban cubiertas de una espesa espuma, que desperdigaban por doquier, al intentar hincar los dientes a cualquier cosa que pudiera acercarse a ellos. Horrorizado y perturbado, el Almirante ha decretado que la cuarta nave de la expedición conservase una estricta cuarenta, siendo él el último en salir de tan pestilente nave.] *Comenzó a ventear Nordeste, y tomó su vía y camino al Oeste. Tuvo mucha mar por proa, que le estorbaba el camino; y andaría aquel día nueve leguas con su noche.*

Domingo, 9 de septiembre

Anduvo aquel día diecinueve leguas, y acordó contar menos de las que andaba, porque si el viaje fuese luengo [La Isabela tuviera tiempo para recuperarse del extraño mal que la estaba sucumbiendo. Para evitar que] *no se espantase y desmayase la gente En la noche anduvo ciento veinte millas; a diez millas por hora, que son treinta leguas.* [Pareciese que la enfermedad se había apoderado de la mayoría de los hombres de La Isabela; no solamente por los mensajes que Jacomel Rico hacia llegar sobre su estado, sino también porque] *los marineros gobernaban mal, decaendo sobre la cuarta del Nordeste, y aun a la media partida: sobre lo cual les riñó el Almirante muchas veces,* [retrasándose de tal modo que durante horas perdióselos de vista.]

Lunes, 10 de septiembre

En aquel día con su noche anduvo sesenta leguas, a diez millas por hora veintiuno, que son dos leguas y media; pero [La Isabela] *no contaba sino cuarenta y ocho leguas,* [según informase el maestro Jacomel Rico, la mayoría de los marineros de dicha nave habíanse infectado de tal misteriosa disentería, habiendo más enfermos que sanos. El capitán temía que no tardara en apoderarse del resto, incluido él mismo, desta enfermedad, llevando a mal puerto la expedición que había partido de Palos. El Almirante,]

porque no se asombrase la gente si el viaje fuese largo [anunció la extraña enfermedad que afectaba a sus compañeros de la otra nave, si bien los rumores tiempo hacía que corrían entre los marineros. Avisó si alguien sufría los mismos males, lo dijera de inmediato, para evitar que fuera a peores.]

Martes, 11 de septiembre

[Cinco horas de la noche deste día, los gritos y lamentos y alaridos de sufrimiento y horror propagase por el silencio nocturno. Las pocas luces que de noche pudiese observase en La Isabela fueron apagándose una a una. Tras aquello no hubo más mensajes por parte de maese Rico.] *Aquel día navegaron a su vía, que era el Oeste, y anduvieron veinte leguas más, y vieron un gran trozo de mástil de nao, de ciento y veinte toneles,* [pero supieron que el origen era la desgraciada La Isabela,] *y no lo pudieron tomar.* [Todas las horas que luz de día fueron empleadas en buscar el paradero de la cuarta nave que partiera de Palos, pero la fortuna no les fue propicia.] *La noche anduvieron cerca de veinte leguas, y contó no más de dieciséis por la causa dicha.*

Miércoles, 12 de septiembre

Aquel día, yendo su vía, [no se perdió la esperanza de reencontrar más restos de La Isabela. Hasta que entrada la noche, cuando cualquier esfuerzo era en vano, se acordó dejar atrás a la susodicha nave en pro del resto. El Almirante reveló lo que había visto en su pequeña estancia a bordo de la tercera carabela, horrorizando a los marineros que vieron como un padecimiento que había empezado con unos pocos, terminó con todos los que La Isabela se encontraban. Tras decir unas plegarias y unos rezos a la memoria de los desaparecidos, decidiose no volver a mencionar el incidente para evitar acrecentar el miedo y la desesperanza entre los hombres que marineaban a bordo de las tres naves supervivientes.] *Anduvieron en noche y día treinta y tres leguas, contando menos por la dicha causa.*

—Esto es... Esto es... Esto es increíble —dijo Vasilikov buscando las palabras correctas.

—¡No es posible! —espetó Towers al leer la última de las palabras del texto.

Martínez y Shadecraft permanecieron callados. El primero sabía que Shepherd tenía un as en la manga. Mientras que el segundo, tras conocer el misterio tras la muerte de su tío, prefirió no decir nada.

—Aquí tenéis los originales de lo que acabáis de leer —anunció Shepherd depositando un montón de viejos pergaminos sobre el centro de la mesa.

Los otros los examinaron con ojos certeros y manos expertas, y ninguno dudó de su autenticidad.

—La verdad sea dicha, no esperaba encontrarme con tal descubrimiento —explicó Shepherd sentándose sobre su escritorio—. Aunque ahora, visto en retrospectiva, hubiera preferido no haberlo hecho.

—¿Por? Esto es... ¡Genial! —exclamó Martínez emocionado.

Shepherd lo miró con suspicacia antes de seguir hablando.

—Dejando a un lado las dudas que surgirán en el mundo académico, que me tildarán de mentiroso o de inventarme algo para convertirme en una celebridad —a lo que los otros cuatro asintieron—, lo que me preocupa es saber que existe algo más.

—¿Algo más? ¿A qué te refieres? —preguntó Towers.

—Una amenaza. Algo que parece que nos acecha desde hace siglos y de lo que no sabemos absolutamente nada.

—No crees que se trate de una extraña enfermedad, como afirma el texto, ¿cierto?

Shepherd movió la cabeza de arriba a abajo sin decir nada.

—No te ofendas —empezó a decir Vasilikov—, pero ¿qué quieres que hagamos nosotros? ¿Qué hacemos brujas, fantasmas o lo que fuera que acabara con la tercera carabela?

—Decirme que debo hacer —sentenció Shepherd con los ojos turbados por el miedo.

Los cuatro se dedicaron sendas miradas de duda y de miedo a lo desconocido. A lo largo de su vida habían tenido dudas, como cualquier otra persona, pero aquella era la primera vez que no sabían qué hacer o qué decir.

El precio de un imperio

París, 2 de diciembre de 1804

—¡Largo! —le espetó crudamente al sirviente que gentilmente le abría la puerta—. No quiero ver a nadie.

Mientras el sirviente huía con paso acelerado del despacho de su amo, este cerró dando un portazo que hizo temblar las altas paredes de aquel palacio. Esa noche no estaba de humor para tratar con amantes fervientes y, mucho menos, con criados excesivamente serviles. Él era solo un hombre.

Lentamente, pero con paso firme, se dirigió a su escritorio y se dejó caer en aquella butaca que tan pocas veces usaba. Hincó el codo derecho en el apoyabrazos de la butaca y se frotó la frente con tan sólo el pulgar y el índice. A pesar de que aquel debería ser el día más feliz de toda su vida, sabía que no podía celebrarlo como el resto de la ciudad y de la nación lo estaban haciendo en aquel preciso instante. Si París y Francia supieran qué había hecho para subir al trono, probablemente dejarían de tratarlo como a un dios viviente.

Cerró los ojos intentando relajarse, pero antes de que su mente intentara buscar algún agradable recuerdo, como el día que conoció a su esposa o el agradable tacto de las manos de su madre, escuchó unos suaves pasos.

—¡He dicho que no quiero que nadie me moleste! —gritó—. Tengo mucho en lo que pensar —dijo casi para sus adentros.

A pesar de la autoridad que le confería el título que aquel mismo día le había sido otorgado, siguió escuchando como los pasos se acercaban más a él. Enfurecido abrió los ojos de par en par, con la esperanza que la fuerza de sus pupilas grises amedrentara a aquel que se atrevía a perturbar el descanso del emperador. Pero antes de poder articular palabra, su de por sí blanca piel tomó un tono grisáceo. La sangre se le había helado.

—Mi querido Napoleón —dijo con una sonrisa la figura que tenía ante él—, así tratas a tu más valioso benefactor.

Napoleón no se atrevió a responder. Frente a él había un hombre joven, de pelo castaño y elegantemente vestido, incluso más que Monsieur de Talleyrand, con un traje de tonos verdosos, adornado por unas hojas de roble que serpenteaban y resaltaban alrededor de las costuras, los puños y los botones. Con

medias blancas y zapatos a conjunto del vestido, lucía un sombrero con una enorme hebilla dorada y con sus manos jugueteaba con un bastón cuya empuñadura Napoleón no podía ver, pero cuya forma conocía de sobras.

—Deberías estar feliz y celebrar este triunfo con Josefina... —Entonces se detuvo y con una sonrisa socarrona en su cara terminó la frase—: O con cualquiera de tus amantes.

Napoleón, que había recuperado el color, por fin se atrevió a responder.

—He hecho todo lo que me pediste —dijo mientras el hombre ocupaba un asiento al otro lado del escritorio y sostenía el bastón posando su mano de cuidada manicura sobre la empuñadura.

—Lo sé, lo sé —respondió relajadamente el hombre—, pero sabes que lo que hoy he conseguido para ti tiene un precio.

Napoleón se levantó plantando sus puños sobre la madera de su escritorio, a la vez que su cara enrojecía de furia.

—¡Ya pagué el precio que me pediste hace seis meses en Vincennes! —gritó encolerizado.

—¿Te refieres a Enghien? —preguntó el hombre sin prestar atención al enfado del emperador—. Eso solo era para saber si tenías o no palabra.

—¿Qué?! ¿Maté un hombre solo para que confiaras en mí?

—No te sorprendas tanto —respondió el hombre dirigiendo su mirada hacia Napoleón—, muchos han sido los hombres que han muerto en tu nombre o en nombre de tus rivales.

—Pero eso es la guerra, un caballero nunca mata a un hombre a sangre fría.

—No seas tan remilgado, querido Bonaparte, hace un año no dudaste en llamarme.

Napoleón, cansado por el peso de la vergüenza y del temor, volvió a sentarse en su butaca, dejando caer sus brazos sin fuerza a ambos lados. Sin saber qué hacer o a quién recurrir, Bonaparte solo pudo dirigir su mirada al único ser sobre la faz de la Tierra que lo había llevado hasta lo más alto. Los ojos grises de Napoleón, que habían perdido la luz de su juventud, se cruzaron con los peculiares y verdes ojos de su interlocutor, cuya penetrante mirada había conseguido derrumbar y alzar civilizaciones a lo largo de la historia. Debía hacer aquello por él, por su esposa, por el Imperio y por Francia.

—¿Qué deseas cómo pago? —preguntó sin fuerzas Napoleón dejando caer su mirada para contemplar su regazo.

—Sólo te pido una cosa. —Napoleón no respondió, expectante a la propuesta final de su benefactor—: la vida de tu esposa.

Napoleón sólo pudo levantar su mirada sorprendido, entreabriendo la boca sin poder articular palabra. Aquel hombre, si es que era un hombre, mostró una vez más su mejor sonrisa, cuyos dientes perfectos podían engañar a cualquiera, ya que, por dentro, era pura maldad.

Durante unos instantes, Napoleón solo pudo pensar en su esposa, como se había enamorado de ella y hasta donde lo había alzado su matrimonio. Sin embargo, aquel hombre quería su vida a cambio del Imperio. ¿Francia valía la vida de su esposa? ¿La de cualquier mujer? ¿La de cualquier ser humano?

—No... No, puedo —respondió débilmente y tartamudeando el emperador.

—Perdona, no te he oído bien. ¿Qué has dicho? —preguntó sarcásticamente el hombre irguiéndose en su asiento.

—Que no puedo. No puedo darte la vida de mi esposa.

—¿Te niegas a pagar el precio que vale este imperio?

—Sí —respondió con un hilo de voz.

—¿Te atreves a retarme? —preguntó altivamente el hombre levantándose de su asiento y acercándose al escritorio.

Napoleón titubeó unos segundos. Como podía ser que habiendo salido victorioso de tantas batallas, ahora un solo hombre consiguiera atemorizarlo, aunque tuviera dudas sobre su verdadera naturaleza. Finalmente, hizo acopio de su valor y exclamó.

—¡Sí!

El hombre apuntó a Napoleón con la empuñadura de su bastón, permitiendo ver la horrenda figura dorada que la adornaba. Era el cuerpo abotargado de algo que parecía ser un pulpo, pero que no lo era, ya que también tenía brazos y garras.

—Tal vez no lo creas —dijo amenazándolo con una inusitada y grave voz—, pero llegará un día que serás derrotado y, entonces, te arrepentirás de no haber pagado tu deuda conmigo.

—Pues moriré como lo que soy, un soldado —afirmó con valor Napoleón.

—Yo no he dicho que vayas a morir —dijo el hombre mostrando una diabólica y grotesca sonrisa—, serás derrotado y confinado en el infierno en la tierra. Sabiendo lo que te espera cuando llegue el fin de tus días, sólo, enfermo y aterrorizado; mientras contemplas impotente como me cobró tu deuda.

La última sílaba que el hombre pronunció se convirtió en una risa malvada que retumbó entre las paredes del despacho del flamante emperador, a la vez que una cegadora luz emanaba de la empuñadura de su bastón y cubría todo lo que les rodeaba. Napoleón no pudo más que cerrar los ojos y protegerse la cara ante tal demostración de poder. Un instante después, mientras la malvada risa y la imagen de aquel extraño ser con tentáculos iluminándose rebotaban en la mente del emperador, Napoleón sintió como la luz se había apagado y la risa se había esfumado. Aterrorizado abrió los ojos, y ante él contempló su despacho tan solo iluminado por la pobre luz de unas pocas velas.

Por unos segundos no sabía que pensar, podía ser que se tratara de un sueño o de una alucinación. En las otras ocasiones en las que había hablado con aquel hombre, a pesar de su peculiar aspecto, siempre había sido lo más parecido a tratar con alguno de sus ministros o embajadores. Sin embargo, en aquella ocasión había sido diferente; tras aquella amable apariencia había algo más, algo aterrorizantemente misterioso.

Fuera verdad o no, debía hacer algo para evitar que Josefina perdiera su vida, no quería confiar en el azar. No quería... Antes de seguir maquinando, observó que en su escritorio había algo que antes no estaba allí. Era una pequeña tarjeta de cartón blanco con cuatro palabras pulcramente escritas con tinta verde...

La deuda está pagada

Con el corazón latiendo con fuerza en su pecho, Napoleón cogió la tarjeta y la giró, viendo que en el otro lado había estampada la imagen de ese ser que, a partir de ese instante, quedaría grabada en su mente hasta el fin de sus días.

El búnker

Normandía, madrugada del 9 de junio de 1944

Cuatro hombres armados salieron de entre los árboles que formaban aquel pequeño bosque a las afueras del pueblecito normando de Sainte-Mère-Église. Corrían al trote cargando sus fusiles, ataviados con conjuntos caquis y cascos de color verde rebotando sobre sus cabezas. Eran los soldados rasos Martínez y McKenna, el soldado de primera Keshner y el sargento Nielsen, pertenecientes al Tercer Batallón de la 82 División Aerotransportada del Ejército de los Estados Unidos. Estaban alejados de su unidad, pero era por una buena razón, tenían una misión. Las fotos aéreas, tomadas apenas unas horas antes, habían detectado una serie de búnkeres alemanes en la zona aliada, que debían ser neutralizados antes de que causaran cualquier desgracia y pusieran en jaque la mayor operación militar de la historia. Así que diversos equipos de los soldados habían sido distribuidos por la zona para localizar, examinar y neutralizar posibles reductos de soldados alemanes.

Tras unos pocos minutos de carrera al descubierto, el grupo de soldados llegó a un enorme bloque de cemento armado. Con un par de gestos, Nielsen separó al grupo en dos, con la intención de rodear el lugar y detectar posibles amenazas. Sin embargo, las dos parejas se encontraron al otro extremo del búnker sin ninguna novedad. Mientras el sargento establecía una nueva estrategia, los demás pudieron comprobar que en aquel lugar reinaba el silencio más absoluto que habían escuchado desde que habían saltado sobre Francia tres días antes.

—Si el búnker estuviera lleno de alemanes, ¿no se debería escuchar algo? —susurró McKenna, sin embargo, ninguno de los otros le respondió, simplemente afirmaron en silencio igual de sorprendidos que el joven soldado de Boston.

Nielsen hizo un gesto con la cabeza y los cuatro hombres se acercaron pegados a la pared a la puerta de acero que había unos pocos metros más allá. Normalmente, primero tenían que lanzar gas o granadas al interior por alguna de las aspilleras, para que los alemanes salieran. Pero, justo cuando el sargento iba a ordenar a Martínez que procediera como era habitual, se fijó en que la puerta estaba entreabierta. Con una mirada de sorpresa miró a sus hombres.

—Puede que murieran en un ataque... Pero si fue así, ¿porqué no hay ni rastro de ataques aéreos en centenares de metros a la redonda? —McKenna no podía guardar silencio, pero era lo mismo que pensaban todos.

Sin intentar controlar la habitual verborrea de su subalterno, Nielsen se acercó a la puerta y con un movimiento suave pero contundente abrió la puerta de par en par. Los cuatro hombres apuntaron sus fúsiles hacia el interior, pero ante ellos solo había la profunda oscuridad que jamás habían visto. Ni tan siquiera la luz de la luna penetraba aquella pequeña fortaleza de cemento.

Sorprendidos, pero más tranquilos al no encontrar resistencia, los soldados entraron en el búnker enfocando con sus linternas las paredes de aquel tenebroso lugar. Como líder del equipo, Nielsen tenía todos los sentidos en alerta para detectar cualquier amenaza. Apenas habían hecho cuatro pasos y Nielsen se detuvo y sus tres compañeros hicieron lo mismo.

—¿Qué sucede, sargento? —susurró Keshner.

—Enfocad las linternas hacia el suelo —ordenó el sargento mientras él hacía lo mismo.

Habían notado que el suelo estaba húmedo, pero aquel era un lugar de habituales lluvias, así que no prestaron atención. Entonces Martínez ahogó un grito al ver lo que estaban pisando. Sangre.

No tuvieron tiempo de reponerse de la impresión de estar pisando una fina capa de sangre que cubría todo el suelo, que descubrieron de donde provenía todo aquello. En la entrada del búnker había dos soldados alemanes, o lo que quedaba de ellos. Sino fuera por los pedazos de uniforme, aquel amasijo de miembros y carne picada no sería identificable.

—¿Pero qué coño...? —exclamó McKenna.

—Cuida tu lenguaje, soldado —le advirtió Nielsen—. Pero tienes toda la razón, ¿qué debe haber sucedido?

A pesar del horror que habían encontrado, siguieron avanzando hacia el interior del búnker, pero esta vez enfocaban hacia el suelo y tenían sus armas a punto para disparar al más mínimo movimiento.

El espectáculo que encontraron en el interior del búnker no era mucho mejor que el que habían descubierto en el pasillo de acceso. A su alrededor había los cuerpos de lo que parecía media docena de hombres, cuyos miembros estaban esparcidos y destrozados. Los pocos que conservaban cierta apariencia humana,

tenían los estómagos reventados, con sus entrañas esparcidas a su alrededor, y los cuellos destrozados y ensangrentados.

Nielsen se acercó a uno de los que aún parecía humano.

—Parece que algún animal los devoró.

—¿En serio, sargento? —preguntó Keshner—. En Normandía no hay animales tan peligrosos para destrozar a toda una unidad de alemanes.

Nielsen no respondió, pero Keshner tenía razón. En aquel lugar, a parte de los cadáveres y una ametralladora, solo había una puerta. Los hombres se acercaron y Nielsen, con dos dedos, empujó la puerta. En esa habitación, que parecía tener las funciones de despacho del oficial, comedor y baño, la imagen no era mucho más agradable. Sobre una mesa que había en el centro de la habitación, había un hombre, cuyos galones indicaban que era teniente, tumbado sobre su espalda y con las cuatro extremidades colgando. Parecía que algo o alguien le había abierto a mordiscos el vientre y había sacado todo lo que había en él. Y por la expresión de horror que permanecía en los ojos muertos de aquel hombre, lo había hecho mientras aún estaba vivo.

El sargento se fijó que en la mano derecha aquel alemán sostenía un papel ensangrentado. Mientras que sus hombres regresaban a la parte más amplia del búnker, él se acercó al oficial alemán y cogió el papel que tenía entre los dedos. Lo desdobló y se dispuso a leerlo.

—Keshner, tú sabes alemán, ¿no? —preguntó Nielsen al ver que no comprendía ni una sola palabra.

—Sí, sargento —respondió abstraído el soldado mientras no podía dejar de contemplar horrorizado la carnicería que le rodeaba.

—Pues ya puedes empezar a leer esto —le ordenó el sargento saliendo de aquel pequeño despacho y entregándole el papel que pocos segundos antes había arrancado de las ensangrentadas manos del oficial alemán.

Sin decir absolutamente nada, Keshner alargó la mano y tomó aquel mugriento papel, le dio un par de vueltas para colocarlo del derecho y lo leyó para sus adentros.

—¿Qué dice? —preguntó nervioso McKenna.

—Parece que cuenta lo que les sucedió... —respondió Keshner sin aliento.

—Pues desvélanos que ha provocado tal desastre —ordenó Nielsen.

Keshner se aclaró la garganta y empezó a leer las palabras que había garabateadas en aquella hoja de papel.

No he tenido más remedio que encerrarme en la oficina. Acabo de ver como mis hombres eran cruelmente asesinados... O devorados, por unas extrañas criaturas. Seguramente yo corra la misma suerte que ellos, pero debo advertir a quién quiera que pueda leer esto del peligro que se esconde aquí, bajo tierra.

Hará una horas hemos sido avisados por radio de que los ejércitos aliados han empezado una operación de desembarco para reconquistar Francia, por lo que en seguida hemos empezado a otear el cielo para detectar y derribar los aviones de las fuerzas enemigas. Lo que ninguno de nosotros pensábamos es que, esta noche, el menor de nuestros problemas serían los americanos.

Pasadas unas horas después de la medianoche, hemos sentido como el suelo temblaba bajo nuestros pies, algo que significaba que las fuerzas aéreas de americanos y británicos estaban sobrevolando el lugar. Pero al mirar al cielo no hemos visto nada más que estrellas. No había rastro de bombarderos ni de cualquier otro tipo de avión. Tampoco se escuchaban sonidos de motores a lo lejos. Sin embargo, los temblores no cesaban, al contrario, se iban intensificando a medida que pasaban los minutos.

De repente, Hans ha caído al suelo y ha empezado a gritar mientras algo lo agarraba y lo sujetaba en el suelo. Pocos instantes después dejó de chillar y la vida se le escapó de las manos. Apenas hemos tenido tiempo de reaccionar que lo que fuera eso ha empezado a salir del suelo, como si fueran topos. Unas extrañas criaturas de piel blanquecina, aspecto de humano decrepito, ojos enrojecidos y bocas de dientes afilados han empezado a atacar a cada uno de mis hombres. Les mordían el cuello, les arrancaban los brazos y les devoraban las entrañas, mientras estos no podían más que chillar de pánico y de horror.

Sin dudarlo, algunos de los que no fuimos atacados en un principio hemos desenfundado nuestras armas y hemos empezado a disparar hacia estas criaturas que salían de bajo tierra a docenas, pero no les hacían efecto alguno. Las balas les atravesaban, se detenían un segundo a asimilar el impacto, y después seguían atacando sin descanso.

No estoy orgulloso de haber abandonado a mis hombres y haber querido salvar el pellejo resguardándome en este pequeño cubículo. Pero mi espíritu de

conservación y los chillidos de mis soldados al ser descuartizados no me han ayudado a enfrentar a este enemigo para el que no estábamos preparados.

—Aquí la letra se vuelve muy difícil de leer —explico Keshner mientras el papel le temblaba entre sus manos.

Nielsen le hizo un gesto para que se esforzara a descifrar el texto escrito, y el soldado siguió leyendo.

Los gritos de mis hombres han cesado... Probablemente me queden pocos minutos de vida, sé que en este lugar no estoy seguro. No sé si alguien llegará a leer esto. No sé si también se lo comerán estas horribles criaturas. Pero si alguien llega a leerlo, por favor... ¡Destruyan este lugar!

—La firma es igual de inteligible. Seguramente fue lo último que escribió antes de que... —concluyó Keshner.

Después de que Keshner pronunciara la última palabra que había garabateado en aquel papel, ninguno de ellos supo que pensar exactamente. Si bien aquel relato podía explicar el extraño estado de los cadáveres que los rodeaban, no podía ser posible que unas criaturas surgieran del suelo y acabaran con toda una unidad alemana armada hasta los dientes.

—Vamos, chicos. Los *kartofen* harán cualquier cosa para ganar la guerra, como esto... —bromeó sin demasiada convicción Martínez mientras señalaba el papel que sostenía Keshner en sus manos.

Antes de que alguien respondiera, los cuatro sintieron como el suelo empezaba a vibrar bajo sus pies, de la misma manera que habían imaginado al escuchar el relato de aquel oficial alemán. Se miraron con la esperanza de encontrar en los ojos de alguno de los otros fortaleza, pero no fue así. Todos estaban aterrados y parecía que tuvieran los pies clavados al suelo.

—De acuerdo —se atrevió a decir Nielsen—. Lanzad todas las granadas y nos vamos.

Los cuatro eran conscientes que si aquello que el alemán había descrito en la carta era cierto, poco daño harían a ese terrorífico enemigo; pero tal vez lo enterraría bajo toneladas de cemento armado, que les impediría volver a salir a la superficie.

Los cuatro salieron, lanzaron las granadas por las puertas y las aspilleras y empezaron a correr sin mirar atrás. Solo Nielsen se atrevió a mirar de reojo la explosión que derrumbó aquella fortaleza de cemento y metal, mientras doblaba la hoja de papel cuidadosamente en el bolsillo de su guerrera.

Las llamas del infierno

Apresuradamente cerró la puerta tras él. No estaba nervioso, pero no quería que nadie lo interrumpiera. Su celda, iluminada por la reluciente luz del mediodía, era mucho más alegre de lo que a él le parecía. Las largas noches sin poder dormir le habían enseñado a temer a la oscuridad, y más desde que había descubierto algo inconcebible. Algo que la percepción humana era imposible de asimilar y comprender...

Con largas zancadas sobre el suelo enlosado, cruzó los apenas tres metros de profundidad de su dormitorio, acercándose a la ventana del fondo. En el exterior, como era habitual todos los domingos y fines de semana, centenares de turistas e infieles llenaban las pocas y estrechas calles del monasterio en el que vivía. Aquel lugar de culto y reflexión se había convertido, con el paso del tiempo, en una atracción turística más y en una fuente de ingresos para los avariciosos dirigentes del obispado.

Con ímpetu corrió la cortina, oscureciendo su lugar de descanso. No toleraba que los pies de todos aquellos seres impuros ensuciaran el sagrado suelo de su monasterio. Aunque claro, ¿qué podía esperarse si la corrupción de la fe llegaba hasta los propios monjes? Él hacía tiempo que se había apartado de los demás, no deseaba compartir la vida con todos aquellos hombres que arderían en el infierno. Un infierno que parecía estar más cerca... Para todos.

Asegurándose de que la puerta tenía el pestillo pasado, aprovechó la pobre luz de las pocas velas, que hacían temblar las sombras, para seguir con su estudio. Quería llegar al final de lo que se había revelado ante sus ojos. Había intentado apartarlo de su mente, dejarlo para que otro fuera el descubridor de tan nefando destino, pero había sido incapaz de resistir la tentación de tan incontenible atracción.

Abrió el discreto armario de madera sencilla, cuyo barniz se había desprendido por el paso de los años, y extrajo un bulto envuelto en un retazo de tela de algodón blanco. Desde el momento de que aquello había caído en sus manos y había descubierto lo que contenía, lo había mantenido oculto, como si con aquel sencillo gesto pudiera controlar el poder que se escondía en aquel banal objeto.

Depositó el paquete sobre su catre y empezó a desenvolverlo con sumo cuidado. Tras unos pocos movimientos con sus curtidas manos, ante él pudo ver de nuevo la semilla de su obsesión. El motivo por el cuál no dormía durante las noches. Por el que se mantenía en ayunas. Por el que había detenido su vida y se había encerrado en sus propios pensamientos e inquietudes. Un libro. Un simple sencillo volumen de un palmo de ancho por dos de alto, con un grosor que no superaba los cuatro dedos. Las cubiertas eran de piel tosca y gastada, sin decoración alguna que pudiera indicar su contenido. En su interior, varios centenares de hojas apergaminadas se combaban por el uso y los millares de manos por los que aquella basta edición había pasado.

Lo abrió con delicadeza, no había marca páginas, pero sabía perfectamente por donde tenía que separar las hojas para continuar con su lectura. Resiguió las líneas escritas con letras de estilo medieval realizadas a mano, hasta que encontró el párrafo en el que se había detenido la noche anterior. Justo antes de que un miedo atroz le acechara en el pecho y lo forzara a apartar los ojos de aquellas páginas.

Sin pensárselo dos veces se arrodilló frente a su cama, y como si ésta fuera un atril, se propuso empezar a leer. Sin embargo, antes de hacerlo un pensamiento cruzó su mente. Pesadamente, como si sobre sus sienes estuvieran sujetas a sus hombros por un fuerte cilicio, levantó la cabeza para contemplar con temor la cruz de madera oscura que colgaba sobre su cama. En un penitente arrebató, cogió el pedazo de tela y cubrió la cruz, para evitar que su Señor lo pudiera observar mientras realizaba aquellos actos por los que se avergonzaba.

La tentación había sido demasiado fuerte. Él, que se consideraba el mejor ejemplo a seguir para el resto de fieles y devotos seguidores, poco a poco estaba cavando su tumba en los llameantes abismos del Infierno. No obstante, a pesar de la incontenible fascinación que había sentido, para su fuero interno no hacía más que repetirse que lo hacía para librar a la Tierra de aquel mal. Aunque era innegable el placer que sentía al abandonarse aquel misterioso credo.

Evitando dirigir la mirada hacia la cruz cubierta, volvió a arrodillarse frente a su improvisado altar. Expectante por volver a vivir aquellas extrañas sensaciones, se aclaró la garganta y empezó a leer entre susurros las líneas que había en las páginas de pergamino. Como si rezara, un extraño, pero confortable cántico empezó a salir de su garganta, resonando levemente entre las cuatro paredes de

su celda. Entre el tenue eco y la devoción de sus palabras, le parecía que aquellas palabras fueran pronunciadas por otra persona. Por otro ser. Un ser superior y más poderoso que cualquier mortal.

No podía dejar de pensar en lo que vendría a continuación. En aquello que no podía evitar esperar. Aquello que le había obligado a seguir a pesar de sus creencias. En anteriores ocasiones, cuando se había sumido en aquel profundo y misterioso mantra, millares de imágenes se le habían presentado en su mente, casi como si hubiera viajado en el tiempo y en el espacio. En ellas había vivido una lluvia de luz y energía, cuyas gotas transmitían algo más que humedad y frescor. Había flotado por encima de bosques y mares, sintiendo la presencia de todos los seres vivos de su alrededor. Árboles, pájaros, peces. Como si estuviera compartiendo sus vidas por un instante. Tenía todos los sentidos expuestos, pudiendo percibir olores, colores, tactos. Pero todo aquello se detuvo de golpe, cuando había percibido elementos extraños en aquel todo equilibrado armonioso. Elementos ajenos que rasgaban el tejido de la vida que lo rodeaba, impidiéndole respirar y haciéndole experimentar un pánico atroz. Después de aquello su profunda meditación se quebró devolviéndolo súbitamente a la realidad de su celda.

Al principio se había asustado, había envuelto el libro y lo había ocultado en el fondo de su armario. Pero después, mientras tenía los ojos clavados en el techo de su cuarto, había empezado a tener curiosidad por saber que era aquello que podía perturbar de aquel modo la naturaleza. Era por ello, que, a la mañana siguiente, tras realizar sus obligaciones con aparente normalidad, para que sus compañeros no sospecharan nada, había regresado a su aposento para seguir con su enigmática exploración.

Ahí estaba, sumido en la penumbra, arrodillado frente a aquel libro, con las manos entrelazadas sobre su regazo y sumergido, por completo, en las palabras de aquellas antiguas páginas. Sin percatarse de ello, había empezado a balacearse hacia delante y hacia atrás al ritmo de sus palabras, cuya cadencia era imposible dejar de seguir.

El ambiente empezaba a viciarse. En aquella cámara, casi cerrada herméticamente, su olor corporal, junto con el calor de las velas, empezaban a impregnar toda la habitación de un fuerte y desagradable olor.

Las pequeñas llamas de las velas empezaron a danzar. No había corriente de aire alguna, sin embargo, parecía que como si el fuego siguiera también las palabras del monje. Al pronunciarlas había vuelto a volar sobre las aguas y los árboles, pero en esta ocasión sus sentidos no se dejaban llevar por el entorno, sino que estaban obcecados en hallar aquellos elementos dispares. Aquellos que tenían el poder de hacer temblar los mismísimos cimientos de la Creación.

A través de sus sentidos podía percibir todo el verdor que le rodeaba. Pero aquello no le importaba. Deseaba encontrar lo que fuera que no fuera verde. Aquellos que se convertían en una grieta en la faz de la Tierra cada vez que los percibía.

Poco a poco, pequeños destellos de rojo fueron parpadeando a su alrededor. Eran puntos calientes. Aquello que buscaba. Aquello en lo que estaba obsesionado desde hacía días. En lugar de apartarse o dejar de recitar aquella perturbadora oración, se centró en ellos. Quería saber que eran, porqué estaban ahí.

En cuanto estuvo lo suficientemente cerca, sus sentidos empezaron a enviarle todo tipo de señales invitándolo, primero, obligándolo, después, a alejarse. Varios relámpagos de dolor recorrieron su cuerpo, haciéndole proferir un sonoro alarido. Durante un segundo se detuvo. Cerró con fuerza los ojos, contrayéndose sobre sí mismo por el dolor, que había desaparecido de repente.

—No tengo miedo. El Señor es mi pastor. Él me ayudará —se dijo imprimiendo confianza en cada una de sus palabras—. El Señor es mi pastor. Él me ayudará. No tengo miedo.

Sin pensárselo dos veces, reemprendió la lectura, y las punzadas de dolor le obligaron a sacudirse para poder mantenerse en pie.

Lo que antes era verde, cada vez estaba cubierto por más rojo, haciendo que la naturaleza que se le presentaba en tu esplendor ardiera entre las llamas que quemaban sus sentidos.

Algo lo perturbó. Había visto algo que le devolvió los temores que había tenido cada vez que se había adentrado en las palabras de aquel libro. No pudo controlarse más.

De repente, al dolor se le sumó un horrible calor, como si alguien lo hubiera puesto en la hoguera. El sudor empezó a recubrir su cuerpo, pero el calor, que parecía nacer de su interior, era cada vez más intenso.

Agobiado por la fiebre que le estaba consumiendo se quitó el hábito, pero al dejarlo a un lado vio como unas pequeñas llamas quemaban una de las mangas. De repente, aquel dolor que se había cebado en todos los sentidos que tenía, pasó solo a notarlo en la piel. Había perdido el hilo de lo que estaba leyendo, pero ya no importaba, ya que al mirarse el cuerpo desnudo pudo comprobar como de todos los poros de su cuerpo surgían llamas que le estaban asando vivo.

Sucumbiendo al dolor y al miedo, gritó con todas sus fuerzas, haciendo que su voz rebotara por las paredes de todo el monasterio. Instintivamente empezó a golpearse para apagar aquel fuego que ardía cada vez con mayor fuerza y cuyo color rojo brillaba con mayor intensidad.

Asustado, se levantó y abrió la ventana de par en par, pero la reja le impedía salir al aire libre. Giró sobre sus talones y salió de su celda, mientras sentía como su piel se corrompía bajo las llamas.

Esperando encontrar ayuda, recorrió los pasillos del monasterio con la esperanza de que hubiera alguien que consiguiera apagar las llamas que cubrían todo su cuerpo y que empezaban a desollarlo en carne viva.

En la parte reservada para los monjes, a los pocos que encontró, solo consiguió asustarlos al ver a su compañero literalmente en llamas. Lo único que eran capaces de hacer era santiguarse y hacerse un lado mientras clamaban al señor.

El dolor era cada vez más insoportable, y el miedo más atroz. Su mente ya no pensaba con claridad, no podía. Llevado por un arrebató de locura salió a la parte pública del monasterio, cruzó el monasterio mientras centenares de miradas atónitas lo observaban. Fieles y turistas no podían más que asustarse al ver un hombre desnudo y ardiendo salir corriendo del interior del templo.

Lo único que conseguía darle pequeños atisbos de alivio era el aire que empujaba de vez en cuando las llamas. A pesar de ello, debido a la temperatura que su cuerpo estaba alcanzando, sintió como sus ojos se derretían dentro las cuencas, impidiéndole ver hacia donde le llevaba su desesperada carrera.

Cruzó el claustro de la entrada, salió del monasterio y corrió por los pocos metros de terraza que había frente a él, lanzándose, sin saberlo, por encima de la barandilla que separaba a los visitantes de una caída de más de un centenar de metros.

Al sentir que empezaba a caer al vacío, no sabía si había muerto o no. Su cuerpo seguía ardiendo, sus ojos no le decían la distancia que lo separaba de las rocas del fondo del valle. Pero no importaba, su mente ya no le pertenecía. Antes de impactar con las puntiagudas piedras, antes de perder completamente la conciencia, una imagen cruzó su mente. La misma que le había hecho perder el control antes de que su cuerpo ardiera desde dentro. La imagen de un ser inmenso, poderoso, inevitable, cuya cabeza estaba coronada por unos aterradores tentáculos que se contorneaban diabólicamente.

El origen del mal

A cada paso que daba sentía como sus pies se hundían en la húmeda hierba que cubría el suelo. La luz de la luna hacía que cada una de las briznas de ese manto verde, brillara con un inusitado reflejo fruto de la humedad acumulada en ellas.

Cada vez que Ilya ponía un pie tras otro en aquel suelo, procuraba hacerlo con sumo cuidado, para evitar resbalar y delatarse. A pesar de la inmejorable estampa que se le estaba dibujando frente a él, no sabía exactamente que estaba haciendo ahí. En esa iglesia derruida y abandonada en mitad de la nada, no muy lejos de la ciudad de Inverness.

Bueno, en realidad, sí que lo sabía. Estaba saciando su hambre de investigador y folklorista. Ya que aún siendo un ratón de biblioteca, como todo estudioso de los mitos que han perdurado durante siglos, lo que siempre había querido era presenciar uno él mismo, verlo con sus propios ojos, y no ser la simple historia que le cuenta un anciano tomando un café en la terraza de cualquier bar.

Ahí estaba, el doctor Ilya Vasilikov, eminente experto en folklore europeo, interpretando el papel de un valiente aventurero.

«Eso mismo, valiente aventurero soy», se dijo para sus adentros mientras seguía avanzando con cautela hacia el extraño destino que se había impuesto.

Había dejado el coche unos centenares de metros atrás, para que nadie ni nada pudiera oírlo llegar, si es que eran ciertos los rumores que había escuchado apenas unas horas antes. Frente a él se perfilaba la destartalada silueta de una iglesia sin techo. Las paredes de piedra gris culminaban de forma irregular, como si las piezas de mampostería se hubieran desprendido de lo más alto para crear ese terrorífico perfil. Además del techo, aquella capilla había perdido la pared del este y parte de la del oeste, haciendo que la fachada se sostuviera por si sola y perdiera toda su utilidad como entrada. Las ventanas habían perdido sus coloridas cristaleras, de las puertas de madera solo quedaban algunos goznes de metal negro corroído por el paso del tiempo. Aquel templo que en su día fue hogar de un dios bondadoso, ahora parecía todo lo contrario. Si alguien más hubiera visto lo mismo que Ilya, hubiera pensado que aquel era el lugar de reposo de un demonio o de algo aún peor.

A medida que se acercaba, el imponente tamaño de aquellas paredes desacralizadas amedrentaba el escaso valor que había en el corazón de Ilya.

«¿Se puede saber que estás haciendo, querido Ilya?», se preguntó, sabiendo que la respuesta era igual de clara que de insostenible por la lógica. Investigar.

Desde que el sol se había puesto y había abandonado la seguridad del coche que le habían prestado, Ilya no había dejado de preguntarse lo mismo y, cada vez, la respuesta era la misma, sin embargo, la posterior reacción de su cuerpo era diferente. Algunas veces se armaba de valor confiando de que en aquel lugar no encontraría más que vegetación y piedras viejas. Mientras que otras, una sensación de pánico le nacía en el interior de su pecho que lo hacía temblar como las hojas secas en una ventisca. Y, en ese momento, tocaba temblar.

Sin embargo, el ataque de pánico fue más bien breve. Algo le distrajo de su temor, haciendo que un millar de preguntas volvieran a florecer en su mente como setas en el bosque.

Una luz cálida, completamente diferente a la luz fría y azulada de la luna, se movía en el interior de la vieja iglesia. Era como si un centenar de velas iluminaran aquello que no debía iluminarse.

El primer acto reflejo fue retroceder, pero aquel folklorista hizo de tripas corazón y siguió avanzando.

«¿No habrás llegado hasta aquí para echarte atrás ahora, verdad Ilya?», se interrogó.

En parte era cierto, ya que desde que había escuchado la curiosa historia de aquella enigmática iglesia, no había hecho más que desear descubrir la verdad que había escondida tras ella.

Todo había empezado esa misma mañana, en la ciudad de Inverness, en la cafetería de su universidad. Ilya, sin dejar de pensar en lo que se había hablado en el despacho de Shepherd, siguió con su rutina que, en aquel momento, incluía participar como ponente en un congreso de mitología y folklore que se organizaba en aquella ciudad escocesa. Siempre caracterizado por ser precavido y puntual, el profesor Vasilikov había llegado a la ciudad el día antes del inicio del congreso, para aprovechar y reunirse con algunos colegas a los que hacía años que no veía. Era lo que tenía estar afincando en Estados Unidos, que los amigos que había cosechado por media Europa se habían quedado en el viejo continente, por lo que los veía más bien poco.

Uno de ellos era el profesor y experto en mitología celta, Jason Mcyntire, con el que había coincidido en Oxford, cuando ambos eran unos jóvenes estudiantes. Para evitar que Ilya se perdiera, Mcyntire, que actuaba como anfitrión, lo citó en la cafetería de la universidad. Y fue allí, dónde, pocas horas después de aterrizar en las Islas Británicas, Vasilikov lo esperaba dando, con cuidado, pequeños sorbos de una taza de café de sospechosa calidad.

—¿Ilya? —preguntó una voz tras él, justo antes de que una mano se apoyara en su hombro.

Vasilikov se giró y, frente a él, estaba Mcyntire, estaba igual que siempre. Más gordo, más calvo y con un bigote más espeso, pero igual que siempre.

—Jason —respondió Ilya levantándose y dándole la mano con fuerza.

—¿Cuánto hace? —preguntó Mcyntire sonriendo con las mejillas enrojecidas—. ¿Seis, siete años?

—Diez, querido Jason, diez años han pasado desde la última vez que nos sentamos en la misma mesa —aclaró Ilya.

—Cómo pasa el tiempo.

Tras los efusivos saludos y preguntas de cordialidad, esperaron que la camarera de la cafetería le sirviera un té a Jason, para ponerse al día como era debido.

—¿Y qué? ¿Cómo te tratan en las colonias? —preguntó con sorna Jason.

Ilya no pudo evitar sonreír, esa era la típica broma de cualquier inglés —británico, escocés o galés—, que hacía gracia a todo el mundo menos a los americanos.

—Mejor de lo que uno podría imaginarse.

—Bueno, te han retenido ahí durante mucho tiempo, algo tendrá que haber, ¿no? —preguntó Mcyntire sin dejar de mostrar su ancha y bigotuda sonrisa—. ¿Algo extraordinario?

Al escuchar aquella pregunta Ilya no pudo dejar de pensar en lo que Shepherd les había descubierto a él y a unos pocos en la privacidad de su despacho, pero prefirió no hacer participe a su amigo escocés. No tanto por que no confiara en él, sino por protegerle de la preocupación en la que él se había sumido.

—¿Extraordinario? Más bien no —respondió al final, y añadió—: En todo caso, extraño, como decís vosotros, *weird*.

Mcyntire soltó una carcajada, obligando a Ilya a compartirla. Aunque sabía, a ciencia cierta, que, si el escocés conociera la verdad, no reiría de ese modo.

—Bueno, querido Ilya, nuestro oficio tiene eso, cada día nos enfrentamos a cosas raras —dijo Jason una vez hubo calmada su risa—. Sin ir más lejos, en los últimos meses han surgido todo un sinfín de historias extrañas y misteriosas por aquí.

—¿Ah, sí? —preguntó Ilya esperando que nuevas leyendas le hicieran olvidar aquellas parecían dejar de serlo.

—Sí, sí. Y menudas historias —afirmó Mcyntire sacudiendo una mano—. Al principio creímos que era alguna broma de un grupo de jóvenes, incluso pensamos que se trataba de algunos de nuestros estudiantes. Sin embargo, poco a poco, testimonios de todo tipo nos empezaron a contar la misma historia, con las diferencias típicas de alguien que ha visto algo que no puede comprender.

Ilya apoyó los codos sobre la mesa y la barbilla en los dedos de su mano derecha.

—¿Y puedo preguntar de que se trata? ¿O es algo confidencial para tu nuevo y exitoso libro? —preguntó Vasilikov lanzándose dónde sabía que más le dolería a su colega.

—Muy agudo, Ilya, muy agudo. Pero lamento decirte que los beneficios del último todavía me siguen llegando, así que puedo permitirme el lujo de explicarte lo que sabemos de este caso —respondió con rapidez Jason.

Ilya se apoyó en el respaldo y mostró las palmas de sus manos.

—Cuando quieras, querido amigo.

Mcyntire dio un sorbo de su taza de té, se aclaró la garganta y empezó su relato:

—Por lo que hemos podido saber, a partir de cruzar los testimonios más fiables, en la vieja iglesia que hay al norte de la ciudad, abandonada hace siglos, desde unos meses se reúne un grupo de gente todos los días de luna llena para adorar algún tipo de dios pagano. Hay quienes los describen como druidas, otros satanistas... Todo depende de los ojos con los que se les observa —explicó encogiéndose de hombros Mcyntire antes de guardar silencio.

Ilya le dedicó una tensa mirada:

—¿Y ya está? —preguntó un tanto molesto.

Mcyntire lo observó con atención antes de mostrar una vez más una sonrisa.

—¡Ah! Ahí tengo al Ilya de siempre.

—¡Maldita sea, Jason! No me gastes estas bromas —replicó Vasilikov—. ¿Seguro que es todo mentira?

—No, no, que va —contestó rápidamente el escocés—, va en serio. Por lo que hemos averiguado una vez al mes se reúne un grupo de extraños en la vieja iglesia, y se oyen cánticos indescifrables hasta bien entrada la madrugada.

—¿Lo habéis investigado?

—Lo hemos intentado. Las dos últimas lunas llenas un equipo de mi grupo de investigación ha ido a ver el misterioso espectáculo, pero siempre que llegan solo descubren la iglesia en silencio, sin nadie, y un montón de velas fundidas en el suelo. Como si hubieran terminado el rito o lo que sea que hagan.

—Pues vaya.

—Sí, es como si supieran que vamos a investigarlos. Los únicos que han podido ver algo son aquellos que han ido solos o se han perdido. Una anciana que, por motivos que no nos ha explicado, quería rezar en la vieja capilla, un borracho que tuvo que aparcar el coche de camino a casa para evitar una desgracia o una pareja de jóvenes que buscaron intimidad en el lugar menos apropiado.

—Sí que están transitadas esas viejas ruinas, ¿no?

—Parece ser que sí —respondió Jason—, parece ser que sí.

Tras aquello ambos guardaron silencio, después de la conversación ninguno de los dos tenía nada más interesante que decir. Aprovecharon para acabarse sus bebidas, contemplar un poco el ambiente estudiantil que reinaba en la cafetería de la universidad, y dar algún que otro suspiro cargado de nostalgia.

—Escucha, Jason, si no recuerdo mal, hoy es luna llena, ¿cierto?

El escocés asintió con la cabeza.

—¿Vais a ir a investigar? —preguntó Ilya.

—¿Hoy? Por mucho que nos llame la atención, el congreso debe seguir adelante, así que no podemos permitirnos el lujo de participar. Entre otros motivos porque somos los organizadores —respondió Mcyntire entre risas.

—¿Hay alguna posibilidad que alguien me lleve al lugar? —insistió Ilya.

Mcyntire abrió los ojos de par en par.

—No me digas que ahora te interesas por estos rumores, señor academicista —respondió con sorna el escocés.

—No, sin embargo, con un equipo de mi universidad estamos reuniendo casos raros de este estilo, y me gustaría probar suerte —mintió Ilya.

Por un segundo pareció que Jason no creía ni una sola palabra de lo que su viejo amigo le estaba contando. Sin embargo, al final, o le creyó o aceptó la mentira que le estaba intentando colar el ruso.

—Acompañarte no podemos. Todos los profesores e investigadores estamos demasiados ocupados con las ponencias, y los becarios... Bueno, los becarios están hasta arriba de faena con la locura del congreso. —Mcyntire hizo una pausa—. Sin embargo, lo que si puedo hacer es prestarte un coche, darte la dirección y recomendarte que no vayas, ya que, con total seguridad, será una pérdida de tiempo. No encontrarás nada.

«Ojalá hubiera sido así», pensó Ilya sin dejar de avanzar hacia la desmoronada iglesia. Ahora, horas después de despedirse de Jason y prometerle que si, por suerte, veía algo se lo contaría al día siguiente con pelos y señales, Vasilikov estaba adentrándose allí dónde no debería haberlo hecho.

A cada paso que daba, la luz de las velas se hacía más intensa, así como empezaba a perfilarse un gran número de siluetas sobre ella. Por un segundo, Ilya recordó los teatrillos de sombras que había visto en sus viajes al sudeste asiático, pero cuando un cántico gutural resonó entre las pocas paredes que quedaban en pie de aquella iglesia, volvió a la realidad, aunque esta fuera tan poco creíble.

A diferencia de su amigo, él si que había tenido suerte y había dado en el momento justo en el que el rito estaba teniendo lugar. Con suma precaución por no ser descubierto, se acercó de puntillas a uno de los huecos que había en la pared y que se habían convertido en entradas improvisadas al antiguo templo, y accedió a su interior.

Con dos rápidas y silenciosas zancadas se situó tras una de las columnas que ya no servían para sostener el techo y sacó lo menos que pudo de su cabeza para ver lo que estaba sucediendo.

Justo en frente del altar había una pequeña congregación, puede que una treintena de personas ataviadas con hábitos amplios de gruesa lana marrón, con los que también se cubrían la cabeza, ocultando sus rasgos. Todos estaban de pie mirando hacia el altar, y sacudían la cabeza de adelante a atrás al ritmo del cántico que ellos mismos entonaban. Si no hubiera sido por que lo estaba viendo

con sus propios ojos, Ilya hubiera creído que se trataba de una película con todos los tópicos de las sectas.

Además, aquel gesto claramente de plegaria iba dirigido hacia el altar, hacia la figura que había en él y que se alzaba frente a ellos, observando como su congregación rezaba o lo que fuera que estuviera haciendo. Ilya no podía averiguarlo, por mucho empeño que pusiera, y aunque los gestos indicaban que estaban rezando, al no comprender lo que decía el cántico le impedía poder afirmar que se trataba de un rezo. Sin embargo, la sonrisa de satisfacción del atractivo joven de cabello castaño que había sobre el altar daba a entender que él sí que sabía que estaban haciendo.

Antes de que pudiera sacar alguna conclusión provechosa, los cánticos se detuvieron de repente y todos los presentes alzaron las cabezas hacia su anfitrión. Este alzó los brazos que llevaba embutidos en una túnica de color verde iridiscente, abriéndolos como si quisiera abrazar a todo los presentes, a la vez que levantaba hacia el manto estrellado del cielo nocturno un báculo de madera cuyo cabezal llevaba una figura de oro incrustada en ella. La distancia no le permitía a Ilya ver lo que representaba aquella figura, pero de lo que si que estaba seguro es que no se trataba de nada que existiera en este mundo.

Sin que el hombre tuviera que decir nada, los demás se desprendieron de sus túnicas mostrando sus cuerpos desnudos. Había hombres y mujeres de todas las edades. Había hermosas jóvenes cuyas curvas se perfilaban bajo la luz de la luna, y hombres obesos con más pelo en el cuerpo que en la cabeza. Pero nadie parecía importarle el cuerpo del que tenía al lado, solo observaban al joven que seguía mirando al cielo, concretamente, hacia la luna.

De repente, una extraña voz emergió del suelo de la iglesia. Al principio Ilya se preguntó de dónde procedía, pero en seguida comprendió que era el joven que había empezado hablar con una voz poco menos que extraña por su complexión y edad. El folklorista intentó averiguar que estaba diciendo, pero utilizaba un lenguaje desconocido para él, ello sumado a las vibraciones que provocaba en la iglesia, imposibilitaban que Ilya pudiera concentrarse en nada más que lo que percibían sus ojos desde su escondite.

A medida que las enigmáticas palabras emanaban de la tierra, el grupo de personas que había frente a él empezó a sacudirse de forma grotesca. A contornearse como si siguieran una misteriosa música que solo ellos podían

escuchar. Y, para horror de Ilya, empezaron a chillar como si fueran conscientes de lo que venía a continuación.

A pesar del miedo que le recorría todo el cuerpo, no podía dejar de mirar la escena que estaba teniendo lugar frente a él. Todas aquellas personas, tan distintas entre sí, empezaron a mutar de la forma más horripilante y repulsiva que alguien pudiera imaginar. La piel perdió sus característico color, para tomar un tono blanquecino, casi como el de la luz de la luna. La carne de sus miembros, así como la grasa, empezó a desprenderse de sus brazos, de su torso, de sus piernas, y de todo su cuerpo, convirtiéndose en ceniza al tocar el suelo. El cabello de sus cabeza se desprendió como los pétalos marchitos de un diente de león. Al final, tras ese repugnante espectáculo, frente al hombre solo quedó un grupo de decrepitos seres con ojos enrojecidos, dientes afilados y sonrisas sedientas.

Ilya tuvo que contener una nausea, no esperaba que la historia que le había contado su viejo amigo acabara convirtiendo en aquel endemoniado espectáculo. Ya había visto suficiente. Debía abandonar aquel lugar, llegar a Inverness, hacer como si no hubiera sucedido nada y volver, cuanto antes, a su casa, en Arkham. Luego ya vería si le contaba lo que acababa de ver a Shepherd y los demás.

Sin esperar a nada más, Vasilikov dio media vuelta y se encaminó para salir de la iglesia por dónde había entrado, pero al abandonar el escondrijo que había utilizado hasta entonces, sintió como medio centenar de ojos se clavaban en su nuca. Algo le dijo que había sido descubierto. En un acto reflejo giró su cabeza para dirigir la que esperaba que fuera la última mirada al altar, pero se topó con que todos los presentes en la iglesia lo estaban observando con cara de pocos amigos.

El hombre del altar espetó una orden en ese extraño lenguaje que había utilizado hasta entonces y, como impulsados por una mano fantasmagórica, aquellos extraños seres se abalanzaron sobre Ilya, que solo pudo hacer dos cosas, correr como nunca había corrido y rezar con la esperanza que un ser superior viera aquellas abominaciones y le diera la ventaja suficiente para llegar al coche y dejarlos atrás.

Sin embargo, las piernas de un ratón de biblioteca no están preparadas para emprender una carrera campo a través ¿o sí?

La cajita china

El profesor Mark Shepherd estaba frente a la puerta del apartamento su colega, Martin Shadecraft. Desde que había presentado sus descubrimientos respecto a la tercera carabela a un reducido grupo de personas, unas semanas atrás, tanto él como sus compañeros se habían sumergido en una curiosa búsqueda de sucesos extraños que pudieran estar relacionados con lo que le había sucedido a la nave desaparecida. En ese mismo momento, bajo su brazo, llevaba una carpeta con los respectivos informes de sus colegas, desde la enigmática historia del abuelo del doctor Martínez, a la extraña muerte de un monje en un monasterio español, que estaba investigando la doctora Towers. Todos habían aportado su granito de arena. Todos, excepto Shadecraft, del que ninguno de ellos tenía noticias desde hacía días.

Al no responder al teléfono, ni a los mensajes, ni a los correos electrónicos, Shepherd había decidido dirigirse a su casa, con la esperanza de encontrarlo a él o, como mínimo, alguna evidencia de su paradero.

Shadecraft vivía en unos apartamentos, pequeños pero cómodos, no muy lejos del edificio de la Universidad de Miskatonic, en el mismo centro de Arkham. En concreto vivía en el número trece de la quinta planta, justo dónde se encontraba Shepherd, que dudaba qué hacer mientras examinaba detenidamente los dorados números que colgaban de la gruesa puerta de madera.

No quería molestar a Shadecraft, lo había pasado muy mal tras la muerte de su tío y mentor, y podía ser que se ofendiera si Shepherd se inmiscuía en su intimidad. Pero lo que al principio había sido una preocupación egoísta por la investigación que tenían entre manos, ahora se había convertido en un claro sentimiento de angustia sincera por el estado de Martin.

«Lo siento, Martin», se dijo para sus adentros Shepherd mientras alzaba los nudillos de su mano derecha para golpear con suavidad la pulida superficie de madera de la puerta.

Tras hacerlo, en lugar de oír la esperada voz de su compañero, lo único que se escuchó fue el chirriar de los goznes metálicos que aguantaban la puerta, mientras se abría lánguidamente, impulsada por los suaves golpes de la mano del preocupado visitante.

Al ver como la puerta se abría, el profesor Shepherd se quedó atónito, con los pies clavados en la parte exterior del apartamento. Por un segundo se temió lo peor. Tras la sorpresa inicial, Shepherd se abalanzó sobre la puerta acabándola de abrir y entró en el apartamento de Shadecraft, esperando no encontrarse con el cuerpo sin vida de su colega. No sabía por qué pensó en aquello, a pesar de la pesadumbre que se había cernido sobre el joven profesor de mitología, no mostró motivos para quitarse la vida; pero, desde que había iniciado su peculiar investigación, había notado algo extraño en el ambiente, que le hacía sentirse siempre pesimista.

El apartamento estaba formado por una sola y amplia sala, en la que cocina, comedor y dormitorio confundían sus espacios, dejando solo el baño al otro lado de una puerta. Al entrar, Shepherd se detuvo tan rápido como había entrado, solo una vez había visitado a Shadecraft en aquel lugar, y estaba impecablemente ordenado, pero ahora parecía que alguien hubiera revuelto todos los cajones, estanterías y armarios que hubiera encontrado. Desde la encimera de la cocina, a la cama, pasando por la mesa del comedor, todo estaba cubierto por un sinfín de libros abiertos, cuadernos desperdigados, fotocopias subrayadas con marcador amarillo y papeles llenos de abarrotadas notas, tirados de cualquier manera.

—¿Shadecraft? ¿Martin?

Fue todo lo que se atrevió a decir en voz alta Shepherd, mientras procuraba no pisar nada que pudiera tener alguna importancia. Con sumo cuidado, el recién llegado se encaminó hacia aquellos lugares que, a simple vista, no podía ver, ya que, a menos de que Shadecraft se hubiera escondido bajo una montaña de libros, no lo veía por ninguna parte. Shepherd pudo comprobar que no estaba detrás de la isla de la cocina, ni al otro lado de la cama, así que, si Martin seguía allí, solo podía estar en el baño.

Apartando con los pies los libros que se interponían a su avance, Shepherd se dirigió al baño y, sin pensárselo dos veces, abrió la puerta de un empujón, haciendo que golpeará con la pared.

Tras el estrepitoso impacto, que sorprendió hasta el propio autor, este pudo escuchar unos suaves gruñidos que procedían del otro lado de la cortina de la bañera. Esperando encontrar a Shadecraft malherido o moribundo, Shepherd se acercó a la bañera y, de un tirón, apartó la plastificada tela para descubrir, para su

alivio, al profesor Martin Shadecraft perfectamente sano, aunque no en el mejor de sus momentos.

Shadecraft estaba tumbado en el interior de la bañera, vestía una camisa blanca, unos calzoncillos bóxer estampados a cuadros rojos y unos calcetines deportivos con unas rayitas azules y amarillas. El lugar y el aspecto del profesor hubieran hecho dudar a cualquiera del motivo que lo habían llevado a esas condiciones, sin embargo, lo que tenía entre sus brazos, lo explicaba perfectamente. Como si fuera el peluche más querido de su infancia, Shadecraft estaba abrazando una botella, absolutamente vacía, de *whisky* escocés, que aclaraba, como mínimo, su deplorable aspecto.

Sin intentar despertarlo o avisarlo antes, Shepherd accionó el grifo de la ducha, y una gran cantidad de agua fría se precipitó sobre el ebrio Martin que no pudo evitar incorporarse de golpe, completamente sorprendido y asustado.

—¡Por todos los demonios! —exclamó con voz pastosa.

—Buenos días, Shadecraft, por fin te encuentro —dijo sin más Shepherd.

—¿Mark? ¿Pero qué...?

—Te espero en el comedor —interrumpió Shepherd saliendo del baño en búsqueda de un lugar en el que sentarse.

Mientras dejaba que Shadecraft refunfuñase, Shepherd consiguió liberar de libros y papeles una silla, y se sentó, justo cuando el sonido del agua se apagaba y aparecía en escena un empapado Shadecraft.

—¿Se puede saber dónde te has metido los últimos días? Todos estábamos muy preocupados, temiendo que te hubiera sucedido algo —preguntó Shepherd.

Shadecraft no contestó, solo le dedicó una penetrante mirada de odio, mientras buscaba una toalla para secarse.

Shepherd no quiso insistir y se quedó en silencio, viendo como su colega sacudía la esponjosa tela de una toalla marrón sobre su cabeza, para después enrollársela sobre sus hombros.

—He estado ocupado —dijo Shadecraft con voz molesta.

—Mira, Martin, te entiendo, la muerte de tu tío te ha afectado, a todos nos afectó, y eso que solo éramos colegas. Pero tienes que seguir adelante, no puedes ahogar tus penas en alcohol —afirmó Shepherd.

—No lo entiendes, Mark, esto va más allá de mi tío.

—¿Coger una melopea de campeonato y pelearse contra el apartamento va más allá de tu tío?

—Yo no me he peleado con mi apartamento —contestó extrañado Martin, admitiendo a la vez la borrachera.

—¿Y todo esto? —repuso Shepherd extendiendo sus brazos intentando abarcar el desorden que reinaba en aquel lugar.

—Estoy investigando sobre algo de lo que nos pediste... Sucesos extraños y esas cosas —aclaró Shadecraft.

—En ese caso, por favor, ilústrame, a ver si yo también tengo motivos para coger una buena cogorza —insistió el visitante.

Shadecraft esbozó una leve sonrisa, vació otra de las sillas del comedor y se sentó frente a Shepherd.

—Como supongo que sabrás, según los médicos, mi tío murió de un súbito ataque al corazón. Sin embargo, yo pongo en duda ese diagnóstico, ya que, como te mostré hace unas semanas, dejó para mí un curioso correo electrónico en el que hablaba de una máscara que ha desaparecido.

Shepherd asintió, conocía la historia de la máscara y el templo submarino.

—Pues bien, confiando plenamente en las palabras de mi tío, y siguiendo tu recomendación de buscar extraños sucesos, decidí investigar su misteriosa muerte —dijo mientras rebuscaba entre los papeles que había sobre la mesa, hasta dar con un pliego que había dentro de una carpeta rosada—. En un principio, a parte del correo y la cajita china, no tenía absolutamente nada. Empecé por documentarme respecto a los elementos que mi tío describía en su mensaje: la máscara, el templo al pie de la montaña y la figura que aparecía en el tímpano de este. Sacando provecho a los estudios de dibujo que me obligó a seguir mi madre, realicé estos esbozos de ellos —explicó mostrando a Shepherd diversos dibujos. Había leído el correo del difunto Oliver Shadecraft las suficientes veces para reconocer en el dibujo de su sobrino la desaparecida máscara, el templo griego sumergido y la criatura que lo decoraba. Mientras Shepherd examinaba aquellos excelentes dibujos, en los que parecía poder tocar los elementos dibujados, Shadecraft prosiguió con su discurso—: Sin embargo, los escasos detalles que daba mi tío de ellos hacían de este un camino sin salida. A pesar de la descripción de la máscara, las pocas referencias en cuanto a los símbolos que había en ella hacen imposible esclarecer de dónde podía proceder o

que significado podía tener. Lo mismo sucede con el templo. Sí, de acuerdo, se trata de un templo de inspiración griega, pero si es así, ¿por qué su decoración no lo es también? Simplemente, es imposible saberlo. Sin ir más lejos, a pesar de los años dedicados a la mitología, mi tío no hacía una referencia clara a la criatura que reinaba sobre la decoración del templo, si él la hubiera reconocido, no hubiera hecho esa descripción tan vaga. Además, ahora, sin poderla ver con mis propios ojos, no puedo más que suponer su aspecto, pero, y eso ya te lo digo ahora, no sé parece a nada que haya visto en mi vida.

—Entonces, ¿qué puñetas has estado investigando? —preguntó Shepherd dejando los dibujos sobre la mesa, junto con un par de copias del correo del tío de Shadecraft, y un sinfín de hojas en las que había anotadas todas las criaturas de las que podría tratarse la que describía su tío.

—Al ver que por esta vía no podía seguir, ya que nunca avanzaría, recordé un elemento que mi tío describía bastante bien y que, para mi suerte, no había desaparecido como la máscara.

—¿La cajita china?

—Exacto, la cajita china. Podía ser que esa extraña máscara se hubiera perdido para siempre, pero la cajita había seguido ahí. Además, la cajita había llegado a las manos de mi tío a partir de un envío de objetos para el museo del que era conservador, por lo que alguien había poseído antes esa pieza y, a diferencia de mi desafortunado tío, seguía con vida.

Al oír aquello, Shepherd no pudo evitar sonreír emocionado y expectante.

—Tras recuperar la cajita de la policía, que la había recogido como prueba, alegando que era una pieza del museo y que, si mi tío había muerto de un infarto, no había motivos para que ellos conservaran aquel objeto, me puse a rebuscar en todos los papeles que había en el despacho de mi tío, hasta que encontré esto.

Sin añadir nada más, Shadecraft le mostró un hoja de papel a Shepherd, era el comprobante de un envío, en el que si bien no se especificaba si la cajita iba en su interior, correspondía al paquete que Oliver Shadecraft afirmaba haber recibido dos días antes de su misteriosa muerte.

—¿Ves de dónde proviene? —preguntó Martin.

Shepherd dudó unos instantes, hasta que encontró la información que le pedía.

—Vietnam.

—Exacto, así que hice lo que todo buen investigador hubiera hecho, seguir la pista.

—¿Viajando hasta Vietnam?

—En concreto a Hoi An —aclaró Martin—. Por lo que pude descubrir de la empresa de transporte, el paquete, adquirido casi a ciegas por la comisión del museo, provenía de un viejo anticuario instalado en esta pequeña ciudad del Mar de la China.

Shepherd observó a su interlocutor, esperando que siguiera con su narración.

—Tras dar mil vueltas a las estrechas calles de la ciudad, abarrotadas de tiendas de antigüedades, talleres de artesanía y turistas, conseguí dar con la tienda en cuestión. Era un lugar pequeño, casi discreto, en el que pocos fijarían su vista sino lo estuvieran buscando. El cartel con el nombre estaba extremadamente gastado, los cristales, tras años de polvo acumulado, eran opacos y su interior estaba tan oscuro como la más negra de las noches. Al cruzar su puerta, el sonido de unas campanillas me precedió, y en seguida apareció un señor mayor de rasgos asiáticos. Lucía un pobre bigote canoso sobre una dentadura destartada y amarillenta. Me dijo algo en vietnamita que no pude comprender, así que empecé a hablar en inglés, preguntando si podía responderme algunas preguntas sobre un objeto y, amable y servicialmente, me respondió: «Por supuesto, querido extranjero». Sin más, saqué la cajita de mi bolsa y se la mostré. Al verla abrió los ojos como platos y se puso rígido, había reconocido el objeto. «Llévese ese objeto maldito de mi tienda, ¿no sabe qué mal habita en su interior?», me dijo airado. Rápidamente abrí la caja y le mostré su interior vacío. «Quiero entender el mal que había en su interior y que se llevó a mi tío», le respondí. Al verla vacía, el hombre se relajó un poco y volvió a mostrarme su amarillenta sonrisa. «Quiero saber por qué murió mi tío, ¿usted podría explicarme qué había?», insistí. El hombre, sin dejar de sonreír y con cierto aire de alivio, me respondió: «Lo lamento, pero no soy más que un humilde anticuario. Solo compro y vendo cosas, muchas de ellas no las comprendo». Parecía que el hombre había dado con la respuesta perfecta para deshacerse de mí, pero, justo cuando estaba a punto de darme por vencido, se me ocurrió una idea. «En ese caso, ¿a quién le compró esta cajita?», pregunté. Al oír aquellas palabras el hombre tragó saliva y respondió entre titubeos: «A un hombre mayor, hace muchos años, debe haber muerto».

«Siento insistir, pero ¿dónde podría encontrar a este hombre, si estuviera vivo?», pregunté. Pude comprobar como la mente de aquel hábil negociador funcionaba a pleno rendimiento, intentando decidir cuáles serían sus próximas palabras. Pero, tras unos segundos de titubeo, tomó un trocito de papel de encima del mostrador y, con un lápiz, apuntó una dirección y me la entregó. —Shadecraft le mostró a Shepherd el papelito con una dirección apuntada en caracteres asiáticos y latinos—. «Ahora, por favor, abandone mi tienda para no volver jamás», me dijo sin perder ese tono de falsa amabilidad propia de los vendedores de antiguallas. Le hice caso y partí.

Shepherd se echó hacia atrás mientras lanzaba un suspiro al aire, el relato de Shadecraft estaba siendo poco menos que emocionante.

—¿Y después? —preguntó Shepherd a su anfitrión esperando saber el final de tan curiosa investigación.

Al oír la pregunta, Shadecraft no pudo evitar bajar la cabeza con una expresión de lamento en su cara. Parecía como si el trepidante relato tuviera un final abrupto y desesperanzador.

—Hice lo lógico, busqué un taxi y le di la nota, y en pocos minutos estaba frente a una vieja casa a las afueras de la ciudad, en la que el tiempo parecía haber hecho más estragos que en el resto. Tenía el tejado inclinado, las paredes negras de suciedad y todos los elementos propios de los edificios antiguos del sudeste asiático rotos o resquebrajados. Un muro de piedra circundaba el terreno y una puerta de metal laboriosamente decorada hacía de entrada. Al no ver a nadie en el exterior y ningún timbre cerca de la puerta, la empujé con las yemas de mis dedos y entré en la propiedad. El jardín estaba igual o más abandonado que la casa, solo en el caminito de gravilla por el que me acercaba a la casa, parecía no haber malas hierbas. A cada paso las piedrecitas crujían bajo mis pies, anunciando mi llegada, por lo que no me sorprendió demasiado cuando una mujer mayor con el pelo recogido en un oscuro moño irrumpió desde el interior de la casa profiriendo lo que me parecieron insultos. Intenté explicar mi situación de algún modo. Pero fue imposible, aquella mujer parecía tenérmela jurada sin motivo aparente, así que, movido por un impulso, le mostré la cajita china, consiguiendo que una expresión de terror surgiera en la cara de la mujer. Perplejo por la reacción, me acerqué poco a poco y abrí la caja para mostrarle el interior vacío. Al verlo, la mujer me interrogó con la mirada y solo pude decir: «Necesito

saber, mi tío ha muerto por esta cajita». Por un momento temí que la mujer no me entendiera, pero no fue así. Con una expresión comprensiva, me pidió que la acompañara al interior de la casa.

»Una vez dentro pude comprobar que la oscuridad de las paredes exteriores, también se había trasladado al interior, además, la ausencia absoluta de luz hizo que mis piernas temblaran, temiendo que aquella mujer pudiera acabar conmigo en cualquier momento. Pero en su lugar, posó su mano sobre mi hombro, como si se apiadara de mí, y me condujo por los oscuros pasillos hasta la única sala iluminada por la tambaleante luz de unas velas, permitiéndome comprobar que no estábamos solos. En aquella pequeña habitación con suelos de madera, había un hombre que, por su aspecto, debía tener más de cien años. Tenía la piel surcada por miles de arrugas, la boca carente de dientes y el poco pelo que todavía colgaba de su cabeza era más blanco que el papel. A pesar del silencio que reinaba en aquel lugar, el hombre pareció no darse cuenta de que alguien estaba a su lado, permaneciendo tan quieto que podía confundirse con una estatua. La mujer se arrodilló a su lado y lo abrazó por los hombros, pero el hombre siguió sin inmutarse. Con gestos, la mujer me invitó a mostrarle la cajita al hombre, que bien podía ser su padre, así que me acerqué y se la puse ante los ojos, para descubrir después que las pupilas de ese hombre estaban veladas y eran de un blanquecino color perla. Al mirar a la mujer, pude ver como una lágrima descendía por su mejilla lentamente. Ante aquel panorama, no se me ocurrió otra cosa que depositar la cajita sobre las manos extendidas del anciano. Tras unos segundos en los que pareció que nada había cambiado, el hombre se despertó de golpe, imbuido por el tacto de la cajita, empezando a murmurar un sinfín de palabras incomprensibles para mí. Abatido me encogí de hombros mirando a la mujer, a la vez que negaba con la cabeza, intentando darle a entender que no comprendía nada de lo que el anciano estaba diciendo. Ella dirigió la mirada al cielo, como si en su mente buscara la traducción a las palabras que su enfermo pariente pronunciaba. Mientras tanto, el hombre, que parecía haber recuperado la energía perdida durante años, se balanceaba adelante y atrás, a la vez que con sus esqueléticos dedos repasaba todos los detalles de la superficie de la cajita. «Templo», dijo la mujer de repente para mi sorpresa con un pobre acento, supongo que el mismo que hubiera tenido yo al intentar hablar en vietnamita. «Su-Sumergido», prosiguió a pesar de no comprender el significado de lo que

estaba diciendo el anciano. «Monstruo, divino, templo, mal, atracción irrefrenable». Después de unas pocas palabras, la mujer calló mientras no dejaba de mirarme como si una palabra se le resistiera. Con gestos empezó a dibujar un elemento invisible alrededor de su cara, como un círculo agujereado. «¿Máscara?», pregunté sin pensar en lo que decía y, como respuesta, conseguí que la mujer sonriera y asintiera. «Máscara», repetí abstraído entre susurros.

»Mientras la mujer y yo jugábamos a adivinar palabras, cada una más incomprensible que la anterior, si no fuera por el relato de mi tío, el anciano, cuando parecía haber repasado todos los detalles del exterior, abrió la cajita y con unos inquietos y escuálidos dedos rebuscó en su interior, pero al encontrarla vacía, soltó un alarido y arrojó la cajita al otro extremo de la sala. Antes de apagarse de nuevo, el hombre pareció que me veía y, dirigiéndose directamente a mí con una voz mucho más clara que antes dijo seis palabras que, una vez más, no conseguí entender. A la vez atraído y asustado por el sonido de aquellas palabras, si es que no eran balbuceos de una mente senil y enajenada, miré a la mujer esperando que las tradujera, pero me dedicó una mirada angustiada, atribuyéndolas al desvarío de su pariente, negando al mismo tiempo con la cabeza.

»El hombre se había apagado de nuevo, no se movía, no decía absolutamente nada. Comprendí que la pista de la cajita china se había enfriado de golpe, todo terminaba con un anciano que había perdido la cabeza por culpa de la cajita y de su contenido. Estaba claro que ese hombre había pasado por algo parecido a lo que había pasado mi tío, pero también era más que evidente que poco más tendría que contarme ese desgraciado. Inclinandome frente a la mujer en señal de agradecimiento, me despedí, recogí la cajita y regresé de inmediato. Llegué ayer mismo, cogí la botella de *whisky* más cara que encontré e intenté olvidar todo lo relacionado con esta maldita cajita y lo que fuera que había en su interior —explicó Shadecraft, cargando con odio cada una sus últimas palabras.

Shepherd lo observó con atención, no sabía decir si él hubiera hecho lo mismo si un ser querido hubiera muerto en esas circunstancias, pero era muy probable que hubiera sido así. Sin embargo, seguía habiendo algo que daba vueltas por su cabeza, como ese mosquito que te molesta en las calurosas noches de verano.

—¿Y las palabras?

—¿Qué? —preguntó Shadecraft extrañado mientras revolvía los papeles que había sobre la mesa.

—Las palabras que dijo el anciano, ¿las tienes anotadas en algún lugar?

Martin tardó unos instantes en reaccionar, pero en seguida sacó un papel con un sinfín de palabras escritas y tachadas y se lo acercó.

—Se me quedaron grabadas, pero eran tan extrañas que me costó reproducirlas en un papel —explicó, pero, al ver la sonrisa que había surgido en la cara de Shepherd, calló y esperó que su visitante le dijera por qué estaba sonriendo.

Por su parte, el profesor Shepherd abrió la carpeta que no había dejado de sostener entre sus manos en todo el rato, y empezó a revisar todos los papeles que había en su interior. Shadecraft pudo ver que había recortes de periódico escritos en castellano, lo que parecía un informe del ejército, un pequeño papel sucio por lo que parecía ser sangre y un montón más de papeles con notas escritas por diversas manos. Por fin extrajo una hoja de papel, parecía una fotocopia de un libro antiguo, en las que había seis palabras enmarcadas en bolígrafo azul, y se la entregó a Shadecraft.

Cuando pudo leerlas, Martin no pudo más que quedarse atónito, eran exactamente las mismas palabras que había pronunciado el anciano vietnamita.

—*Ph'nglui mglw'nafh Cthulhu R'lyeh wgah'nagl fhtagn* —dijo leyendo en voz alta—. ¿Cómo es que las mismas palabras que dijo tu anciano loco estaban escritas en un antiguo volumen medieval europeo? —preguntó Shadecraft sin dejar de repasar el texto fotocopiado.

—Excelente pregunta, pero, para nuestra desgracia, de momento sin respuesta —contestó Shepherd.

—¿De dónde ha salido? —preguntó Shadecraft alzando la fotocopia.

—La doctora Towers lo descubrió en la celda de un monje que se suicidó en extrañas circunstancias.

—¿Extrañas circunstancias?

—Se tiró desde un monasterio en la montaña envuelto en llamas.

Al escucharlo Shadecraft levantó las cejas sorprendido, pero seguía más interesado en aquellas seis palabras.

—¿Towers sabe si existe una traducción posible a nuestro idioma?

Shepherd sacó otro papel de la carpeta y se lo entregó a Shadecraft.

—En la morada de R'lyeh, el difunto Cthulhu espera soñando —recitó Shadecraft, antes de preguntar—: ¿Qué significa?

—Eso esperaba que me dijeras tú, como experto en mitología, en algún lugar deberás haberlo leído, sino la frase entera, puede que alguna de las palabras, ¿no?

El profesor Martin Shadecraft observó a su colega con extrañeza. Jamás había oído esas palabras, sin embargo, algo le decía que, de entonces en adelante, lo haría más a menudo de lo que podría desear.

El libro del intruso

Volvían a ser las 7 de la tarde y, desde el despacho del profesor Mark Shepherd, se podían escuchar las campanadas del reloj de la Universidad de Miskatonic que indicaban pesadamente que la hora había llegado. Todos, excepto el profesor Ilya Vasilikov, estaban reunidos alrededor de la misma mesa redonda en la que había empezado todo. A diferencia de la anterior ocasión en la que se habían reunido allí, todos sabían a qué habían venido. Shepherd no les tenía ninguna sorpresa guardada, todos ellos habían descubierto cosas suficientemente extraordinarias, como para que nadie se sorprendiera con la siguiente noticia.

—¿Alguien sabe algo de Vasilikov? —preguntó Martínez recostado en su silla, mirando a los demás.

Nadie respondió, y Martínez tampoco se sorprendió. La historia de su familia, que conocía desde pequeño, pero que siempre había creído una invención de su abuelo para asustar a sus nietos, le había hecho cambiar la perspectiva que tenía de este mundo y de los seres que podían habitar en él. Sin embargo, los demás parecían haberse sumergido en historias mucho peores que la suya.

La habitualmente hermosa doctora Towers, lucía un despeinado digno de los viajes transatlánticos más largos que existen, sobre todo cuando se hacen contrarreloj, con unas ojeras que casi la convertían en un oso panda. Por su parte, Shadecraft, que en cuanto ojeras ganaba a su colega, además le sumaba una barba descuidada y ropa arrugada, sin mencionar cierto hedor a alcohol que desprendía, como si todavía estuviera recuperándose de la mayor borrachera de su vida.

El único que parecía físicamente igual que siempre era Mark Shepherd, pero su pose enfurruñada denotaba la preocupación que le corroía por dentro, como si el peso de lo que había descubierto le estuviera aplastando lentamente.

Martínez había sido el primero en llegar al despacho de Shepherd, sobre la mesa, como si no hubieran pasado los días, todavía habían los papeles relacionados con el enigmático descubrimiento que había hecho Mark. Además, también había una carpeta con algunos documentos que había recolectado aquellos días, y que Shepherd ya le había enseñado. Recortes de periódico en español, el informe militar que él mismo le había entregado tras recuperarlo de

los archivos de Washington, la nota en alemán sucia de sangre que había conseguido encontrar entre los papeles de su difunto abuelo, así como varias decenas de papeles y fotocopias con notas escritas a mano, probablemente, de Towers.

Al principio parecía que la investigación no hubiera ido más allá que meras suposiciones, sin embargo, cuando la profesora Towers apareció cargando un libro con las cubiertas de piel gastadas y las hojas apergaminadas y combadas, la cosa se puso seria. Después de dejarlo sobre la mesa, tanto Shepherd como él se habían acercado a examinarlo, pero tras tocarlo y sentir una extraña sensación en sus corazones, habían preferido guardar las distancias.

—Mejor que no lo toquéis —dijo desanimada ella—, algo me dice que mi estado de ánimo es culpa de esto —añadió señalando al libro con un gesto horrible en su cara.

Minutos después de que la profesora Towers llegara, hizo acto de presencia el joven Shadecraft, llevando, bajo el brazo, lo que se había convertido en su calvario particular, una cajita china, sobre la que Martínez ya sabía algo tras sus encuentros previos con Shepherd.

—Parece inofensiva —comentó él sorprendido.

—Si hubieras visto la cara de pánico de aquel viejo vietnamita, no dirías lo mismo —contestó un tanto molesto Shadecraft mientras se sentaba pesadamente en una de las sillas que quedaba libre.

Tras aquellas pocas y parcas palabras que le habían dedicado sus compañeros, Martínez había preferido guardar silencio y esperar a que Vasilikov llegase y empezara la reunión como tal. Sin embargo, el ruso se retrasaba, algo extraño en él, y Martínez empezaba a ponerse nervioso guardando silencio tanto rato.

—Perdonad que insista, pero hace media hora que esperamos en silencio a que Ilya llegue, y no ha llegado. ¿Alguno de vosotros sabe algo de él? Vasilikov nunca se retrasa tanto —Martínez soltó aquellas palabras como si las vomitara tras haberlas guardado durante tantos minutos.

Los demás no respondieron, pero, a diferencia de la anterior ocasión, se dedicaron sendas miradas, como si hubieran despertado de aquel extraño letargo en el que se habían sumergido.

—No sé nada de Ilya desde que nos reunimos aquí hace unos días —dijo Mark volviendo a la realidad.

Towers y Shadecraft sacudieron la cabeza confirmando las palabras de su anfitrión.

—Entonces... ¿Empezamos? —preguntó Martínez.

—¿Qué debemos empezar? —preguntó en un respingo Towers—. No hay nada que empezar.

—¿Y todo esto? —insistió Martínez señalando a las cosas que había sobre la mesa.

—¿Todo esto? ¿Todo esto? —repitió Towers abriendo los brazos y abarcando con ellos los documentos y objetos apilados en la mesa—. Pistas inconexas de algo que es mucho más grande de lo que nuestras mentes puedan imaginar.

Martínez observó a su colega durante unos segundos, antes de seguir defendiendo su postura.

—Por lo que me ha contado Shepherd, el asunto de la Máscara del tío de Martin y la muerte de ese monje tienen una conexión —afirmó con dureza.

—Sí, bueno, pero...

—¿Y qué me dices de lo de mi abuelo y la tercera carabela? —preguntó Martínez interrumpiendo a Towers—. Yo creo que los bichos que se cargaron aquel barco son los mismos que los que hicieron que mi abuelo se cagara en los pantalones, aún siendo un paracaidista que saltó sobre Normandía.

Nadie replicó las aseveraciones de Martínez, todos los presentes sabían que tenía razón, las pruebas eran escasas, pero todas parecían conectarse. Sin embargo, él y Towers seguían de pie, dedicándose sendas miradas en tensión.

—Vale, está bien, será mejor que nos calmemos —dijo Shepherd interviniendo—, Martínez tiene razón, pero tú también, Helen —añadió Shepherd—. Tenemos pistas, pero no sabemos que hacer con ellas.

Martínez y Towers se relajaron y volvieron a sentarse. Lo que había dicho Shepherd era una verdad como un templo, tener, tenían algo, pero no sabían en absoluto que hacer con ello. No había nada que les indicara cual era el siguiente paso a seguir para desentrañar el enigma que había tras todo aquello.

—Tenemos muchas piezas, pero todavía nos faltan muchas más —dijo Shadecraft de repente—, solo debemos encontrar la que una las que ya tenemos.

Los otros tres lo observaron, lo había dicho como si fuera un anciano sabio, sin embargo, era el más joven de ellos, pero al mismo tiempo el que parecía comprender mejor lo que tenían ante sus ojos. Nadie supo que más decir, todos habían entendido a que se refería, pero ninguno de ellos parecía conocer aquella *pieza* que les faltaba.

Todos se miraron entre ellos, caras de desanimó fueron pasando de uno a otro, con miradas interrogativas se preguntaban que debían o que podían hacer. Sin embargo, ninguno de ellos tenía la respuesta. Por un segundo pareció que todos volverían a sumirse en aquel extraño letargo de desesperanza que los había tenido ocupados desde que se habían reunido, pero uno de ellos reaccionó.

Llevada por un extraño impulso, Helen Towers se levantó como empujada por un resorte y abrió el libro que ella misma había traído. Apartándose los cabellos de la cara, empezó a pasar páginas de una forma poco propia para una historiadora acostumbrada a tocar documentos antiguos.

—Había... Había algo —empezó a decir nerviosa mientras los demás observaban las páginas repletas de antiguos grabados y palabras incomprensibles escritas con mucho esmero en un antigua tipografía—. A pesar de que cada vez que intentaba examinar con detalle este maldito libro, había algo que me provocaba ansiedad y me impedía seguir, en las pocas ocasiones que conseguí concentrarme y seguir adelante, además de toparme con aquellas palabras que Shadecraft escuchó en Vietnam, también pude leer y traducir un breve pasaje que podría ayudarnos.

Los demás no la interrumpieron, ni tan siquiera pretendieron ayudarla, simplemente dejaron que Towers siguiera buscando.

—¿Dónde estás? ¿Dónde estás? —dijo Towers hablando para ella misma.

Tras unos segundos que parecieron horas, la mujer se detuvo y abrió el libro de par en par sobre la mesa, dejando que sus colegas pudieran ver lo que ahí había escrito y dibujado.

—Parecen... Parecen... —empezó a decir Martínez.

—Los bichos descritos por tu abuelo y en las notas del diario de Colón —concluyó Shepherd.

Los tres se habían quedado helados al ver, en un pequeño grabado que había al principio de la página, la imagen de un grupo de cuatro seres decrepitos de piel blanquecina y ojos rojos.

—¿Cómo podemos saber que se trata de los mismo seres? —preguntó Shadecraft sin apartar la vista de ese grabado.

Por primera vez en varios días, Helen sonrió:

—Por qué pude traducir esta página.

Sin cerrar el libro, Towers empezó a buscar entre los papeles esparcidos sobre la mesa el documento impreso y corregido a mano que ella misma había conseguido traducir en el avión de regreso a Arkham.

—Como no podía centrarme al leer el libro, fotocopié a toda prisa las partes que me parecieron más llamativas y trabajé sobre ellas —explicó sin dejar de buscar—, y aunque la sensación de aprensión seguía cada vez que las leía, era mucho menor que al leer este maldito libro...

Durante unos segundos se mantuvo en silencio, hasta que sacó la hoja que estaba buscando.

—Hasta que conseguí traducir algunos pasajes —afirmó a la vez que le pasaba el folio a Shepherd, dando a entender que ella no querría volver a leer aquello.

Mark ojeó el papel que tenía entre manos, se veía la misma página del libro fotocopiada en blanco y negro, y sobre la parte inferior había la elegante letra de Helen escrita en tinta azul. Sin dudarlo, Shepherd se aclaró la voz y empezó a leer:

—Mientras Cthulhu sueña, debemos preparar el camino. Debemos abrir la puerta para que los primigenios regresen de dónde nunca deberían haber sido encerrados. Necesitan un ejército, cuerpos de fieles que no duden en coger lo que una vez les fue arrebatado. —Shepherd le pareció sentir que la oscuridad se cernía sobre él a medida que seguía leyendo y, por la expresión de sus compañeros, ese era el sentimiento de todos—. Abandonad la carne blanda de vuestros cuerpos, ofrecedla en sacrificio a...

Shepherd hubiera seguido leyendo, aunque no hubiera querido, algo le obligaba a seguir, como si aquellas palabras lo estuvieran atrayendo y atando en lo más profundo de las tinieblas, pero algo lo interrumpió. La puerta de su despacho se había abierto de par en par golpeando contra la pared, haciendo que el pomo dejara una marca en ella. Era Vasilikov. Estaba ahí plantado de pie, cogiéndose al marco de la puerta con sus manos, respirando hondo, como si hubiera venido corriendo desde dónde hubiera estado. Parecía no haberse cambiando de ropa en días, y desprendía un olor agrio a sudor.

—¿Ilya? —preguntó Martínez mirándolo preocupado.

Vasilikov no respondió, simplemente los observó con una penetrante mirada, como si estuviera desaprobando lo que estaban haciendo.

—¿Ilya? —repitió Martínez.

Aquellos segundos de silencio se alargaron tanto que perdieron cualquier concepción del tiempo. Si tras aquella repentina aparición de Vasilikov, se le hubiera preguntado Shepherd, Martínez, Towers y Shadecraft cuanto tiempo se habían estado mirando, ninguna de ellos lo hubiera sabido con seguridad. Pero poco importaba, ya que esta segunda vez, Ilya Vasilikov sí que habló.

—No se os ocurra leer ni una palabra más —les advirtió con severidad.

—¿Por-por qué? —preguntó tartamudeando Shepherd.

—Por que he visto que hacen esas palabras en los hombres, y es algo que no desearía a ni al peor de mis enemigos —respondió con crudeza el ruso sin soltarse del marco. Apretaba con tanta fuerza que sus nudillos se habían vuelto completamente blancos.

Los demás se quedaron aún más atónitos tras las palabras que les había dedicado su colega. A pesar de que sonaba extraño, el tono de voz que había utilizado Vasilikov, les había hecho comprender que les estaba hablando muy en serio, y más cuando se abalanzó sobre Shepherd arrebatándole la fotocopia con la traducción. Tras cerrar hábilmente con una mano el libro que había traído Towers, sacó su mechero y le prendió fuego a la hoja.

—De momento las copias deben ser eliminadas —dijo mientras veía como el folio se consumía en una llama anaranjada. Entonces volvió a prestar atención al libro, y añadió—: Con ese libro ya veremos que hacemos —tras lo cual lo cubrió con su chaqueta.

Todos se separaron de la mesa, dejando que Vasilikov actuara a sus anchas, asustados por el extraño comportamiento de su colega.

—¿Dónde has estado, Ilya? —preguntó Martínez intentando calmar al ruso.

—En Escocia —respondió con sequedad, mientras seguía buscando copias del libro para quemarlas.

—¿Has descubierto o has visto algo que debas contarnos? —preguntó Shepherd.

—¿Algo que nos ayude en nuestra investigación? —preguntó Towers.

Shadecraft prefirió no preguntarle nada a Ilya, ya que en su comportamiento errático veía algo que había visto no hacía mucho, en aquel anciano de Vietnam.

—Sí, he visto algo que os contaré ahora, cuando termine. Y que nos ayudará en nuestra investigación... En abandonar nuestra investigación —concluyó sin dejar de coger y examinar los papeles de sobre la mesa.

Los demás se miraron unos a otros, a pesar de lo que habían descubierto por su cuenta, todos quería saber que había tras las pequeñas migas de pan que habían encontrado en sus respectivos caminos.

—¿Así que, según tú opinión, deberíamos dejarlo? —preguntó Martínez.

Vasilikov asintió.

—¿Por qué? —preguntó Shadecraft acercándose—. ¿Qué has visto, querido amigo?

Al escuchar la pregunta, Vasilikov se giró y cogió a Shadecraft por los hombros, acercando su cara a pocos centímetros de la del joven investigador. Sus ojos parecían querer salirse de sus órbitas y, por su expresión, lo que fuera que había visto lo había trastornado.

—He visto... He visto... —empezó a balbucear Ilya, como si la información que retenía en su mente fuera más de la que su boca podía expresar, mientras sus piernas empezaban a temblar—. He visto como los hombres se convertían en monstruos... He visto como gente como nosotros dejaba su ser y se convertían en esclavos de un ser superior... De alguien que no es de este planeta, ni de este universo...

—¿Quién es ese alguien? —preguntó Shadecraft, que había agarrado a Vasilikov por los codos para que no cayera.

Pero cuando Ilya estaba a punto de responder, la voz suave y melosa de un hombre lo hizo por él.

—Yo soy ese alguien.

Todos se giraron para mirar hacia la puerta. Nadie pareció reaccionar más allá de eso, solo Vasilikov terminó por caerse de rodillas al suelo. Frente a ellos había un elegante joven de cabello castaño que vestía un elegante traje de un verde oscuro que refulgía con la luz. Mientras les regalaba la más agradable de las sonrisas, jugueteaba con un bastón con una extraña empuñadura dorada.

Sin pedir permiso para pasar al interior del despacho, el joven se acercó a la mesa observando todo lo que había en ella. Cada papel, cada pequeño objeto que

había en ella le arrancaba una sonrisa de placer. Pero lo que realmente alegró su expresión fue lo que descubrió bajo la chaqueta de Ilya. El libro. Sin dudarlo un instante, se hizo con él y regresó hacia la puerta.

—¡Eh! No tiene derecho llevarse nada —exclamó Martínez a su espalda.

—Al contrario, querido profesor Martínez, tengo todo el derecho a hacerlo, sobre todo al ser mío.

Al escuchar aquello, Martínez fue a quitarle el libro al intruso, pero Vasilikov lo detuvo en el momento oportuno.

—No lo hagas, Mario —le susurró al oído el ruso.

Martínez iba a preguntar por qué, pero en seguida lo supo, cuando en la puerta del despacho de Shepherd apareció un grupo de encapuchados, al primero de los cuales el intruso le entregó el libro, permitiendo que este enseñara las decrepitas manos de piel blanquecina y la sonrisa de dientes afilados bajo la capucha.

Martínez no fue el único, los demás también vieron lo que él, así que se quedaron quietos, absoluta y completamente asustados.

—Sin son tan amables de seguirme, tengo muchas cosas que mostrarles —dijo el intruso saliendo del despacho, a la vez que las extrañas criaturas entraban en él para rodear con sus esqueléticos brazos a los presentes y llevárselos casi a la fuerza.

—¿A dónde nos lleva? —preguntó Shepherd tan molesto como su miedo le permitía.

Sin dirigirle la mirada, el intruso respondió:

—Al mismo lugar al que otros intentaron llegar con una máscara, ¿no es así doctor Shadecraft?

Al escuchar aquello, en la mente de todos ellos se hizo presente una imagen que Oliver Shadecraft había descrito en su último correo electrónico.

El templo sumergido

Rodeados por aquellos seres decrepitos que no hacía mucho habían sido hombres y mujeres como ellos, Shepherd, Towers, Vasilikov, Martínez y Shadecraft avanzaban por un estrecho túnel subterráneo. Estaba claro que aquellas criaturas solo actuaban como y cuando el intruso se lo ordenaba, no solo las había creado, sino que también las había esclavizado.

El intruso, que se había ganado ese nombre no tanto por su inesperada irrupción en la reunión en el despacho de Shepherd, sino porque había dejado claro que no pertenecía del todo a este mundo, lideraba aquel pequeño ejército como si hubiera recorrido aquel lugar en un millar de ocasiones.

Sin que ellos lo supieran, el intruso los guiaba por aquel laberinto de pasillos, túneles y demás agujeros subterráneos, que habían estado ocultos en el subsuelo de Arkham, y en el que cualquier de ellos hubiera podido perderse.

En su mayoría, parecían los restos de viejos conductos de desagüe, cloacas abandonadas y túneles de servicio olvidados con el paso del tiempo. Olvidados por todos, menos por aquel enigmático joven que, a simple vista, parecía imposible que nunca hubiera pisado un suelo como aquel.

Sin temor a estropearse el traje, o que sus invitados forzados malograran sus zapatos, el intruso avanzaba a paso firme, girando en cada cruce o desviación como si tuviera en su mente grabado el mapa de aquel lugar, sumergiendo los zapatos en una agua pútrida que cubría el suelo. A medida que fueron descendiendo, ya que era inevitable sentir cada vez más presión, el nivel de agua que circulaba por aquellos pasillos fue aumentando hasta llegarles a la mitad de la espinilla, obligándoles a sumergir sus piernas en un líquido oscuro y denso, que hacía mucho que había dejado de ser agua. Además, bajo sus suelas podían sentir una superficie embarrada y resbaladiza, algo que, queriendo o no, aminoraba la marcha.

—Venga, vamos, queridos amigos —les decía el intruso cada vez que se detenían para evitar un resbalón o se les enganchaba el zapato en aquellas mugrientas alcantarillas—. Allí a dónde vamos no les harán falta los zapatos —añadía con una sonrisa mientras los miraba de reojo sin perder el ritmo, tras lo que alguno de sus sicarios tiraba de quién que fuera que se hubiera retrasado a la

vez que le enseñaba los dientes y emitía un extraño sonido sibilante, como si hubiera perdido las cuerdas vocales o algo peor.

Con este panorama, el grupo de investigadores tenía razones de peso para retrasar la marcha o acelerarla, cualquier cosa para salir de aquellos pasillos cuyas paredes estaban cubiertas por una gruesa capa de moho que desprendía un fuerte olor a humedad y a seres en descomposición, como alguna malograda rata que no había conseguido flotar en aquel río de podredumbre, como aquellas que, de vez en cuando, rozaban las piernas de Shepherd y los demás yendo en dirección contraria a la que se dirigían ellos.

La marcha era poco esperanzadora, y más en aquella extraña penumbra en la que estaban sumergidos, apenas había luz, solo la suficiente para ver aquellos seres que los rodeaban con inexpresivos rostros y que parecían dispuestos a saltarles a la yugular en cualquier momento.

Sin embargo, cuando habían perdido la noción del tiempo, Towers le dio un suave golpe con el codo a Shepherd y le señaló con el mentón que mirara hacia delante. Desde el final del túnel, perfilando a la perfección la silueta del intruso, una tenue luz verde fue aumentando de intensidad hasta que los envolvió, obligando a sus pupilas a acostumbrarse de nuevo en lugar sin oscuridad.

Tras recorrer unos cuantos metros más en los que parecía que todo el mundo había optado por los tonos negros y verdosos, el grupo llegó al desconocido destino de aquella peculiar expedición. Era una agujero en la pared con el mismo perfil medio abovedado del túnel del que venían, que daba acceso a una gran sala, de la que provenía la luz verde. Después de entrar en ella y percibir la sonoridad que tenía al oír amplificadas sus pasos, pudieron comprobar que se encontraban en una antigua cisterna del sistema de alcantarillado de la ciudad. Y a pesar de la banalidad del lugar, aquella cisterna, inundada de la forma que estaba por aquella luz verde cuyo origen se escapaba a Shepherd y los demás, les dio la sensación de que pasaba a convertirse en algo que casi podía compararse con un templo. Y no estaban muy equivocados.

—Bienvenidos —anunció con un chorro de voz el intruso mirándolos directamente a ellos, mientras su ejército de seres dejaba de rodearlos y se situaba en mitad de la sala.

Los cinco investigadores le dedicaron una mirada cargada de desconfianza y miedo.

—Cómo supongo que habréis deducido —prosiguió el intruso sin hacer caso a los rostros de sus invitados a la fuerza—, estamos en una vieja cisterna del sistema de alcantarillado de la ciudad de Arkham. —Entonces dio una vuelta sobre sí mismo contemplando todo cuanto le rodeaba—. Es increíble como la humanidad puede construir estas maravillas, para después olvidarlas para siempre —añadió con un tono de tristeza que duró hasta que añadió sonriente—: Sin embargo, en este caso, me alegro. De no ser así no hubiera podido disponer de este maravilloso lugar para convertirlo en la puerta... Pero estoy avanzando acontecimientos —dijo interrumpiéndose a él mismo.

Shepherd y los demás no dejaron de observarlo con temerosos ojos.

—No temáis, por favor. Si sois tan amables, podéis quedaros al final, tras mis acólitos.

—¿Y quién dice que no trataremos de huir? —preguntó Towers siendo la primera en hablar desde que habían sido interrumpidos en el despacho de Shepherd.

—Muy sencillo doctora Towers, si lo intentáis, mis queridos seguidores no dudarán ni un segundo en perseguiros y, mucho menos tiempo, en desmembraros vivos.

La respuesta, aunque no fuera agradable, fue lo suficientemente clara como para que el grupo volviera a guardar silencio, sabiendo que solo podían quedarse ahí, rezando para ser espectadores y no intérpretes de lo que pudiera venir a continuación.

Sin prestarles mayor atención, el intruso les dio la espalda y se dirigió hacia la pared del fondo de la cisterna. Mientras avanzaba, sus seguidores se apartaban para dejarle paso, hasta que llegó al otro extremo, donde había un grupo de escalones que no llevaban a ningún sitio, pero que en seguida se convirtieron en un altar improvisado.

Situado en el peldaño intermedio, el intruso levantó su bastón en el aire, extendiendo los brazos tanto como le era posible. Para sorpresa de los investigadores, al hacerlo, la luz verde se volvió más intensa, sobre todo en la parte central de la pared. Parecía como si unos focos dibujaran una línea vertical en la pared. Tras aquello, el intruso empezó a recitar una extrañas palabras indescifrables, aunque el lenguaje no les era del todo desconocido.

—Es el mismo idioma que utilizó en Escocia —susurró Vasilikov a los demás con voz temblorosa.

—Y el mismo que el del libro —añadió Helen.

Y como si la hubiera escuchado, uno de los acólitos se acercó al intruso levantando el libro, abriéndolo y haciendo las funciones de atril. El anfitrión de aquella horripilante velada dio la espalda a la pared y empezó a leer directamente del libro, mientras que aquellos seres medio descompuestos solo repetían una frase casi susurrando. Una frase que, para su desgracia, les era bastante familiar:

—*Ph'nglui mglw'nafh Cthulhu R'lyeh wgah'nagl fhtagn.*

Al escuchar aquellas palabras, pronunciadas con la devoción de aquellos seres, que parecían haber recuperado la voz solo para decirlas, al grupo de investigadores se les erizó la piel y el miedo los congeló allí dónde se encontraban.

A medida que aquellos horrendos rezos y las palabras del intruso iban avanzando, haciendo temblar las paredes de la cisterna, la luz de la pared se intensificaba cada vez más, hasta que sucedió algo que se escapaba a cualquier lógica. Como si la luz se agrietara, empezó a abrirse por el centro lentamente, pero, de repente, como si una fuerza incontenible surgiera de la pared, el agujero se ensanchó ocupando casi por completo la pared. Cualquiera hubiera podido decir que era la magia de un proyector de cine, pero la ráfaga de viento que empujó a todos los presentes no había surgido de la nada. Sin embargo, cuando aquella suave y peculiar brisa se calmó, todos pudieron ver lo que había al otro lado de aquella grieta, de aquella herida en el tejido de la realidad... Un desierto, un desierto extrañamente iluminado por una luz verdosa que resplandecía como si estuviera bajo el agua.

—El-El lugar que describió mi-mi tío —afirmó entre balbuceos Martin Shadecraft a la vez que levantaba el dedo índice de su mano derecha para señalar hacia aquel lugar.

No hacía falta que se lo dijera, los demás habían leído casi tantas veces el correo de su tío como el propio Martin, por lo que cuando aquel desierto apareció frente a sus ojos, todos lo identificaron de inmediato.

Después de abrir aquel portal, el intruso volvió a girarse y subió los pocos peldaños que lo separaban del abismo desértico y, sin miedo a nada miró a través de él. En su cara se dibujo una sonrisa grotesca, demasiado amplia y brillante para ser humana. Por fin había tenido éxito.

Sin miedo a cruzar por error el abismo, el intruso empezó a contornearse provocando que el portal que se abría sobre aquel desconocido desierto empezara a avanzar cada vez más deprisa, hasta que encontró a los primeros seres humanos que avanzaban desposeídos de alma hacia una misma dirección.

La aparición de aquellas imágenes que se veían a través de aquella enorme grieta, hizo que las palabras de Oliver Shadecraft cobraran vida. Frente a ellos había hombres, mujeres y niños, con los rostros cubiertos por extrañas máscaras, todas ellas diferentes pero, a la vez iguales, que andaban a paso ligero atraídos hacia algo que se escondía más allá de dónde alcanzaban sus ojos.

Tras unos segundos en los que pareció que la cisterna planeaba sobre aquel desierto, el intruso volvió a sacudirse con fuerza reemprendiendo la marcha a toda velocidad. Aunque no quisieran creerlo, ahora tras verlo por ellos mismos, los investigadores no podían negar cual sería la siguiente imagen que verían en aquella aterradora pantalla de cine al más allá.

Surgiendo poco a poco en el horizonte, una colosal montaña fue aumentando de tamaño hasta llegar a unos niveles inconcebibles para la mente humana. Comparada con aquella monstruosidad, el Himalaya o los Andes eran meras colinas. Del mismo modo que el templo descrito por el profesor Shadecraft, hacia enrojecer por su ridículo tamaño al Partenón de Atenas.

Tal y como todos sabían, en la base de aquella montaña, se alzaba la entrada a un templo que parecía de estilo grecorromano pero que, en realidad, estaba erigido en honor a otro dios. Un dios de cuerpo abotargado de dragón humanizado y cabeza en forma de pulpo.

Cuando el templo estuvo suficientemente cerca de ellos, todos pudieron ver el peculiar y grotesco friso, así como el espectacular y horripilante tímpano de la entrada.

—En todo esto tiempo, nunca acabé de creer en las palabras de tu tío, Martin —dijo Shepherd al oído de su colega—. Ahora, lamentablemente, veo que me equivocaba.

Martin Shadecraft no reaccionó, aún permanecía atónito al contemplar lo descrito por su tío, pero que cuya escala nunca pudo imaginar.

Como si se tratara de un ritual mil veces ensayado, el intruso descendió de los escalones y se hizo a un lado, liberando el acceso a ese extraño mundo. Uno tras otro los decrepitos seres que le habían seguido hasta allí cruzaron el umbral

del portal y se sumaron a las personas que se adentraban lentamente en el templo. El primero en hacerlo fue el que había sostenido hasta entonces el libro que Towers había traído desde España. Dejó el pesado volumen en el suelo y cruzó la puerta como si fuera una fina cascada de agua.

—¿Qu-Qué hacen? —preguntó Vasilikov, que seguía sin comprender como unos humanos habían podido permitir convertirse en aquellos seres y ahora se adentraban en lo desconocido.

El intruso, que se había apartado para dejar espacio a sus seguidores, que una vez cruzado el portal empezaban a correr como posesos hacia el interior del templo, lo miró con una sonrisa de curiosidad.

—Entonces, ¿ahora te interesa lo que hacemos? —preguntó con ironía—. Esta vez no huirás como en Escocia, ¿verdad, profesor Vasilikov?

Ilya no respondió, simplemente interrogó con la mirada al intruso.

—Debéis saber que las máscaras solo permiten que el alma sea llevada —explicó con total naturalidad—, pero el señor también necesita carne para despertar del largo letargo.

Al escuchar aquello los investigadores no terminaron de comprender a que se refería. Pero, en cuanto el primer acólito llegó bajo la columnata del templo, unos graves murmullos emanaron del interior de la montaña. Era como si alguien o algo estuviera ronroneando en su interior.

Vasilikov y los demás dejaron de mirar al intruso y fijaron sus pupilas en la entrada del templo, dónde los primeros de aquellos seres decrepitos empezaban a amontonarse como si estuvieran esperando que algo sucediera.

Salida de las entrañas de la montaña, una gigantesca mano emergió por la puerta del templo, agarrando a varios de los acólitos del intruso y llevándoselos hacia la oscuridad de su interior.

Al verlo, el intruso empezó a reír de forma exagerada, como si no pudiera controlar su alegría.

—¡Al fin! ¡Al fin ha despertado! —exclamó haciendo resonar su voz en las paredes de la cisterna—. ¡Ven! ¡Regresa! ¡Recupera lo que es tuyo!

De las profundidades de la montaña, a través del templo, en esta ocasión no apareció uno sino dos brazos colosales y escamosos, que se agarraban al suelo con sus garras, haciendo toda la fuerza posible para que la criatura que era su propietario saliera a la luz.

Poco a poco, como si el tamaño de aquel ser le obligara a ralentizar sus movimientos, como si de un repugnante parto se tratara, la misma criatura descrita en el correo del profesor Shadecraft y grabada en el tímpano del templo, emergió de este mostrando su titánico tamaño. Tales eran sus dimensiones, que su cabeza, aún más horripilante que la del grabado, apenas pudo salir después de sus brazos, mientras que los tentáculos, de un verde oscuro, se contoneaban agarrando a todo aquel que estuviera cerca, fuera humano o acólito, absorbiéndolo mediante sus ventosas.

Al verlo, y mientras el intruso no dejaba de reír de forma histérica, Helen soltó un grito de terror, mientras que sus compañeros, de lo estupefactos que estaban, no se atrevieron ni a exclamar el pavor que estaban sintiendo.

Sin dejar de soltar alaridos de perturbado entremezclados con una desagradable y aguda carcajada, el intruso corrió hacia el portal, subiendo los peldaños de dos en dos hasta colocarse en el de arriba de todo.

—¡Soy tu más fiel servidor! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones—. ¡Oh, grande entre los antiguos!

Al oírlo, la enorme criatura dirigió su mirada hacia el portal, lanzando un extraño murmullo de satisfacción.

—¡Ven! ¡Aquí! ¡Recupera lo que lo que nunca debió serte arrebatado! —prosiguió el intruso, y girándose hacia los cinco investigadores añadió—: No podéis ni imaginaros el honor que tendréis, seréis los primeros en ver el poder del todopoderoso...

Pero antes de que pudiera terminar la frase, un tentáculo casi tan grande como la cisterna cruzó el portal y agarró por la cintura al intruso, llevándoselo al otro mundo, dónde lo consumió como a los otros.

Aunque aquel joven había desaparecido, Shepherd y los demás se percataron de que sus cánticos y los de sus acólitos seguían oyéndose.

—¿Cómo es posible? ¿Cómo puede seguir cantando si en el mejor de los casos están muertos? —preguntó el historiador a sus colegas.

Los demás lo miraron igual de sorprendidos que él.

—Esto escapa a nuestros conocimientos —afirmó Martínez claramente superado por la situación.

—Pues algo deberíamos hacer, o las palabras de ese hombre se cumplirán —dijo Helen mientras señalaba hacia el portal, que permanecía abierto y a través del cual un tentáculo tras otro iban entrando en la cisterna.

Todos se miraron, no sabían que hacer, no habían estudiado para enfrentarse a aquella situación, y sabían, con total seguridad, que nadie en el mundo lo había hecho. Uno al otro se gritaban asustados, a pesar de ser adultos responsables, lo que habían visto y vivido en las últimas horas los había convertido de nuevo en pequeños niños desconocedores de los peligros a los que se podían enfrentar.

Sin saber cómo, mientras los demás discutían, el joven Martin Shadecraft, llevado por un arrebató de valentía poco natural en él, salió corriendo hacia el portal, intentando esquivar los escamosos y ágiles tentáculos. Al verlo, los otros cuatro lo contemplaron sin poder creerse aún menos lo que estaban viendo. Sin dejar de correr, el joven profesor de mitología cogió el libro que los acólitos habían dejado atrás, lo cerró de golpe y, sin pensárselo de dos veces, lo arrojó a través del portal que, sin ninguno tipo de aviso, se colapsó cerrándose sobre sí mismo.

Tras unos segundos en los que pareció no ocurrir nada, aunque ninguno de ellos se lo habría creído o imaginado, todo volvió a la normalidad. La cisterna estaba vacía, los tentáculos habían desaparecido, y la luz verdosa parecía haberse extinguido, sumiéndolos en una agradable oscuridad de tonos grises.

Unos a otros se dedicaron sendas sonrisas de incredulidad y, en parte, de triunfo.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó Shepherd acercándose a Martin.

—No lo sé —respondió encogiéndose de hombros—. Un presentimiento, tal vez.

—Cuándo salgamos de aquí nadie nos va a creer —afirmó Martínez con una sonrisa de alivio a la vez que abrazaba a Shadecraft.

—Ahora, eso poco importa, Mario —contestó Helen.

—Cierto —añadió Shepherd—, lo que de verdad importa es si ese ser estará vivo o muerto...

—Dormido o despierto... —prosiguió Vasilikov.

—En este mundo o en otro —concluyó Shadecraft.

Segunda Parte

El templo del desierto

Seis años más tarde...

Hacía tiempo que los sucesos de Arkham habían tenido lugar. Era cierto que ninguno de los implicados que habían sobrevivido habían creído que se hubieran terminado para siempre, pero sí que todos ellos, en su fuero interno, deseaban haberlo olvidado por completo... aunque aquello era difícil de olvidar. Ninguno de ellos jamás podría borrar de sus mentes el séquito de monstruos, el hombre del libro con ese aspecto inocente, pero con un brillo tenebroso en sus ojos verdes y, ni mucho menos, los gigantescos tentáculos que habían cruzado el umbral entre este mundo y otro muy diferente poblado por seres titánicos con hambre de conquista.

Sin embargo, a pesar de que se habían prometido que dejarían todo aquello a un lado, su profesión como historiadores los hacía curiosos por naturaleza, y no habían dado carpetazo definitivo al asunto. Por ese motivo, ahora, Mark Shepherd no podía creer lo que tenía entre sus manos, al fin había conseguido algo tangible con lo que seguir trazando el rastro de aquellos extraños sucesos.

Desde que había iniciado la investigación que llevaba en conjunto con sus socios en la Universidad de Miskatonic, había empezado a ahondar en cualquier historia sospechosa de ser interesante para lo que tenían entre manos... aunque no tuviera muy claro lo que estaban investigando, ya que catalogar de extraños los sucesos que había reunido tal vez era quedarse un poco corto.

Hasta ese momento, a pesar de la desaparición del profesor Shadecraft y la implicación de Martin, su sobrino y también profesor, y los sucesos en el subsuelo de Arkham, Shepherd siempre se lo había mirado todo con cierta distancia, como si no fuera más que un simple espectador, como habían hecho siempre los historiadores, que analizan los sucesos del pasado sin inmiscuirse personalmente en ellos... o, al menos, eso dicen.

Sin embargo, todo cambió cuando, un domingo cualquiera, se reunió con su familia en casa de sus padres en una comida familiar, como solía pasar a menudo. Como acostumbra a pasar en estas ocasiones, uno de los temas de conversación es el trabajo, por lo que, enseguida, uno de sus primos —uno que se dedicaba a

ganar dinero a espuestas gracias a su empleo como banquero y que le gustaba sacar a relucir su supuesto éxito— le preguntó:

—¿Qué? ¿Tienes algo interesante entre manos?

En un primer momento, Mark no respondió, no sabía si debía reaccionar a la defensiva o si debía ser diplomático, ya que tampoco sabía las intenciones de su primo con aquella pregunta, sobre todo, cuando recordaba la ocasión en la que quiso compartir una interesante investigación que estaba llevando a cabo sobre un descubrimiento que había realizado en los archivos de un pequeño pueblo de la Costa Este, y como la economía de ese lugar había crecido gracias a la expansión del comercio marítimo en aquel lugar a partir del siglo xviii... a lo que todo el mundo reaccionó con bostezos, sin hacerle caso o, lo que era aún peor, la falsa atención. «Con mis alumnos fingiendo interés tengo suficiente», se dijo mientras veía como nadie, absolutamente ninguno de sus familiares, parecía interesarle su trabajo.

Pero en aquellos escasos segundos después de la pregunta de su primo, que restaba relativamente a la expectativa, Mark hizo de tripas corazón y se lanzó al ruedo, no tanto para alimentar su ego, sino para demostrar que la profesión de historiador era algo más que ir de biblioteca en biblioteca.

—Bueno, creo que sí. Hemos reunido un grupo de investigadores de diferentes especialidades para poner en común nuestros descubrimientos y trazar un hilo a través de diferentes épocas... —Vio como su primo hacía ademán de huir, amedrentado por aquella verborrea tan académica que parecía aterrorizado, pero Mark fue más rápido y añadió—: sobre sucesos extraños que van un poco más allá de los meros hechos históricos.

—¿Sucesos extraños? —preguntó su primo con auténtico interés a la vez que su pregunta provocaba que varios rostros más de sus compañeros de mesa se giraran hacia ellos.

—Sí, claro, ya sabes, cosas inexplicables, no querría decir paranormales porque somos historiadores y no cazafantasmas, pero por ahí iría la cosa —respondió con una sonrisa que dejó boquiabiertos a todos sus parientes, cuyas conversaciones habían cesado por completo en pos de lo que Mark y su primo estaban hablando.

—¿Algo así como un *Expediente X* de la historia? —preguntó su primo pecando de ingenuo al reducirlo todo a esa poco sutil comparativa, pero, por una vez, Mark estaba en posición de dejarlos a todos boquiabiertos.

—Sí, algo así.

Solo con esas tres palabras hizo que todo los demás asintieran impresionados por lo que el aburrido de la familia les había revelado.

—¿Y nos puedes adelantar alguna cosa? —insistió su primo, casi como si fuera un niño que le están contando un cuento fantástico.

—Tan solo hemos empezado —mintió, no quería que lo tomaran por loco si les narraba todo lo relacionado con el pulpo gigante—. Tenemos algunos indicios, pero sería un error explicaros lo poco que tenemos —respondió Mark con evasivas, que decepcionaron a su audiencia—. Pero así que tenga algo realmente jugoso no os preocupéis que os lo contaré —mintió para rematar la conversación.

Después de esas palabras, los temas de conversación fueron por otros derroteros recorriendo los habituales de este tipo de comidas. Sin embargo, Mark no pudo pasar por alto que su padre lo observaba con unas pupilas inquisitivas, como si para él aquello no hubiese sido suficiente.

La comida transcurrió con naturalidad y cuando llegó el momento de los postres, el gran grupo familiar se disgregó, dejando en la mesa a Mark y a su padre, como si todos hubieran sido conscientes de que debían dejarlos solos.

—¿Quieres decirme algo, papá? —le preguntó Mark comiendo el último pedazo de pastel de manzana, especialidad de su tía.

Su padre alzó una ceja, como muchas veces antes le había visto hacer, y dijo:

—¿Va en serio lo de tu investigación?

—Sí, por supuesto.

—¿Qué pretendes con ello?

Mark observó a su padre y vio que le hablaba muy en serio, mucho más de lo que jamás había hecho.

—¿Quieres la versión profesional o la personal?

—La personal.

Mark se levantó de su asiento y se sentó a la derecha de su padre, no quería que cualquiera se enterara de lo que le iba a decir.

—Queremos ayudar a un amigo y creo que podemos hacerlo de este modo.
—Era una versión muy resumida de lo que los había empujado, pero en cierto modo todo había empezado para ayudar a Martin Shadecraft.

—¿Qué habéis descubierto hasta ahora?

—No demasiado, la verdad, incluso da la impresión de que daremos muchos palos de ciego, pero solo acabamos de empezar. —Aunque no contó todo lo sucedido, lo cierto era que no sabían demasiado, ni tan siquiera a qué se habían enfrentado en el subsuelo de Arkham.

Claro que le podía explicar, por ejemplo, todo lo que había descubierto sobre la expedición de Cristóbal Colón, pero sería demasiado contundente para que su padre lo tomara en serio... ¿o no?

Su padre lo examinó, como si quisiera valorar qué había de cierto en las palabras de su hijo, y, transcurridos unos segundos, se aclaró la garganta.

—Entonces puede que te interese una vieja historia familiar.

—¿Una historia familiar? —preguntó el historiador.

—Ven conmigo.

Sin ninguna ceremonia, su padre se levantó de su asiento en el extremo de la mesa y se encaminó hacia la planta superior de su casa. Mark, en silencio, lo siguió a la expectativa, preguntándose qué pretendía con todo ese aire de misterio. Su padre siempre había sido un hombre serio, pero jamás había ido con medias tintas, al contrario, las cosas las decía bien claras y de frente.

Cuando llegaron a la planta superior, su padre se acercó a la puertecilla que había en el techo y que daba acceso al desván y asió de la pequeña cuerda que la abría. De un tirón la puerta se abrió y la escalerilla de su interior se desplegó, permitiendo que ambos pudieran subir. Aunque aquel desván, como los de muchas otras casas, tenían ese halo de misterio y terror, ese en particular no le decía nada a Shepherd, ya que había subido un millón de veces a guardar cosas para que permanecieran en el olvido o, simplemente, a ayudar a limpiarlo, como cualquier hijo de vecino.

—Échame una mano —dijo su padre mientras se adentraba en el desván.

Mark se apresuró a hacerle caso y, entre los dos, sacaron un gran baúl antiguo de madera.

—Ya sabes —empezó a decir su padre—, que tu manía por la historia no es solo cosa tuya, en nuestra familia siempre ha habido como una obsesión para

guardar testimonio de nuestra historia, por banal que fuera, como un síndrome de Diógenes histórico. —Mark asintió—. Pues debes saber que lo más antiguo de nuestra historia está aquí dentro, en este baúl.

Sin preocuparse por la nube de polvo que se estaba levantando, el padre de Mark abrió el baúl y dejó que su hijo viera el interior. En su interior había, sobre todo, lo que parecían papeles antiguos, posiblemente diarios, memorias, algunas latas de metal oxidado que contenían pequeños recuerdos de sus antepasados y alguna que otra prenda de ropa. La que destacaba por encima de todas era un viejo sombrero de ala ancha, al estilo del viejo Oeste. Su padre lo cogió y le dio la vuelta y de su interior extrajo un pliego de papeles carcomidos por el paso del tiempo.

—Esto pertenecía mi tatarabuelo —anunció su padre observando el sombrero con cierto orgullo—, era un *cowboy*, trabajó de muchas cosas, le pilló la guerra, fue granjero, pero también cazarrecompensas y ayudante del *sheriff* de Big Water, al sur de Utah, antes de instalarse aquí, en Massachusetts.

Todo aquello le era vagamente familiar a Shepherd, pero no quiso interrumpir a su padre con preguntas absurdas.

—Fue precisamente cuando trabajaba para el *sheriff* cuando escribió esto —afirmó su padre mostrándole el pliego de papeles—. Aunque sabía leer y escribir, era un hombre de campo, de acción, sin embargo, creyó conveniente dejar testimonio de lo que vivió en aquella época.

Mark asintió, comprendiendo el dibujo que le había hecho su padre de ese antepasado.

—Hace muchos años que leí esto, al principio no me lo creí... Bueno, en realidad, no me lo he creído nunca, pero ahora, después de tus palabras, estoy seguro de que ha llegado el momento de desempolvar este viejo recuerdo y permitir que el viejo Julius Shepherd explique lo que te tenga que contar y tú valores por ti mismo.

Lentamente y sin esperar respuesta de su hijo, cerró el baúl, depositó el sombrero sobre él y le entregó la hojas a Mark, para después desaparecer por el acceso al desván, solamente diciendo:

—Lee tranquilo, yo me ocupo de que nadie te moleste.

Mark se lo agradeció con una sonrisa un instante antes de que su padre cerrara la puertecilla, dejando a su hijo en mitad del desván solo iluminado por la

tenue luz que entraba por una ventana circular, cuyos rayos permitían ver las motas de polvo en suspensión.

Mark observó los papeles que tenía en las manos, se acomodó en el suelo con la espalda apoyada en el baúl y desdobló las hojas hasta ver un texto escrito con una letra pequeña y abigarrada, pero lo suficientemente clara como para que aquello no fuese un problema para descubrir lo que Julius tuviera que contarle...

Big Water, mayo de 1870

Al escribir estas palabras siento como la pluma tiembla entre mis dedos por como mi corazón late tras lo que he presenciado. Sin embargo, después de lo que han visto mis ojos, debo dejar por escrito lo que he vivido, no solo como advertencia para los lectores que quieran creerme, si es que esto lo lee alguien, sino también para liberar mi mente de la pesada carga del recuerdo. Así, con la esperanza de que una vez haya terminado este relato pueda descansar en mi cama, debo empezar por donde corresponde, el principio de todo.

Tras la guerra, habiendo participado de forma consciente entre las tropas del norte en las que alcancé el rango de capitán, decidí, como muchos otros antes que yo, emprender el viaje hacia el Oeste con la esperanza de encontrar algo mejor. Con unos pocos conocimientos de cómo cuidar una granja y la esperanza de encontrar buenas tierras en las que desarrollar mi carrera, en 1866 dejé atrás el brillante, pero también anticuado Este para buscar fortuna... pero hallé todo lo contrario. A pesar de los cantos de sirena que oía desde el Oeste, cuando uno llega aquí descubre que le debe acompañar la fortuna o tener muy buenos amigos en los que confiar para empezar una gran vida. En mi caso, llegué con una mano delante y otra detrás, y todo parecía augurar que regresaría con el rabo entre las piernas, pero, y aunque suene poco modesto, como tengo ciertas habilidades rápidamente me adapté al lugar y encontré un trabajo como peón en un granja.

Mi vida era sencilla, pero con el paso de los días, de los meses y de los años empecé a jugar un papel importante en la granja, que no era otro que el de cuidar de que los cuatreros no se llevaran las cabezas de ganado de mi patrón. Fue por este motivo que, cuando mi talento como defensor de la justicia, aunque en realidad solo defendía el que era mi hogar, llegó a oídos del sheriff de Big Water, este se presentó con dos de sus ayudantes en la granja.

Fergus Shane, como se llamaba el dueño de esta, los recibió con los brazos abiertos, no es que fueran viejos conocidos, pero era cierto que el sheriff Alistair McGrath era lo más parecido a la ley por esas tierras, y Fergus lo sabía, por lo que más valía que lo cuidase bien.

—Hemos escuchado que tu muchacho, Julius Shepherd, es un as defendiendo tus tierras, Shane —dijo el sheriff dando un sorbo del café que le habían servido en el comedor de la casa.

—Pues has oído bien, Shepherd es el mejor, lo contraté como peón y resultó que tenía un diamante en bruto —respondió Fergus con desconfianza, no entendía qué hacían esos hombre en su hogar.

—Pues precisamente por eso hemos venido, para seguir puliendo a este muchacho —respondió el sheriff dirigiéndome la mirada por primera vez.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que, si el muchacho lo desea, le podemos dar un empleo y un buen sueldo en la oficina del sheriff de Big Water.

Abrí los ojos sorprendido, aunque sabía empuñar una arma, no creí que volvería a hacerlo después de la guerra, pero el destino seguía empeinado en lo contrario, primero en la granja y ahora, al parecer, como ayudante de sheriff.

—¿Qué dices, chico? ¿Te unes a nosotros? —me preguntó el sheriff. Como supe después no era un mal tipo, más bien todo lo contrario, pero pareció que le estaba haciendo una jugarreta a Fergus, ya que me estaba poniendo la miel en los labios.

Antes de responder, dirigí mi mirada al que me había acogido en su casa y que me había dado comida, techo y trabajo los dos últimos años.

—Es tu vida, muchacho —dijo sin demasiados rodeos, aquello era el Oeste y la gente era directa—. Sabes que no puedo ofrecerte lo mismo que ellos y tampoco puedo retenerte a la fuerza.

En un primer instante pensé en pedirle al sheriff que me diera unos días para pensármelo, pero enseguida comprendí que aquella oferta era «un lo tomas o lo dejas» en ese momento, no podía reflexionar, no podía buscar los pros y los contras. Debía escoger en ese preciso instante si me quedaba como cuidador de una granja o me iba como ayudante del sheriff.

Aún tengo la sensación de que tardé una eternidad en responder, pero finalmente lo hice y dije:

—Lo siento, señor Shane, pero sabe que esta es una gran oportunidad para mí.

El viejo asintió y sonrió, ya se lo esperaba.

El sheriff y sus ayudantes me dijeron que me esperaban en Big Water en un par de días, que me despidiera de todo y de todos porque mi vida iba a cambiar... y cómo lo hizo.

Prometiéndole a Fergus que regresaría de visita y con uno de sus caballos como regalo de despedida, llegué a Big Water tan solo un día después de la visita del sheriff McGrath, pero no por ello fui mal recibido. Tanto el sheriff como sus ayudantes me acogieron del mismo modo que lo había hecho Shane y su gente, por lo que a pesar de ser el novato del grupo de cuatro ayudantes y no conocer la ciudad de Big Water, cuando a la mañana siguiente me desperté en mi cama me sentía en mi casa.

En los siguientes dos años me convertí en el ayudante principal del sheriff, no solo por mis actuaciones que me ponían frente a los otros, sino porque tuvimos que despedirnos de dos de ellos tras su muerte en acto de servicio y de otros tantos que decidieron cambiar de vida. Sin querer extenderme demasiado, pero para que os hagáis una idea aproximada de cuál era el panorama en Big Water, debéis tener en cuenta que en la oficina del sheriff trabajábamos McGrath, un servidor y dos chicos más jóvenes, Tom Albany y Joe Pickett. Lo cierto era que los cambios fueron siempre para bien, ya que con solo cuatro personas defendiendo la ley en aquella ciudad, era suficiente como para que los altercados hubieran disminuido sustancialmente... hasta que llegó el mes de marzo de 1870.

Poco a poco el invierno se iba retirando y el calor y el buen tiempo se apoderaba de todo cuanto nos rodeaba, nosotros, sin nada que hacer, solíamos pasar los días descansando en el porche de la oficina del sheriff, a la espera de que un telegrama o los gritos de auxilio de alguien nos pusieran en alerta. Durante unos días creíamos que ese año sería el más tranquilo que habríamos vivido, pero todo cambió la mañana del 20 de marzo.

Tras un desayuno completo en la taberna de Big Water, los tres ayudantes nos reunimos con el sheriff en el porche a primera hora de la mañana, cuando el sol apenas calentaba y el rocío de la noche todavía podía respirarse aún en el aire. Las miradas que intercambiábamos fueron las de cuatro hombres ociosos que esperan que algo los despierte, pero antes de que pudiéramos intercambiar ni

una sola palabra, el sonido de los cascos de los caballos cabalgando sobre el polvoriento suelo de Big Water nos obligó a girarnos.

Tres caballos se detuvieron frente a la oficina, y sendos jinetes bajaron de sus lomos para acercarse al sheriff.

—Alistair, debéis venir de inmediato a mi casa —dijo el que parecía liderar aquella partida, era un hombre alto, elegante y, a pesar de su mirada cansada y nerviosa, se distinguía a la milla que era alguien importante.

—Tranquilo, Robert —dijo el sheriff—, ¿qué sucede?

—Mi hija ha desaparecido.

Como si aquello fuera el pistoletazo de salida de una carrera, el sheriff nos mandó subir a nuestras monturas y seguir al recién llegado. El tal Robert, aunque no lo conocía personalmente, no era otro que Robert Engelthorp, un acaudalado terrateniente del que dependía todo Big Water, ya que, directa o indirectamente, todo el mundo trabajaba para él.

Tras una media hora de cabalgar, llegamos a una gran casa señorial, blanca y brillante como las del viejo Sur que yo mismo había podido ver en mi época de soldado, en la que no fuimos recibidos por nadie más que por un mayordomo con el rostro compungido que nos abrió la puerta. Los siete hombres subimos con grandes zancadas hasta el piso superior, y siguiendo las instrucciones de Engelthorp entramos en una habitación destinada claramente a la hija de una familia rica.

—Esta mañana, cuando la sirvienta ha venido a despertar a Mary, se ha encontrado esto...

Las palabras de Engelthorp se rompieron en su garganta y su labio inferior tembló, no lloraría, porque era un hombre, pero estuvo a punto de hacerlo.

Aunque, como he dicho, la habitación era la de una niña rica, es cierto que no estaba como uno esperaba encontrársela, ya que la ventana estaba reventada, los cristales rotos y esparcidos por el suelo, las cortinas rasgadas, así como las sábanas y todas las telas que pudieran quedar a la vista. El suelo estaba lleno de barro y todos los objetos que la decoraban estaban rotos o tirados de cualquier forma, o ambas cosas.

Antes de examinar el lugar, McGrath se acercó a Engelthorp y le preguntó:

—¿Cómo está tu esposa?

—No muy bien, las criadas están con ella para calmarla, ha sido la primera en ver todo esto y no ha podido soportarlo —respondió el hombre que estaba a punto de seguir el camino de su esposa.

McGrath asintió e invitó a Engelthorp a abandonar el lugar junto con sus hombres para que también se calmase, dejando al sheriff solo con sus ayudantes.

—Muy bien, chicos —dijo dirigiéndose a nosotros—, Joe y Tom, id fuera de la casa, bajo la ventana, rodeadla, buscad cualquier cosa que nos explique qué ha sucedido aquí. Julius, quédate conmigo y veamos si encontramos alguna lógica en todo este destrozo.

Los tres asentimos y mientras mis compañeros desaparecían por la puerta, el sheriff y yo nos entretuvimos observando cuanto nos rodeaba. Estaba claro que quien fuera que se había llevado a la pequeña Mary Engelthorp había entrado violentamente por la ventana. Lo que más nos sorprendió es que nadie nos hubiese mencionado un gran alboroto, ya que esa escena no se pudo hacer en el más absoluto de los silencios.

—¿Se te ocurre algo? —me preguntó McGrath al cabo de unos minutos en los que, evidentemente, ninguno de los dos había podido sacar nada en claro.

—Creo que no, jefe. Solo que esto parece obra de un animal, no de un ser humano —respondí.

Permanecimos unos instantes en silencio hasta que dijo:

—¿Nadie se enteró cuando se la llevaron?

—Lo mismo me estaba preguntando yo.

—Engelthorp no ha dicho nada.

—Supongo que no habría pasado por alto un detalle como este... deberíamos hacer unas cuantas preguntas —propuse yo, pero McGrath sacudió la cabeza negativamente.

—No —sentenció—, confiaremos en que no nos están ocultando nada y ya se lo preguntaremos más adelante.

Antes de que pudiéramos salir de la habitación, Joe y Tom regresaron con las cabezas gachas.

—No hay nada, jefe —dijo Pickett.

—¿A pesar de este estropicio, fuera no hay nada?

Los dos sacudieron la cabeza.

—Es como si acabaran de arreglar el exterior.

—¿Lo ha hecho alguien?

—No —explicó Albany—, hemos podido hablar con uno de los mozos de los establos y me ha dicho que nadie se acostumbra a encargarse del exterior, porque al señor Engelthorp le gusta que se parezca al territorio que se lo ha dado todo... palabras textuales.

—Mierda —masculló el sheriff mientras salía de la habitación y nosotros lo seguíamos.

Bajamos a la planta inferior y, al cruzarnos con el mayordomo, el sheriff dijo:

—Dile a tu señor que no se preocupe, que nos hacemos cargo de la investigación. —Hizo una pausa, como si rumiara algo, y añadió—: Pero que regresaremos para hacer algunas preguntas.

Los cuatro volvimos a Big Water y aunque pensábamos que nos podríamos centrar en la investigación de la desaparición en la tranquilidad de nuestra oficina, nos topamos que alguien nos esperaba. En cuanto bajamos de nuestros caballos, una mujer se abalanzó sobre el sheriff mientras le asestaba golpes en el pecho y le decía algo incomprensible entre sollozos.

—Tranquilízate, Doris, por favor.

La mujer se detuvo y con los ojos enrojecidos observó al sheriff. Era una vecina de toda la vida del pueblo, y conocía muy bien al sheriff, ya que su esposo había sido su ayudante años atrás, antes de dejarlo para dedicarse a la tienda de ultramarinos que había montado en la calle principal.

—¿Cómo quieres que me calme? —le espetó—. ¿Cómo quieres que lo haga mientras mi hija sigue desaparecida y a ti solo parece preocuparte la buena gente de los Engelthorp?

—¿Qué quieres decir?

Doris se apartó de él, observándolo con el rostro compungido por el dolor, pero también sorprendido por las palabras de McGrath.

—Quiero decir que ya he visto como tú y tus muchachos habéis salido corriendo, abandonando el pueblo a la primera llamada de auxilio del gran Robert Engelthorp. —Hizo una pausa durante la que se fue recomponiendo—. Pero cuando vine a pedirte ayuda hará unas semanas, me dijiste que no podías hacer nada por mi niña... ¿Qué le has dicho a él?

—No puedo, se trata de una investigación y...

—Lo ves —lo interrumpió ella—, en su caso vas a investigar, en el de mi hija fue, ¿cómo lo dijiste? Ah, sí, un desafortunado suceso... Serás hijo de puta.

Y sin que el sheriff pudiera replicar a ese insulto, Doris giró sobre sus talones y se alejó del lugar con la cabeza bien alta y vociferando que McGrath no era un agente de la ley, sino un arribista.

Pasados unos instantes en silencio, el sheriff y nosotros tres volvimos al presente dejando a un lado el episodio vivido con Doris. Sin embargo, yo no pude contenerme.

—Entonces, ¿desapareció otra chica?

McGrath me miró de reojo, como si hacerle aquella pregunta fuera la más alta de las traiciones, pero al ver que era sincera, respondió.

—Sí, Doris vino a verme a mi casa para contármelo, pero por lo que me dijo parecía más el ataque de unos maleantes o que la muchacha se había fugado con el hijo de algún granjero venido a menos que no un secuestro como el de Engelthorp —explicó.

—¿El lugar del secuestro estaba igual que la habitación de la hija de Engelthorp?

El sheriff me miró y, al cabo de un instante, bajó la cabeza.

—Ni tan siquiera fui a verlo, no le di importancia. —En su voz se podía percibir que se sentía realmente culpable por no haber actuado cuando debía.

—Puede que aún estemos a tiempo, jefe —dije no solo para animarlo, sino también porque si habían secuestrado a Mary, pero ese no era el primer caso, tal vez las chicas siguieran vivas y al seguir la pista de una encontraríamos a la otra.

—Pensé lo mismo cuando vi la habitación de la pequeña Engelthorp... Deberíamos hablar con Doris y su familia, para que nos cuenten lo que sucedió el día que desapareció su hija —dijo McGrath con la voz completamente apagada, como si estuviera decepcionado consigo mismo—. Deberías ir tú, Julius, ya has visto cuánto me quiere esa mujer —añadió con una media sonrisa en los labios.

Asentí, pero hice ademán de seguir a mis compañeros al interior de la oficina, pero, repentinamente, pensé que lo mejor era ir a hablar con Doris en ese mismo instante; así que emprendí la marcha a grandes zancadas mientras buscaba a aquella mujer con la mirada, con la esperanza de atraparla antes de que se refugiara en su casa o en el negocio de su marido.

Al cabo de unos minutos de andar rápidamente por la calle principal, conseguí atisbar el moño de Doris, por lo que aceleré el paso y, cuando estuve a su lado, le dije:

—Doris, disculpa un segundo.

Ella se detuvo de golpe, clavando su mirada en mí.

—Ah, eres tú, Shepherd —dijo sin demasiada alegría—. ¿Qué quieres?

—Querría hablar contigo... sobre la desaparición de tu hija.

—¿Ahora? Es que eso puede servir a Engelthorp.

—A su hija, sí, también ha desaparecido.

—Y por ella sí que os movéis rápido, ¿no?

Hubiese replicado, pero preferí jugar al buen samaritano, no solo para conseguir algo con lo que trabajar, sino también porque sabía que Doris se pondría a la defensiva.

—Puede que sí, pero también es una niña que seguramente está sola y aterrada.

Por un instante pareció que Doris estaba a punto enfadarse también conmigo, pero mis palabras le habían tocado el corazón lo suficiente para doblegarla.

—¿Qué quieres saber?

Las preguntas fueron las obvias: cómo se habían enterado de la desaparición, cuando había sucedido, si habían destrozado el lugar de la que había sido secuestrada, por qué creía que había sido secuestrada y no se había ido por su cuenta, y cualquier otra que se me ocurrió para poder ver las conexiones con la desaparición de Mary Engelthorp. Sin embargo, y para mi sorpresa, Doris nos explicó que Jessica, su hija, simplemente no regresó a casa después de ser enviada a realizar unos encargos. Nadie parecía haberla visto y nadie recordaba haberla visto hablando con alguien sospechoso, simplemente no regresó.

—Entonces, ¿por qué dices lo del secuestro?

Doris alzó una ceja para contemplarme con suspicacia.

—De acuerdo que no podíamos darle una vida como la pequeña de los Engelthorp, pero Jessica era feliz, estaba creciendo, justo empezaba a vivir por su cuenta, pero siempre nos demostraba cuanto nos quería... no se hubiese marchado, así como así.

—Así que no crees que se fugara.

—Ni tan solo me lo planteo —respondió tajante—. Tengo muy claro que alguien se la llevó.

Le agradecí su tiempo, le prometí que haría cuanto estuviera en nuestras manos, a lo que respondió con un bufido, y me despedí de ella.

Cuando llegué a la oficina del sheriff, McGrath estaba solo, había enviado a Pickett y Albany a recorrer los caminos de las cercanías de la finca de Engelthorp por si conseguían encontrar algo.

—¿Doris te ha dicho algo que valga la pena? —me preguntó una vez me hubo puesto al día.

—Sí y no.

Me interrogó con la mirada.

—Tiene muy claro que es un secuestro, sin embargo, a diferencia de la niña de los Engelthorp, Jessica no regresó a su casa después de un encargo.

—¿Era de noche?

—No, a primera hora de la tarde.

—Y, antes de que lo pregunte, no hay lugar del crimen, ya que no se sabe donde la niña desapareció.

—Maldita sea —gruñó entre las dientes—. Es decir, que no tenemos nada.

—Así es, jefe —respondí maldiciendo igual que él.

Las noticias que nos trajeron Pickett y Albany tampoco fueron buenas, en realidad, no trajeron ninguna noticia, ya que no encontraron nada sospechoso ni nadie que fuera testimonio de una escena violenta con una niña. Así que, sin más, con dos niñas desaparecidas en el pueblo en muy poco tiempo, no podíamos hacer nada, salvo una cosa... esperar a que se repitiera.

Aunque ninguno de nosotros lo dijera abiertamente, todos deseábamos que las desapariciones de Jessica y Mary quedarán sin resolver por el mero hecho de que no hubiera otras chicas que desaparecieran, pero, desafortunadamente, después de esas dos, todo se trastocó y parecía que las chicas, simple y llanamente, no estaban seguras ni en sus propias casas. En las semanas siguientes, las hijas, las nietas y las vecinas más jóvenes de Big Water temieron por su vida, ya que cada día llegaba alguien a nuestra oficina —a cualquier hora del día— anunciando que alguien más había desaparecido. Solo en lo que quedaba del mes de marzo y en todo el mes de abril contamos hasta once

desapariciones, pero en cuanto llegamos a mayo, el número aumentó hasta casi duplicarse.

El problema que teníamos era que, aunque le poníamos todas nuestras fuerzas, siempre llegábamos tarde y cuatro agentes de la ley eran pocos para poder controlar a todas las mujeres de una ciudad como Big Water. Ni tan solo la ayuda que llegó por parte de los Marshals de Utah fue suficiente para menguar el número de desapariciones, o para descubrir alguna pista que nos llevase a los culpables.

Aunque al principio habíamos considerado que los casos de Jessica y Mary podían ser aislados, el aumento de desapariciones en seguida nos hizo pensar en un culpable común, pero las maneras dispares de abducir a las jóvenes, algunas ocasiones de forma violenta, otras sutiles, casi imperceptibles, durante la noche o a plena luz del día, nos dijeron que, si bien estaban relacionadas, no nos indicaba quien o quienes eran los culpables. Así que durante los días siguientes nuestro principal trabajo fue el de intentar apaciguar a las familias, no solo por el hecho de que estaban organizando partidas para encontrar a sus chicas, sino para evitar que nos lincharan a nosotros por inútiles... aunque en mi fuero interno creía que tenían un poco de razón, ya que era así como yo me sentía.

Debido a la situación, nosotros cuatro y los tres marshals que se habían unido a nosotros pasábamos todas las horas del día en la oficina del sheriff, dormitando en nuestros camastros o en los que había en las dos celdas de detención, dolorosamente vacías esos días. Por lo que las reuniones eran habituales, así como las conversaciones que solo giraban alrededor de un único tema: cómo atrapar al cabrón que nos estaba dejando en evidencia.

—En realidad hay un modo de encontrarlo —dijo uno de los marshals.

Los demás lo interrogamos con la mirada.

—¿Cuál? —preguntó Pickett mientras McGrath escuchaba atentamente desde su escritorio, alejado de nosotros.

—Cuando se quiere atrapar a una presa astuta, se acostumbra a usar un cebo —explicó el marshal.

—¿Y qué podemos usar de...? —Albany no concluyó su pregunta, porque en seguida comprendió a qué se refería el agente.

—Eso sería peligroso —dijo otro.

—Lo sé, pero se nos están acabando las opciones, no hacemos más que dar palos de ciego.

—Además —apuntó McGrath acercándose a donde sus ayudantes y los marshals estábamos reunidos—, no podemos seguir a todas las chicas que aún quedan en el pueblo a la espera de que las secuestren. No solo porque somos pocos, sino porque todo el mundo estaría más aterrado de lo que ya lo está.

Los demás nos miramos, el jefe tenía razón, pero no por ello dejaba de ser una mala idea, era un buen punto de partida.

—Y si —empecé a decir con cautela—, hablamos con las mujeres a ver si hay alguna dispuesta a hacer de cebo.

—Sería peligroso.

—Pero son valientes, más que nosotros, seguro que hay alguna dispuesta a intentar detener estas desapariciones y regresar a la apacible vida que teníamos en Big Water.

McGrath se frotó el mentón mal afeitado y tras unos instantes de reflexión, asintió con firmeza, pero también con pesar.

—Si encontráis mujeres dispuestas a hacer de cebo y que vosotros las sigáis a todas partes, podéis hacerlo... —Hizo una pausa grave, como si llegados a ese punto de la situación se viera obligado a actuar de ese modo—. Solo espero que esto nos sirva para acabar con estas malditas desapariciones.

La búsqueda de las candidatas fue complicada, debían ser chicas jóvenes, niñas en muchos casos, y sus familias les impedían ayudarnos, aunque no por ello dejaran de estar en peligro. Sin embargo, tras unos cuantos días hablando con todas las chicas de entre trece y dieciocho años, conseguimos que fueran tres las que se ofrecieron voluntarias. Eran Martha, hija de un campesino cuyo empeño en ayudar fue abrumador, Olivia, la joven esposa de un mozo de almacén al que controlaba como un perrito faldero, y Samantha, hermana mayor de una de las chicas desaparecidas.

Ahora que las habíamos encontrado, el plan se estableció rápidamente, mientras que el sheriff permanecería en su oficina a la espera de noticias, los otros seis nos repartiríamos en parejas para seguir a todos lados a las tres chicas. Por profesionalidad, nos emparejamos un ayudante del sheriff con un marshal, y mi compañero y yo tuvimos que seguir a Samantha. La chica parecía valiente, estaba decidida a encontrar a su hermana pequeña, aunque ello fuese lo último

que hiciese, por lo que no le costó nada arriesgarse más de la cuenta para llamar la atención del posible secuestrador. Aunque no lo hacía antes, empezó a salir de noche por las calles de Big Water, dormía con la ventana abierta e, incluso, se vestía de forma más llamativa, todo por hallar a su hermana.

—Deberías ser más precavida —le dije tras cuatro días de seguimiento en los que no había habido indicios de ninguna amenaza.

—Lo sé, pero mi hermana es la más precavida de mi familia y ahora no está aquí, conmigo —replicó con convicción.

Hubiera querido seguir advirtiéndole, pero sabía que no cambiaría nada, así que seguí con mi parte del trabajo, creyendo que ese plan no saldría tan bien como creíamos cuando lo trazamos... pero no sabía lo equivocado que estaba.

Una mañana, tras la breve conversación que manteníamos de algún modo discreto con nuestros cebos, las tres chicas empezaron a hacer sus vidas mientras nosotros las seguíamos con discreción, aunque empezábamos a estar un poco cansados de no obtener ningún resultado. Las horas transcurrieron pesadamente, como si el tiempo nos quisiera decir que lo estábamos malgastando estúpidamente en lugar de dedicarnos a encontrar a las chicas desaparecidas. Pero todo cambió cuando el sol empezó a bajar del cielo, mientras cambiaba de color hacia un tono anaranjado y la ciudad parecía sumirse una extraña calma que precedía a la actividad nocturna de las salas de fiestas, las tabernas y el saloon.

Mi compañero y yo estábamos siguiendo a Samantha a una distancia prudencial, lo suficientemente cerca como para no perderla de vista, pero lo suficientemente lejos para que nadie sospechara de nosotros. Ella, como venía siendo costumbre a esa hora, pasaba por la tienda a comprar las últimas cosas antes de regresar a casa, aunque seguramente después se escurriría por la ventana para pasearse a la luz de la luna por los callejones más oscuros de Big Water.

Una decena de pasos por delante de nosotros, Samantha giró a la izquierda por un callejón que le permitía recortar el camino a su casa al pasar por los patios traseros de unas casas. Nosotros la seguimos, pero al hacerlo ya no estaba allí. Atónitos nos miramos el uno al otro y, tras un instante sin saber qué hacer, arrancamos a correr a la vez que desenfundábamos nuestras armas hacia la única salida de aquel callejón. Cuando salimos a los patios traseros de las casas,

conseguimos ver a un grupo de encapuchados que se amontonaban sobre algo que se resistía a ser cogido del suelo. Ese algo no era otra que Samantha que, al vernos entre las gruesas telas de los encapuchados, lanzó un alarido, un instante antes de que uno de ellos le golpeará en la cabeza y, entre todos, la cargaran en un carro que los esperaba a escasa distancia.

A media carrera, me dirigí a mi compañero con una idea en mente.

—Yo los sigo, ve a avisar a McGrath y a los demás.

Sin replicar, mi compañero regresó sobre sus pasos mientras que yo miraba hacia aquel peculiar grupo para asegurarme de que no me habían visto y, por su comportamiento, creí que así había sido.

El carro emprendió la marcha y yo lo seguí a distancia, no iba muy deprisa, pero no podría seguir el ritmo de los caballos que tiraban de él durante mucho tiempo, y más sin saber a dónde se dirigían, por lo que tenía que hacerme con un caballo para mí o todo el plan no habría servido para nada. Los seguí como pude mientras iban saliendo de Big Water por calles secundarias o caminos que circundaban las partes traseras de las casas, estaba claro que querían pasar desapercibidos. Sin embargo, cuando llegamos al límite de la ciudad, el que conducía el carro hizo chasquear las riendas, provocando que los caballos aceleraran el paso de tal modo que tan solo al cabo de unos segundos, veía como se alejaban hacia el horizonte.

—¡Mierda! —exclamé mientras me quitaba el sombrero y me secaba la frente.

Pero mis maldiciones se quedaron allí, ya que una voz sonó a mi espalda.

—¿Qué sucede, Shepherd? —Era el alcalde de Big Water, un hombre grueso de cuerpo y cuello, pero de piernas enclenques que me miraba desde el lomo de su flamante corcel árabe.

—Si le pidiera algo en pos del bien del pueblo, ¿me lo concedería? —pregunté.

Titubeó durante unos instantes, pero finalmente, respondió casi como si fuera un santo bendecido por Dios.

—Sí, por supuesto.

—Necesito su caballo —le espeté.

—¿Mi caballo? —preguntó ofendido.

—Así es —respondí con claridad—. Si mira hacia el Oeste verá un carro que se aleja de nosotros, en él van un grupo de encapuchados que acaban de secuestrar a una chica y, con total seguridad, deben ser los culpables de las desapariciones de los últimos meses.

El hombre miró hacia la puesta de sol y luego se dirigió hacia mí.

—¿De verdad?

—Sin duda.

—En ese caso, debo atenerme a mi deber como representante del pueblo —dijo mientras bajaba de su caballo, pero antes de permitirme subir, añadió—: Pero, por lo que más quieras, devuélveme este caballo.

Asentí confiado, monté a la grupa del caballo que se encabritó al sentir que no era su amo el que lo montaba, pero logré dominarlo y arrancar a correr tras el rastro cada vez más débil del carro en el que iban Samantha y sus captores.

La carrera inicial me permitió acercarme lo suficiente a ellos, pero sin cometer el error de que me descubrieran, al mismo tiempo que comprobaba que la ruta que llevaban era más bien extraña, tras huir hacia el oeste, se encaminaron cada vez más al norte hasta que giraron por completo hacia el este. Habían rodeado la ciudad por el norte y emprendían rumbo hacia el este, hacia el desierto que se extendía entre Utah, Colorado y Arizona.

El camino fue largo, pero el caballo del alcalde respondió como su fama le precedía, y durante toda la noche recorrimos esas desiertas tierras mientras nos adentrábamos en Monument Valley, y las gigantescas mesas empezaban a rodearnos como gigantes dormidos a la espera de cernirse sobre nosotros. Me sorprendió que los animales de los secuestradores podían soportar la marcha y el peso que llevaban en el carro, pero aún quedé más sorprendido cuando la carreta empezó a serpentear de forma anárquica entre aquellas peculiares estructuras rocosas. Era como si el conductor vacilara sobre su destino, ya que si se dirigía al este no hacía falta rodear de aquella manera los montes, sin embargo, lo que más me chocó fue que cuando instintivamente alcé la mirada para ubicar mi posición con respecto al sol, descubrí que la fuerza de este era tan potente, que no conseguía saber si me dirigía hacia una dirección u otra. Estaba perdido, ya que la única referencia era la nube de polvo que levantaba frente a mí el carro en el que iba Samantha y sus captores.

Tras bastante rato siguiendo aquella extraña ruta, nos acercamos a una de las mesas más grandes que había visto y la rodeamos por la izquierda, y al alcanzar el otro lado, descubrí que el carro se adentraba por un estrecho cañón que se abría casi como una grieta en el lateral de la roca. Aunque por un instante titubee al pensar en si sería seguro seguir, no pude dejar sola a Samantha, por lo que me adentré por aquella apertura, para descubrir que en su interior había una garganta lo suficientemente grande para alojar, para mi sorpresa, la fachada de un edificio en una de las paredes de roca. Aunque nunca he sido muy ducho en cuestiones de arte y arquitectura, en seguida vi que aquel no era un edificio como los que solía ver por aquellos lares, ya que no solo estaba esculpido en la pared, sino que su estilo se parecía más a lo poco que sabía de la Grecia Antigua que a las nuevas construcciones. Con dos pisos de altura, pero cada uno de ellos de más de cinco metros, la entrada estaba precedida por ocho grandes columnas estriadas dispuestas en dos filas de cuatro, sostenían una cubierta sobre ellas y otro juego de columnas terminado con un gran tejado a dos aguas. Cuando estuve lo suficiente cerca como para distinguir con mayor detalle

aquella misteriosa construcción tan desubicada en mitad del desierto, pude comprobar que si bien parecía un templo antiguo, no lo era en absoluto. Las escenas que lo decoraban no eran, para nada, similares a lo poco que tenía en mi cabeza de dioses y héroes griegos y romanos. Aquellos relieves mostraban escenas completas y absolutamente indescritibles para mí. Pero lo que más captó mi atención, fue la figura que presidía uno de aquellos grabados. En el centro de aquel espacio, esculpida en la piedra de la roca, había una enorme criatura, cuyo abotargado cuerpo de dragón humanizado estaba coronado por una gigantesca cabeza con forma de pulpo. Un escalofrío recorrió mi espalda al ver aquel ser, pero hice de tripas corazón y seguí adelante.

Mientras yo contemplaba lo que a mi entender era un templo, el carromato de los captores entró a toda mecha por la puerta principal, dejando tras de sí una estela de polvo rojizo. Cuando regresé al presente, me acerqué con cautela a aquella construcción, desmonté y llevé el caballo del alcalde a un lugar en el que pudiera descansar y no llamara demasiado la atención. A pesar del reparo que tenía en seguir a mis sospechosos, seguí adelante y, lentamente, me adentré en las oscuras fauces de aquel templo. Al dar los primeros pasos un chasquido lo sobresaltó y le hizo pegar un bote... solo era una rama.

«Tranquilo, Julius, no pasa nada», me dije para calmarme, aunque sabía que de poco me serviría, ya que, aunque estaba cumpliendo con mi deber, no solo por descubrir a los secuestradores sino también por intentar salvar a Samantha —la única chica que hasta entonces podíamos asegurar que seguía viva—, en mi interior había una voz que me preguntaba, una vez tras otra: ¿qué narices estaba haciendo aquí?

A pesar de la escasa luz que entraba desde el exterior, el interior de aquella construcción estaba iluminado desde el interior, como si centenares de velas estuvieran prendidas en sus entrañas y alumbraran el oscuro vestíbulo. Sus paredes estaban labradas, trabajadas por picapedreros expertos que se habían encargado de decorar cada rincón hasta decir basta, dando una sensación de que todo aquello se abalanzaba sobre los visitantes... sobre todo los inesperados como yo. Aunque hubiera salido corriendo, seguí avanzando hasta que me crucé con la carreta que había perseguido la última noche, aunque frente a ella los dos caballos comían de un saco, estaba vacía. Pasé a su lado con cautela de no espantar a los animales y que alertaran a sus dueños. Tras cruzar la entrada, seguí el rastro de aquella luz que emanaba del interior del templo, de una gran puerta que había al fondo. Sin pensármelo demasiado, crucé aquel umbral y me encontré con una escalera de piedra decorada de la misma forma que el vestíbulo que descendía hacia el interior de la tierra.

Descendí aquella gran escalera de caracol, rezando para que, al final de ella, solo me encontrara con que los captores eran unos cuatreritos venidos a más. Sin embargo, a cada paso que daban mis temblorosas piernas, no podía evitar pensar que me estaba metiendo en la boca del lobo sin necesidad alguna. Pero en ningún momento dejé de avanzar, era el deber el que me obligaba a seguir.

Aquella escalera parecía infinita, aunque sabía que allí había alguien, los había visto entrar, y la luz me lo demostraba, daba la impresión de que no había ningún rastro de vida. Incluso llegué a imaginarme que, una vez llegara al último peldaño, echaría una rápida mirada desde la puerta de la escalera hacia un sótano oscuro y polvoriento, y volvería a subir rápidamente, para después regresar a la seguridad de Big Water. Sin embargo, cuando esperaba encontrarme bajo el umbral de una puerta que daba a la más profunda de las oscuridades, la luz tambaleante que hasta entonces me había acompañado y guiado se intensificó, iluminando cuanto había a mi alrededor.

Al verlo, me detuve, asustado. Aquello era un signo inequívoco de que, allí abajo, había alguien más. Pero lo que aún era más aterrador, era el murmullo de voces que reverberaba desde el final de la escalera. Absolutamente quieto, en mitad de camino entre el exterior y el interior, presté atención, y mis oídos pudieron captar las palabras que, una vez tras otra, se repetían desde el fondo de aquel lugar. No las comprendí, pero por como sonaban no parecían de una lengua humana, era como si fueran palabras usadas por demonios o seres oscuros.

Sentí como mis piernas temblaban y un escalofrío recorría mi espalda erizando todo el vello que encontraba a su paso.

Guardando más silencio del que había guardado nunca, acabé de bajar los escalones y, como bien esperaba, me encontré bajo un umbral sin puerta. Pero, en lugar de haberme sumergido en el lugar más oscuro de la Tierra, ante mis ojos había un amplio sótano, que recordaba a una capilla, que decenas de velas iluminaban con la luz de sus tambaleantes llamas. Todo era piedra decorada como todo lo que había hasta entonces, no había ningún objeto de madera o de otro material que impidiera el paso por la sala, ocupada por una veintena de figuras encapuchadas dentro de sus hábitos de un color marrón oscuro. Aquel siniestro grupo, de lo que supuse que eran personas, estaba situado en círculo, en una fila que se mordía la cola, y avanzaba lentamente, al ritmo de aquellas aterradoras palabras que no dejaban de repetir, dando vueltas sobre ellos mismos.

Desde la pobre protección que me ofrecía el pequeño rellano que había al final de las escaleras, examiné el lugar con cuidado por si podía encontrar a Samantha o alguna de las chicas... y no tardé en hacerlo. Al fondo de la sala, amontonados de cualquier manera, había los cuerpos de las muchachas desaparecidas. Estaban absolutamente desnudas y pude ver como en el vientre y en la espalda de todas ellas faltaba un pedazo rectangular de piel, como si se la hubieran extraído con sumo cuidado. No era un acto salvaje, sino un trabajo de artesanía.

Tras aquel descubrimiento, no perdí de vista en ningún momento lo que sucedía en aquel sótano. Parecía que la ceremonia que estaban realizando solo se basaba en repetir aquellas palabras y dar vueltas, por lo que poco a poco fue perdiendo ese halo de espeluznante misticismo.

Tras unos largos minutos, creí que ante mí solo había un grupo de locos con deseos de hacerse notar, y empecé a pensar de que manera podía acercarme a los cuerpos y comprobar si seguían con vida. Pero cuando estaba a punto de adentrarme en aquella sala con la intención de pasar desapercibido, vi como un grupo de encapuchados aparecían desde el fondo trayendo consigo a Samantha. La chica se resistía a moverse, pero los encapuchados eran más fuertes que ella y, de un tirón, le arrebataron la ropa que llevaba dejándola desnuda como las chicas que la precedieron.

Samantha lanzó un grito, y más cuando uno de los encapuchados se acercó a ella y le mostró un cuchillo cuyo filo hasta yo pude ver cuan afilado estaba. Con cuidado, el encapuchado acercó la hoja al vientre de Samantha y la cortó. Lentamente hizo un rectángulo y consiguió una fina lámina de piel humana. Cuando la tuvo en sus manos ensangrentadas, y mientras la chica chillaba más de terror que de dolor, la alzó con orgullo y todos los encapuchados vitorearon, para después seguir cantando con más fervor.

Los encapuchados que sujetaban a Samantha la arrojaron al montón mientras la muchacha temblaba por el miedo sobre las otras chicas.

Fue entonces cuando lo comprendí todo. Con esa lámina en las manos, el encapuchado se acercó a otro que sostenía lo que parecía un libro, pero al abrirlo pude ver que la flacidez de las hojas no era propia del papel... sino de la piel humana.

«Virgen santa», exclamé para mis adentros mientras veía como aquellos hombre añadían la nueva hoja al pliego que ya tenían y, después, con la sangre que chorreaba de sus dedos, escribían algo en ella que no logré ver.

Tras ver aquella grotesca imagen que me estaba revolviendo el estómago, decidí que debía intervenir, aunque solo fuera para sacar de allí a Samantha. Sin esperarme más, decidí que aquel espectáculo se había terminado y como no tuve tiempo de trazar un plan de actuación discreto, simplemente salí de entre las sombras empuñando mi revólver, con la esperanza de que mi Colt surtiera el efecto deseado... cuanto me equivocaba.

—¡Alto todo el mundo! —exclamé con ímpetu.

Todos los encapuchados se giraron y clavaron sus miradas en mí, provocando que un escalofrío de auténtico pavor me recorriera el espinazo.

Paso a paso rodeé la reunión de encapuchados que habían detenido cualquiera de sus rituales para centrarse en mí, para acercarme al lugar en el que Samantha aún temblaba en el suelo como un pez recién pescado.

Cuando estuve a su lado, pude comprobar que las otras chicas habían muerto, ya que después de aquel ritual seguramente las habrían abandonado allí desangrándose y sin darles ni comida ni agua.

«Menudos hijos de puta», pensé mientras examinaba aquellos cuerpos tan jóvenes cuya blancura iluminada por los millares de velas de aquel extraño sótano era casi como si sus cuerpos fueran perlas.

Sin bajar mi arma, tiré de Samantha de una mano y logré que la chica se levantara con pasos inestables. Me quité la chaqueta y, con sumo cuidado, la pasé por encima de sus hombros para cubrirla. La chica tenía la mirada perdida, lo que acababa de vivir era, cuanto menos, impresionante, por lo que seguro que le costaría recuperarse física y mentalmente. Por mi parte, no apartaba la mirada de aquellos encapuchados cuyos cuerpos parecían cada vez más tensos, como si estuvieran a punto de abalanzarse sobre mí. Por suerte, me separaba de ellos el cañón de mi revólver.

—Ahora dejaréis que nos vayamos... —Hice una pausa durante la cuál percibí la densa y tensa calma que nos envolvía a todos—. Pero no intentéis nada, mis compañeros saben que estoy aquí, y si no regreso, se encargarán de derribar este lugar hasta la última piedra.

Aunque la advertencia —si no la amenaza— era bien clara, en cuanto Samantha y yo empezamos a encaminarnos hacia la escalera que nos permitiría salir de allí, aquellos encapuchados dejaron lo que estaban haciendo y, lentamente, fueron dirigiéndose hacia nosotros, rodeándonos.

Lo que sucedió a continuación tuvo lugar en menos de un suspiro. Instintivamente, empujé a Samantha hacia las escaleras, para que las subiera frente a mí; los encapuchados corrieron hacia nosotros para evitar que saliéramos con vida de aquel lugar; y yo usé todas las balas de mi revólver, abatiendo a seis de aquellos degenerados y dándome margen para seguir a Samantha escaleras arriba. Cuando me encontré con ella, la cogí de la cintura y la obligué a acelerar el paso.

Al llegar al vestíbulo, vi como los caballos de los encapuchados coceaban nerviosos, seguramente por el sonido de los disparos, así que aproveché la ocasión para soltarlos y animarlos a salir de allí.

Después de cruzar el vestíbulo y salir al exterior, justo en el instante en el que los encapuchados hacían acto de presencia en la salida de la escalera, tan rápido como pude monté en el caballo árabe del alcalde, ayudé a Samantha para que se sentase frente a mí y espoleé al animal que no tardó ni un instante en salir como alma que lleva el diablo de aquel lugar.

Como había sucedido al entrar, daba la impresión de que el sol estaba en todas partes, por lo que no podía guiarme para regresar a Big Water, así que dejé que el animal corriera hacia donde quisiera y, hasta bastante tiempo después, no pude distinguir la inclinación del sol para saber que, por fortuna, íbamos en dirección oeste, por lo que, tarde o temprano, regresaríamos al pueblo.

Tardamos varias horas en llegar a algún lugar conocido, pero mucho antes de que nos acercáramos a Big Water, una partida encabezada por Pickett nos encontró y nos ayudó. Cubrieron a Samantha que había caído rendida de cansancio y dolor, y a los dos nos cargaron en la parte trasera de una carreta cubierta para aliviar al pobre animal del alcalde.

Cuando llegamos a Big Water, Samantha fue incapaz de explicar lo que le había sucedido, estaba trastornada y no hacía más que farfullar cosas incomprensibles... para los demás, no para mí. Sin embargo, cuando yo expliqué lo que me había sucedido, mis compañeros, aunque creían que la había salvado de un grupo de captores, no se creyeron ni una palabra y lo atribuyeron todo al efecto del calor del desierto sobre mí. Llegué a molestarme, quise insistir, pero en las miradas de mis compañeros vi que jamás creerían el relato sobre algún tipo de culto secreto en mitad del desierto que se dedicaba a crear libros con piel humana.

Después de aquello, aunque nadie decía nada, sentía como todos me miraban con recelo, ya que Samantha, la única que podía corroborar mi historia, había perdido la cordura por completo, así que tomé la dura decisión de regresar al Este. No solo por rehacer mi vida y quitarme el sanbenito de loco, algo que podría haber hecho en cualquier otra ciudad, sino por alejarme de aquel mal que sabía que residía en mitad del desierto, pero no muy lejos de Big Water

Ahora, mientras escribo estas palabras, es casi como si estuviera reviviendo aquella experiencia, siento como en mi interior me invade el mismo miedo y desazón que se apoderó de mí en aquellas catacumbas, y aunque hice lo que debía, siempre he pensado que debía haber hecho más para que me creyeran y cortar de raíz aquel mal. Ciertamente es que en el tiempo que todavía permanecí en Big Water, no desapareció ninguna chica más y supongo que, ahora, con el paso del tiempo, se habrá convertido más en una leyenda que en un hecho verídico.

No sé si gracias a escribir estas páginas ahora podré dormir, pero sin duda mi mente descansará de la carga que he llevado durante todo este tiempo, a la vez que se apaciguará al saber que dejo este testimonio por si alguien, en el futuro, debe enfrentarse a esa secta de encapuchados. Solo espero ser más útil de lo que lo fui para las chicas que perecieron en el desierto.

La carta terminaba con una firma bastante legible en la que una prominente jota parecía envolver todo el nombre de Julius Shepherd. Mark soltó un resoplido.

«Menuda historia», se dijo; y no solo por la historia en sí, sino porque parecía encajar a la perfección con todo lo que habían investigado y vivido él y su equipo. Las similitudes del templo de Julius y del tío de Martin eran indiscutibles, así como la presencia del libro y de los encapuchados... todo ello le daba un trasfondo mucho más fundado a lo que habían descubierto hasta entonces, cuyas conexiones se podían considerar bastante endebles.

Era de justicia decir que las contradicciones que ahora imperaban en el interior de Mark eran incontables. Por un lado, hubiese querido alejarse cuanto pudo de lo que había sucedido en las catacumbas de Arkham, pero tampoco había abandonado la ciudad como lo había hecho su antepasado de Big Water. Del mismo modo, si bien muchos días se despertaba a media noche sudado tras haber sufrido una pesadilla, seguía queriendo recoger las pequeñas migajas de esos enigmáticos sucesos para poder comprenderlos. Y ahora se añadió otro asunto: ¿debía compartir aquel descubrimiento con sus compañeros o era mejor guardarlo en aquel polvoriento desván?

Lentamente bajó la mirada y repasó la característica letra de Julius Shepherd, y se preguntó qué hubiera hecho ese viejo *cowboy*, no por seguir su ejemplo, sino por tener una segunda opinión sobre algo que era muy difícil de que cualquier

otro pudiese ayudarlo. Casi como si lo hubiera sabido, su padre abrió la puertecilla que daba acceso al desván y se acercó a él.

—¿Sirve para tu investigación?

Mark dudó.

—Sí... creo que sí...

El silencio que siguió a su respuesta se alargó tanto que su padre le preguntó:

—¿Puedo ayudarte en algo?

Mark parpadeó y se levantó de donde estaba sentado para mirar directamente a su padre.

—No... Bueno, sí... —Ordenó su mente como pudo en aquel breve momento de tiempo—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Incluso dos si quieres —bromeó su padre.

Mark cogió aire.

—Si esto puede ser útil, pero a la vez puede complicarnos la vida a mí y a mis compañeros, ¿debería compartirlo con ellos o esconderlo por el bien de todos?

Su padre frunció el ceño, como si supiera que su hijo le estaba ocultando algo, pero al ver la preocupación en el rostro de Mark, relajó su expresión.

—¿Estáis todos juntos en ello? Quiero decir, ¿todos sois conscientes de dónde os metéis si seguís con vuestra investigación?

—Más o menos. —Mucho más no podía decir, ya que, estrictamente hablando, no sabía dónde se metían.

—En ese caso, si estáis todos a una, lo mejor es que lo compartas con los demás y todos juntos decidáis hasta dónde queréis llegar.

«Sabe más el diablo por viejo que por diablo», pensó Mark con una sonrisa de agradecimiento.

—Muchas gracias, papá.

—De nada, hombre —respondió su padre, y señalando el pliego de hojas dijo —: Te dejo que te lleves las hojas, pero no el sombrero.

Ambos soltaron una carcajada que permitió a Mark aliviar la tensión que había crecido en su interior. Se guardó las hojas dobladas en el bolsillo de la camisa y salieron del desván sin saber que sucedería a continuación.

El infierno en la tierra

Helen Towers se sentía en la gloria. Estaba tumbada en un prado verde y rodeada de montañas muy altas cuyos picos nevados le aportaban un frescor que contrarrestaba con la calidez del sol que la abrazaba. Helen se sentía relajada, como si nada ni nadie pudiera importunarla en aquel magnífico paraje, incluso parecía haber olvidado dónde se encontraba... pero le era absolutamente igual; por fin, después de tanto tiempo sufriendo, se sentía aliviada, el pánico se había ido, el terror se había marchitado y el dolor había desaparecido. Todo era perfecto y nada podía estropear aquel momento... Pero, de repente, mientras tenía la mirada perdida en un extenso cielo azul con muy pocas nubes algo brilló en él.

«Un avión me estropea las vistas», pensó Helen en un primer momento siguiendo la reflexión más lógica. Sin embargo, antes de que pudiera olvidarse de aquel resplandor, el brillo se intensificó y aumentó de tamaño. La historiadora enarcó una ceja, qué podía ser aquello. El resplandor aumentó de tamaño hasta el punto de que cuando creyó que se trataba de un meteorito que se cernía sobre ella, en su centro se dibujo un círculo negro perfecto.

«No, otra vez, no», se lamentó viendo como aquel círculo era, en realidad, un agujero a otra dimensión, a otra mucho más oscura, tanto que ni tan solo se dibujaban estrellas, pero lo que sí que hubo en cuanto el agujero fue lo suficientemente grande fue un grueso tentáculo que se zarandeaba como si quisiera asirse a nuestra realidad y cruzar aquel umbral que lo separaba de nuestro mundo.

Helen sintió como su corazón se ponía a latir de forma exagerada, hasta el extremo que tuvo la impresión de que estaba a punto de salirle del pecho...

Entonces despertó de repente. Se incorporó de forma instintiva sobre la cama y terminó sentada en el centro de esta, con el rostro, el cabello y la ropa empapada en un incómodo sudor frío. Con la respiración alterada y el corazón desbocado, Helen miró a su alrededor, como si quisiera comprobar que aquello no era más que una pesadilla.

«Otra pesadilla más», pensó con desánimo. Hacía seis años que aquellas pesadillas se le presentaban cada vez más a menudo, era como si jamás pudiera dejar atrás lo que había vivido en las catacumbas de Arkham.

Una lágrima recorrió su mejilla llevándose gotas de sudor por el camino. No podía más, estaba harta. En un principio había pensado que después de la desaparición del libro, del hombre que aseguraba ser su dueño y de sus adeptos por aquel portal, todo se esfumaría y podría volver a la normalidad, olvidarse de aquella ansiedad que la perseguía desde que se había topado con el libro en ese monasterio no muy lejos de Barcelona, pero no había sido así. Aunque en un primer momento tuvo la sensación de que realmente había funcionado y de que ya no tenía esa extraña carga sobre sus espaldas y el corazón en un puño por lo que podía haber leído, solo pasaron unas semanas cuando las pesadillas regresaron de golpe. En un primer momento lo había atribuido a las secuelas de la experiencia vivida, una suerte de estrés postraumático, pero cuando estas se intensificaron y, para más inri, fueron a peor los ataques de pánico, los nervios y la ansiedad, comprendió que el hecho de tocar y estudiar aquel libro —aun con la precaución de hacerlo mediante fotocopias— había sido suficiente para que su cuerpo y su mente hubiesen quedado envenenados por lo que fuera que contuviera aquel libro.

Por si todo esto fuera poco, tenía miedo de contar su experiencia, no solo a sus compañeros con los que había compartido aquella aventura, sino a cualquier otro por reparo a que la trataran de loca; por lo que se había callado y se había guardado aquel sufrimiento en su interior, algo que lo había empeorado. Desde hacía seis años sufría constantes pesadillas y convivía con los terrores nocturnos como el que lo hace con una jaqueca, hasta el punto de que, de un tiempo hasta entonces, estaba segura de que sufría ataques de sonambulismo. Algunas noches, se despertaba de madrugada vestida y con las llaves de casa en la mano, al principio creía que era como si hubiera querido salir y se hubiera despertado antes, pero un día ocurrió algo que le hizo sospechar que en alguna ocasión había salido a la calle. En una de estas ocasiones, se despertó por la madrugada y con la ropa empapada, frunció el ceño desconcertada y corrió hacia una ventana para comprobar que, en efecto, llovía, por lo que era más que evidente que había salido.

A esto se le sumaban unos recuerdos borrosos que apenas podía describir, pero cuya connotación grotesca y aterradora le hacía tener escalofríos, y que a menudo confundía con parte de estos extraños sueños que padecía.

Se pasó la mano por la frente húmeda de sudor, respiró hondo y se centró en su dormitorio, en sus cosas que la rodeaban y consiguió recuperar el ritmo normal de su cuerpo; con el paso del tiempo, si bien sufría casi cada noche, había conseguido acostumbrarse —si es que podía decirse así— a lidiar con todo lo que suponía padecer aquella enfermedad que aquel libro le había transmitido. Lentamente se levantó de la cama, salió de su dormitorio y cruzó su piso hasta llegar a la cocina. Vivía sola, en los últimos tiempos no había podido tener ni el más pequeño y sutil esgarce amoroso, ya que sus pesadillas hubieran ahuyentado a cualquiera. Mantenía toda su casa en un pulcro orden en el que todo estaba en su sitio y no había nada fuera de él, así que procuraba limpiar con ahínco cada rincón para que estuviera impoluto.

«La limpieza es antiestrés», se decía a menudo al verse frotando con obsesión una pequeña manchita que pudiera haber en el suelo.

Llegó a la cocina, de un armario cogió un vaso y del interior de la nevera un zumo de naranja que se sirvió en la tenue oscuridad que había en el piso, solo iluminado por los reflejos de las luces exteriores. Se sentó en uno de los taburetes que había en la isla de la cocina y dio un sorbo de su vaso.

—Necesitaría algo más fuerte... —afirmó, pero en seguida sacudió la cabeza.

Al principio de padecer todos esos males que ahora la perseguían, se había dejado llevar por la idea de que una buena borrachera se los quitaría de encima, sino para siempre, al menos durante una noche. Sin embargo, cuando ya estaba como una cuba sentada en el sofá de su casa, no solo tuvo que lidiar con las náuseas y el dolor de estómago, sino también con unos ataques de pánico mucho peores de los que tenía estando sobria. Por ese motivo eliminó el alcohol de su vida, aunque fuera consciente de sus problemas, al menos parecía ser que le dolería menos.

Bebió un poco más de zumo.

—Mierda... —masculló con mucho pesar, hubiese dado cualquier cosa con tal de dejar de vivir con aquella carga.

Atrás había dejado su imagen de profesora sexy —a sus oídos había llegado que muchos alumnos y alumnas solo se apuntaban a sus clases de la universidad por ella—, ahora apenas tenía fuerzas para arreglarse y acarreaba un rostro con largas ojeras que no habían pasado desapercibidas por nadie. Aunque, con el paso del tiempo, aquel rostro se convirtió en la normalidad y sus compañeros y

amigos habían dejado de preguntar, ya que ella tampoco parecía darle importancia.

Dejó el vaso vacío sobre la encimera, en la que apoyó ambas manos y no pudo contener un sollozo, aquella aventura con el libro le había arrebatado toda su vida, todo lo que ella era, y lo había cambiado por algo completamente diferente que odiaba.

Se dio la vuelta, se apoyó en la cocina y se llevó las dos manos a la cara para intentar contener las lágrimas que resbalaban por ella sin demasiado éxito. En aquellos momentos —mucho más habituales de lo que desearía—, Helen recordaba como si se tratara de una película de todo lo que había sucedido desde que había leído la noticia en internet del monje que se había arrojado desde un monasterio envuelto en llamas. Al principio lo leyó por mera curiosidad morbosa, lo que realmente pretendía ese artículo, pero después, cuando fue consciente de lo sucedido algo le dijo en su interior de que valía la pena investigarlo.

Había cruzado el Atlántico, llegado a Barcelona y conducido el coche hasta el Monasterio de Montserrat, un complejo monástico que, con el paso del tiempo y el atractivo de su característica geología, había terminado siendo un destino turístico complementario de lo que ya era en sí misma la Ciudad Condal. Cuando llegó, justo en la entrada del recinto, la esperaba uno de los monjes que se encargan de la representación del lugar, un tal hermano Ildefonso, con el que ya había hablado por teléfono y que se había mostrado bastante dispuesto a que una historiadora americana se inmiscuyera en un asunto tan turbio como el presunto suicidio de uno de los habitantes del monasterio.

—*Bon dia i benviguda a Montserrat* —dijo el monje, bastante joven y apuesto, en catalán.

Aunque ella no lo hablaba, había visitado Catalunya las suficientes veces como para poder chapurrear una respuesta cordial, pero, a partir de esa primera frase, el hombre demostró un dominio del inglés apabullante.

Tras una palabras de cordialidad en la que le preguntó cómo había ido el viaje y donde se hospedaría, fue Helen la que preguntó:

—Entonces, oficialmente, ¿fue un suicidio?

Ildefonso cambió el gesto de su rostro por completo y la sonrisa cordial fue sustituida por rostro repleto de pesar.

—La policía así lo ha dictaminado. Por lo poco que se nos ha contado, de algún modo, el hermano Gervasi se prendió fuego, se inmoló, y cuando se dio cuenta de lo que había hecho y al no poder controlarlo... bueno, hizo lo que salió en todos los medios.

Aunque oficialmente no había imágenes de lo sucedido, los turistas que allí había rápidamente habían sacado sus móviles y habían hecho fotos y videos de lo sucedido que de inmediato se hicieron virales.

—¿Lo conocía?

—Un poco —respondió Ildefonso—, lo cierto es que aquí somos bastantes los habitantes y, como sucede en cualquier lugar de trabajo, al final, a los que conoces son con los que más tiempo pasas.

«¿Una evasiva, tal vez?», se preguntó Helen mientras asentía comprensiva.

—Cuando hablamos por teléfono me dijo que podría enseñarme su celda y sus cosas, que todavía siguen aquí, ¿no?

—Sí, por supuesto, pero... —Una pausa precedió al tan temido condicionante que a Helen le había sorprendido que hasta entonces no se hubiera planteado—. ¿Qué está buscando una historiadora estadounidense en este terrible suceso? ¿Qué relación hay?

Towers, que se había temido aquella pregunta desde el primer momento que se había puesto en contacto con aquel hombre, tenía una respuesta tan diplomática como escueta para que nadie quisiera seguir indagando.

—Verá, pertenezco a un grupo de trabajo de mi universidad en el que nos dedicamos a trazar una línea entre la mitología, la religión y los sucesos actuales para poder comprender lo que está ocurriendo en el mundo actual.

Ildefonso enarcó una ceja.

—Es decir, estudian las fes del presente y el pasado para saber cómo este bagaje cultural y religioso afecta en las mentalidades del ser humano en la actualidad, ¿no?

—Exacto —respondió Helen sorprendida por la respuesta y tomando nota de esa explicación para próximas ocasiones—. Y, aunque suene un poco morboso, me gustaría saber y comprender quién era el hermano Gervasi y que lo llevó a hacer lo que hizo.

El hombre asintió satisfecho con la respuesta e invitó a Helena a seguirlo hacia el interior del monasterio.

—Normalmente esta parte del monasterio solo está reservado a los que aquí vivimos —explicó el cicerone mientras recorrían el lugar adentrándose por los pasillos y recovecos del monasterio—, pero dada la ocasión y que se trata de una investigación seria auspiciada por una universidad estadounidense, se ha pensado que puede beneficiar a limpiar nuestra imagen después de haberse mancillado al filtrarse la muerte de nuestro compañero en las redes.

Helen asintió, dándole la razón, mientras seguían avanzando. No tardaron demasiado en llegar frente a una puerta entornada.

—Es aquí —reveló su guía, permitiendo que Helen abriera la puerta.

Los goznes chirriaron antes de permitir ver un dormitorio muy austero, con unos escasos seis metros cuadrados de espacio, una cama, sobre ella una cruz, una mesita con una silla y un armario. Todo parecía ordenado, como si estuviera esperando a su inquilino.

—Veo que no se quemó nada más...

—Esa es una de las cosas que la policía no supo explicarnos, como fue que esas llamas tan exageradas que consumieron a Gervasi no quemaran nada más —dijo Ildefonso encogiéndose de hombros.

Helen se adentró en el dormitorio y observó el lugar, no había nada que pudiera indicar cual era el carácter del monje que se había suicidado, y mucho menos que relación podía tener con la investigación que tenía entre manos.

—¿Tocaron algo?

—Se guardó todo lo que pertenecía a nuestro hermano en su armario y se descubrió la cruz.

—¿Se descubrió la cruz?

—Por lo que parece, Gervasi la cubrió para evitar que Nuestro Señor lo viera...

—Aunque Dios está en todas partes, ¿no? —añadió con suspicacia Helen al no comprender la justificación a ese acto.

El hombre asintió.

Helen se acercó al armario.

—¿Puedo?

—Sí, adelante, por favor.

La historiadora abrió el armario y miró en su interior, había poco más que media docena de prendas de ropa, entre un atuendo seglar y un par de túnicas

marrones de monje. Pero lo que llamó la atención a Helen fue un bulto envuelto en una tela blanca de algodón que descansaba en el suelo interior del armario. Lo cogió y con él en las manos se giró hacia su guía.

Al verlo, este reaccionó enfurecido.

—¿Aún sigue aquí? ¡No puede ser! —exclamó.

Helen observó el paquete y, lentamente, llevada más por la curiosidad que por la sensatez, lo desenvolvió para dejar a la vista un libro. Un simple volumen de un palmo de ancho por dos de alto, con un grosor que no superaba los cuatro dedos. Las cubiertas eran de piel tosca y gastada, sin decoración alguna que pudiera indicar su contenido. En su interior, varios centenares de hojas apergaminadas se combaban por el uso y los millares de manos por los que aquella basta edición parecía haber pasado.

Al descubrir el libro, vio como Ildefonso retrocedía.

—¿Se trata de una prueba? —preguntó preocupada.

—No, de una maldición.

—¿Una maldición?

—No quiera saberlo porque...

—Al contrario, he venido para saber este tipo de cosas —lo interrumpió Helen.

El hombre la examinó y, después de un suspiro, le explicó:

—A lo largo de la historia de la iglesia, siempre ha habido una preocupación para evitar que conocimientos peligrosos acaben en malas manos. Se hizo con poca fortuna en la Inquisición, pero con el tiempo se supo distinguir las auténticas amenazas, no solo de la fe católica, sino también de la humanidad. —Señaló el libro—. Este ejemplar en concreto es el caso más claro de peligro. Se creía que había desaparecido años atrás, pero no hace mucho fue descubierto en nuestra biblioteca, pero antes de poder destruirlo, desapareció de nuevo. Tras la muerte de Gervasi comprendimos que fue él quien lo tenía. Después de la investigación de la policía y al no ser una prueba se estipuló que debería ser destruido definitivamente. Pero, y no sé cómo explicarlo, parece ser que el libro ha regresado.

Nervioso, se santiguó.

—¿Puede haber una relación entre la muerte de Gervasi y este libro? —preguntó Helen.

—Puede...

—¿Les importaría que lo estudiara antes de partir?

Helen creía que le responderían que no, pero Ildefonso se sintió aliviado.

—Por supuesto —respondió, apresurado—, incluso puede llevárselo tan lejos como quiera.

La historiadora se sorprendió por aquella respuesta.

—¿Seguro?

—Sí, muy seguro —insistió el monje—, pero, por lo que más quiera, cuando haya terminado de estudiarlo, deshágase de él, quémelo y esparza sus cenizas.

Atónita por la reacción de su guía, Helen asintió y volvió a empaquetar el libro con aquella tela de algodón, sin saber que estaba cometiendo un terrible error.

Ahora, tanto tiempo después de aquel viaje a Barcelona, comprendía que debería haber dejado el libro dónde estaba, y no llevárselo a su casa, leerlo, hacer fotocopias y todo aquello que la habían conducido a donde se encontraba en ese momento. Con el paso de los días y de los meses, y ver su comportamiento tras su contacto con el libro, ató cabos y supuso lo que le sucedió al hermano Gervasi, que no fue otra cosa que se obsesionó con el libro hasta perder la razón y prenderse fuego. Ella, por suerte, había tenido un contacto más limitado con el libro, pero, aún así, le había afectado y lo seguía haciendo, como una enfermedad degenerativa que carcome por dentro.

Regresó al presente, a su cocina y se frotó el rostro con fuerza con ambas manos y soltó un suave gruñido de desesperación para quitarse de encima aquella presión que la atenazaba desde hacía tanto tiempo. Instintivamente miró el reloj que había colgado de una pared, marcaba las tres de la madrugada.

Soltó un suspiro y se encaminó de nuevo a su dormitorio para intentar, aunque fuera sin dormir, descansar lo suficiente para, al día siguiente, poder enfrentarse al trabajo, a la universidad y a su día a día que no había podido modificar a pesar de su sufrimiento.

Cansada como si acabara correr una maratón, se dejó caer en la cama y se dejó llevar por el sueño. No tardó en cerrar los ojos y en quedarse dormida y, por una vez en muchos meses, no soñó nada.

Sin embargo, lo que la despertó unas horas más tarde no fue su despertador, sino unos golpes bastante impetuosos en su puerta. Con la boca

pastosa se levantó de nuevo, aunque tenía la impresión de que había acabado de cerrar los ojos, en realidad se sentía descansada como hacía tiempo que no lo hacía. Cruzó su piso y llegó a la puerta de entrada, pasó la cadenilla de seguridad y abrió la puerta. Al otro lado, un hombre con cara de malas pulgas y una barba espesa la esperaba.

—¿Doctora Helen Towers? —preguntó con una voz rasposa.

—Sí, soy yo.

El hombre le mostró una brillante placa de policía.

—Departamento de Homicidios de Arkham, ¿puedo entrar?

Desconcertada, Helen examinó la placa y le pareció lo suficientemente verdadera como para abrir la puerta. Lo hizo y, al otro lado, vio que no solo estaba ese hombre, sino que lo acompañaban media docena más de hombres uniformados.

—¿Qué sucede? —preguntó mientras aquel hombre pasaba por su lado.

—Soy el inspector Edward Kyleman —dijo como respuesta a la vez que le entregaba un papel—, esta es una orden para registrar su domicilio.

—¿Registrar mi domicilio? ¿Por qué?

El hombre la observó alzando una ceja, sorprendido.

—¿De verdad me lo pregunta?

Helen asintió mientras veía, impotente, como los hombres de Kyleman entraba en su piso y empezaban a ponerlo todo patas arriba.

—Se le acusa del secuestro y asesinato de más de sesenta jóvenes entre principios de 2017 y hoy —espetó el hombre como si tal cosa.

Helen sintió como el mundo a su alrededor daba vueltas y perdió el equilibrio. Se tambaleó y se sentó en el reposabrazos del sofá que presidía el salón.

—¿Qué...? No es posible... No... —farfulló trastornada, no comprendía nada, no era posible que ella matase a una persona, y mucho menos a más de sesenta.

—¿Por qué me acusan a mí?

—Todos los indicios prueban que el vínculo de estas chicas era usted, sus clases y sus conferencias fuera de la universidad —explicó Kyleman sin dirigir la mirada a Helen, sino que controlaba en la distancia lo que hacían sus hombres—. Además, hay grabaciones de cámaras de seguridad en la que se le ve con las chicas o cerca de donde desaparecieron las noches que ocurrió todo.

—¿Las noches? Pero si apenas salgo, voy a la universidad y vuelvo a casa, llevó un tiempo en el que sufro de insomnio... No tendría fuerzas para esto que me dice.

—Sin embargo, aparece en las imágenes y...

Las palabras del inspector se interrumpieron cuando uno de sus hombres se acercó a él cargando un bulto envuelto en una tela fina y oscurecida por manchas marrones.

—Creo que lo tenemos, señor —le dijo situándose a su lado y desenvolviendo el paquete.

El inspector, impertérrito hasta entonces, abrió los ojos de par en par y arrugó la nariz con disgusto.

—No hay duda, entonces —dijo y, mirando a Helen, añadió—: Doctora Helen Towers, queda detenida por asesinato. Todo lo que...

—¿Qué?! ¡No! —Helen se revolvió y se apartó de él—. Yo no he matado a nadie.

—No complique las cosas, doctora Towers.

—¿Por qué? Insisto, no he matado jamás a nadie, y mucho menos a sesenta jóvenes en los... en los...

Sus palabras se fundieron al ver que el intervalo de tiempo coincidía con sus terrores nocturnos y sus pesadillas. ¿Casualidad? Puede, pero era demasiado. ¿Y los recuerdos turbios e incómodos que la acechaban cuando menos se lo esperaba? ¿Y los ataques de sonambulismo que la habían llevado a salir a la calle sin saberlo? ¿Y si...? Sintió como si todo su cuerpo perdiera la consistencia.

Un par de agentes se acercaron a ella para esposarla y llevársela, pero se apartó, tropezó y empezó a chillar, negándose a aceptar lo que aquellos hombres le decían. Incluso creyó que aquello no era más que otra de sus pesadillas de la que no podía despertar.

«Despierta, Helen, despierta», se gritó en su fuero interno, pero no funcionaba.

—¡Despierta! —exclamó en voz alta, pero siguió sin obtener ningún resultado.

—Doctora Towers, se ha terminado, si con las imágenes y las pruebas recogidas hasta ahora ya teníamos suficiente, lo que hemos encontrado en su casa lo deja todo más claro.

Helen lo miró desconcertada.

—¿Qué han encontrado?

El inspector titubeó, pero, al final, le mostró el bulto que hasta entonces había permanecido oculto en aquella tela.

—Esto...

En las manos del agente había un libro, nada más que un libro, pero cuyas cubiertas y páginas no eran de papel, sino que estaban confeccionadas con lo que parecía un material orgánico. Algunas ya estaban más secas, pero otras todavía conservaban la flacidez propia de... la piel.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Helen y no pudo evitar decir:

—¡Oh, no! El libro.

Y, entonces, lo comprendió todo, por absurdo que pareciera, ella, una mujer pacífica, una estudiosa, una intelectual, había sucumbido a una enfermedad extraña que la había destrozado por dentro y por fuera hasta el extremo de matar a más de sesenta jóvenes para elaborar un libro igual que el que la había llevado a la perdición. Sin fuerzas al descubrir aquello y al no poder negárselo ni a ella misma, Helen se rindió y, dócilmente, se entregó a los agentes que la esposaron y se la llevaron de su propia casa.

Lo que sucedió en los días siguientes ocurrió frente a sus ojos como un sueño. Detenida y acusada, no llamó a ningún abogado y le fue asignado uno de oficio que, desde un principio, veía claramente que su cliente tenía las de perder, sobre todo porque se negó a declararse no culpable o alegar algún tipo de enfermedad mental. Había arrebatado sesenta vidas, no se merecía nada más. A lo largo de los meses siguientes, durante los cuales las pesadillas no desaparecieron, sino que más bien se descontrolaron, ya que las sufría incluso despierta, vio con sus propios ojos los centenares de pruebas que habían reunido en su contra, no solo se limitaban a las grabaciones de las cámaras de seguridad, sino también habían rastros de ella por todas partes, pero habían tardado en identificarla porque nunca había tenido problemas con la ley y, de algún modo, las pruebas eran circunstanciales sin nada que las justificara a todas ellas. Pero, ahora, ya tenían la gran evidencia, el libro hecho con piel humana perteneciente a todas las chicas que había secuestrado, matado y despellejado para elaborar esa horrible obra, y

en cuyo interior un texto en una lengua incomprensible aún agravaba más la imagen que tendría frente al jurado.

«No es incomprensible», se dijo cada vez que veía el texto de aquel libro, ya que ella había sido capaz en el pasado de traducir varios fragmentos, algo de lo que se arrepentía y que preferiría no haber hecho, como la reunión con Shepherd y los demás, o el viaje a Montserrat.

Desde su ingreso en prisión preventiva, a lo que no se negó, cada vez dormía menos, pero, desafortunadamente, pensaba más y más en aquello que había hecho y no recordaba haber hecho. Se pasaba las noches en vela preguntándose cómo era posible que no recordara ni el nombre ni el rostro de ninguna de aquellas sesenta y tres chicas a las que desolló. Había noches que dudaba realmente de su culpabilidad, pero las pruebas eran arrolladoras y se sumía en un duermevela de culpabilidad.

Los días siguieron a las noches, pero nada cambiaba, desde el primer día tenía claro el destino y la sentencia que le esperaba. Ni tan siquiera los ánimos de sus colegas que la fueron a visitar le modificaron aquella convicción. En aquellas reuniones en las que hablaba a través de un teléfono y veía a los otros a través de un cristal, asentía de forma apesadumbrada, sonreía para que los otros no compartieran su culpabilidad y prometía, una vez tras otra, no perder la esperanza de encontrar una prueba que jugara en su favor. Solo en una ocasión fue diferente, solo una vez dijo algo de lo que realmente quería expresarse. Fue cuando el que la visitó fue el joven Martin Shadecraft, que, aunque no estaba pasando por lo mismo que ella, sí que seguía pasándolo mal por el modo en el que su tío había perecido.

Tras una charla en la que se dijeron más bien poco, pero lo suficiente para que consolarse mutuamente sin falsas esperanzas, ella le dijo:

—No sé si seguís con lo que nos reunió ese día a las 7 de la tarde, pero por lo que más queráis, dejadlo a un lado, nosotros no somos capaces de enfrentarnos a lo que está a punto de cernirse sobre la humanidad.

Shadecraft no respondió, solo asintió y Helen lo correspondió con su primera sonrisa sincera en mucho, mucho tiempo.

Aquel encuentro sirvió a modo de despedida, ya que Helen se sabía condenada, por lo que no hacía falta seguir adelante. El peso de las muertes de esas sesenta y tres chicas de las que no recordaba absolutamente nada le

doblegaban la espalda y el alma, hasta el punto de querer terminar de una vez por todas. Una noche, tras meses de cautiverio y casi aislamiento, después de que pasara la última guardia y las luces estuvieran apagadas, se levantó de la cama en la que apenas había podido dormir, se sentó en el suelo y con un canto afilado de la cama que había encontrado al poco de estar en esa celda, se rasgó la parte interna de las muñecas que después metió en el inodoro, no quería hacer trabajar de más al bedel.

Nunca se supo exactamente cuando tuvo lugar la muerte, ya que, en el siguiente paso de la guardia, el cuerpo sin vida de la doctora Helen Towers yacía al lado del baño con una expresión de alivio como la que no había tenido desde hacía más de seis años.

A pesar de su muerte, el juicio siguió adelante, pero este tomó un rumbo completamente diferente cuando el libro hecho de piel humana, la principal prueba de los sesenta y tres asesinatos, desapareció de la sala de pruebas sin dejar ni una evidencia de quien lo había sustraído, simplemente, fue como si se hubiera volatilizado.

Esto provocó que el abogado de la difunta doctora Towers consiguiera convencer al jurado de que todas las otras pruebas eran circunstanciales y, a pesar de que el veredicto se alargó más de lo que todos esperaban, fue declarada no culpable de manera póstuma.

Su imagen fue reconstituida en la universidad y en los círculos en los que se movía antes de todo aquello e, incluso, se llegó a homenajearla. Sin embargo, solo cuatro hombres fueron realmente conscientes de que lo ocurrido no había sido un ataque de locura o una trampa, sino la consecuencia directa de los hechos en los que se habían visto involucrados años atrás. ¿Seguirían su consejo y se apartarían de ese tema o cometerían el mismo error que ella? Solo el destino lo sabía.

El mal que acecha

Volvían a ser las 7 de la tarde, pero en esa ocasión no se habían reunido en el despacho de Shepherd como era habitual, sino que lo habían hecho en uno de los tantos *pubs* que había en Arkham, herencia directa de los primeros pobladores ingleses que fundaron la ciudad en la época colonial.

Los cuatro hombres permanecían cabizbajos mientras que a su alrededor el alboroto era más que notable, era noche de partido, por lo que la jarana se alargaría, y lo haría aún más si el equipo local ganaba; pero ninguno de ellos estaba de humor para celebraciones. Todos iban vestidos de negro, sus trajes denotaban que apenas unas horas antes se encontraban en el entierro de su compañera, que había muerto —ninguno de ellos se atrevía a hablar de suicidio— en la cárcel por una acusación que, al final, se había desestimado. Por lo poco que sabían, la prueba definitiva contra ella era un libro hecho con la piel de sus víctimas que, en el último momento, había desaparecido. ¿Si lo hubiese hecho antes, Helen todavía seguiría viva? ¿O había desaparecido porque ella había muerto? Esa era la pregunta que todos ellos tenían en mente, que les carcomía por dentro, pero ninguno de ellos se atrevió a pronunciarla en alto, ni cuando se enteraron de todo lo sucedido, ni ahora, días después de la muerte y con su compañera enterrada varios metros bajo tierra.

Una camarera con una sonrisa en los labios que contrastaba con las caras largas de los cuatro se acercó a la mesa y les trajo su pedido, cuatro jarras de cerveza y otros tantos vasitos de *whisky*. Cuando la chica se hubo ido, fue Shepherd el que cogió el pequeño vaso con la bebida ámbar en su interior y, mirando a sus compañeros, dijo:

—Por Helen.

Los otros lo imitaron y repitieron al unísono:

—Por Helen.

Todos se tomaron la bebida de un trago y cogieron aire, si ya era difícil despedirse de un amigo, más lo era cuando se sabía que se había visto afectado por algo que habían compartido, que habían investigado y que, de algún modo, se habían empujado hacia ello los unos a los otros. Helen Towers había muerto, pero hubiera podido ser cualquiera de ellos.

Contemplando las burbujas que subían por la jarra de cerveza que tenían en su interior, Martin Shadecraft no podía dejar de pensar en Helen, pero tampoco en su tío Oliver que, de algún modo, había sido la primera víctima que ellos conocieran en todo aquel asunto. Seis años habían pasado desde que aquella misteriosa máscara se apoderara de él, pero parecía que todo hubiese ocurrido el día anterior, y más con la súbita muerte de Helen, precedida por todo el espectáculo mediático de convertirla en una de las más peligrosas asesinas en serie de los últimos tiempos.

—¿Realmente era culpable? —preguntó de repente Mario.

Los otros lo observaron y, como era costumbre, fue Shepherd el que llevó la voz cantante.

—Por lo que se ha sabido de todo el asunto, sí... —Hizo una pausa y midió muy bien sus palabras—. Aunque ya sabemos que no era culpable como todo el mundo la podría considerar, sabemos que estaba influenciada por algo... por eso a lo que nos enfrentamos años atrás.

—¿Estás seguro? —insistió Mario.

Pero el que respondió no fue Shepherd, sino Martin.

—Sí, Helen no sería capaz de cometer todos esos asesinatos y esas carnicerías, es que ni lo dudo. Pero seguro que el libro que trajo de España la afectó más de lo que todos pensamos en un principio —afirmó Shadecraft con convicción.

—Opino lo mismo —dijo Shepherd mientras que Ilya Vasilikov asentía a la vez que bebía de su jarra—. La conocíamos lo suficiente para saber que no era capaz de ello, y fue esa fuerza de otro mundo la que la arrastró... si es que realmente lo hizo y no fue todo una trampa.

Mario pareció convencerse de ello y bebió de su jarra.

Tras aquel breve intercambio de palabras, a pesar del ruido ambiental del *pub*, un silencio se apoderó de los cuatro hombres. Lo que los había reunido tiempo atrás y los había unido más allá de una mera amistad surgida de ser compañeros de trabajo ahora parecía una gran carga sobre sus espaldas, ya que lo que había sido como una aventura emocionante, había terminado llevándose a una de ellos.

—¿Fuisteis a verla? —preguntó Shepherd.

Los demás asintieron.

—No parecía la misma —afirmó Mario.

—Apenas la reconocí —añadió Ilya.

Martin tardó en dar una réplica y, cuando lo hizo, fue para hacer una pregunta.

—¿Qué os dijo?

—¿A qué te refieres? —lo interrogó Shepherd.

—Si os dijo algo importante, algo trascendental...

Los otros lo interrogaron con la mirada a la espera de que el joven historiador se explicara.

—El día que fui, además de hablar de naderías, cuando ya me iba, me dijo: «No sé si seguíis con lo que nos reunió ese día a las 7 de la tarde, pero por lo que más queráis, dejadlo a un lado, nosotros no somos capaces de enfrentarnos a lo que está a punto de cernirse sobre la humanidad». —Hizo una pausa durante la que los otros asimilaban aquellas palabras, casi las últimas serias que dijo Helen—. No hace falta ser un genio para comprenderlo. Cuando me lo dijo, más que una advertencia, tuve la impresión de que se trataba de una premonición, como si Helen supiera algo que nosotros no, como si la conexión con el libro le hubiera permitido ver algo nefasto en el horizonte.

Los demás intercambiaron un par de miradas y, después, Shadecraft continuó:

—A pesar de su consejo, nunca he conseguido sacarme de la cabeza lo que sucedió hace seis años, no solo por lo de mi tío, si no también por como cambiaba la imagen que tenemos del universo al saber que no estamos solos, ni en esta ni otras realidades, que existen seres que van más allá de los límites de la razón humana. —Shadecraft soltó un suspiro—. Es por eso por lo que no he podido dejar de mirar de reojo a todo lo extraño que podía encontrar y, como de costumbre, fue de casualidad como llegó esto a mis manos.

Del interior de su americana sacó un pliego de fotocopias de unos documentos con el logotipo de la Biblioteca Nacional Francesa, en ellos se podía ver una letra manuscrita casi ilegible, que daba forma a un diario.

—Lo llevo encima desde hace tiempo, siempre he querido enseñároslo, pero siempre me he detenido. —Alargó las hojas a sus compañeros y prosiguió—: Es solo un fragmento, unas pocas páginas, pero hay más, lo tengo en casa. Se trata de un diario que se ha atribuido a Napoleón. Los historiadores especializados en

el general francés no le hacen mucho caso, porque defienden la idea de que se trata de una ficción escrita por los enemigos que tenía en Europa para estropear su imagen, pero para gente como nosotros es una evidencia más de lo que se acerca... otra vez.

Como había sucedido en el pasado, los demás leyeron con atención las palabras escritas en francés que había allí, era cierto que, si Helen hubiese estado con ellos, ella lo hubiera leído y traducido en un instante, pero ellos hicieron lo que pudieron. Pero en cuanto comprendieron lo que tenían frente a sus ojos, los tres alzaron la mirada para contemplar atónitos a Shadecraft.

—Exacto, esa es la misma cara que puse yo cuando lo leí. Se trata del mismo sujeto o de uno muy similar al que tuvimos ocasión de conocer hace unos años en el subsuelo de esta ciudad.

—No puede ser el mismo... ¿o sí? —preguntó Vasilikov, incrédulo.

—No lo tengo muy claro, pero la descripción es tan exacta y hemos visto cosas tan raras que no me sorprendería demasiado si lo fuera —respondió Shadecraft.

Ilya volvió a coger la jarra y bebió con fruición, mientras que Mario se sumergió en aquellas páginas, fascinado y sin poder creerse lo que había escrito en ellas. Por su parte, Shepherd bajó la mirada y centró toda su atención en sus dedos, con los que empezó a jugar, nervioso. Shadecraft, que lo vio, lo interrogó con la mirada y cuando Mark se sintió observado relajó todo su cuerpo y parpadeó con pesar.

—Pues si esto os ha impresionado, esperad saber lo que descubrí hace apenas unos meses... poco antes de que ocurriera todo lo de Helen. —Hizo una pausa más larga de lo habitual, bebió cerveza, se aclaró la garganta y contó, con todo lujo de detalles, la historia de su antepasado. Tras ello y transcurridos unos minutos, tras los cuales los otros se quedaron boquiabiertos, continuó hablando—. Como os podéis suponer, de entrada, me pareció espeluznante, pero también muy interesante, ya que coincidía a la perfección con los relatos que nos hemos ido encontrando aquí y allá. Sin embargo, cuando supe de lo que se acusaba a Helen no pude creérmelo, ya que parecía cortado por el mismo patrón, aunque con nuestra amiga como desafortunada protagonista.

»Es como si el cosmos al completo se hubiera alineado para que, justo ahora, todas estas historias salieran a la luz y nos encontraran a nosotros para que

pudiésemos encajar todas las piezas. La confección del libro, los encapuchados, el misterioso hombre inmortal, el templo en el desierto y en la narración de Oliver... Todas las piezas están frente a nosotros para que resolvamos este puzle.

—¿Y si no podemos? —preguntó Ilya—. Esto no es una película, Mark, somos cuatro historiadores, cuatro ratones de biblioteca con ínfulas de aventureros que se están enfrentando a algo mucho mayor de lo que jamás podamos concebir.

—Y no te olvides del consejo de Helen —apuntó Mario.

—Entonces, proponéis que hagamos caso a Helen y que dejemos que lo que sea que tenemos frente a nosotros se abalancé sobre este mundo y lo destruya... o lo que sea que haga esa cosa —dijo Shepherd—. ¿O tenemos que admitir que somos los únicos que sabemos esto y nos enfrentamos a ello?

—Pero es que ni tan solo sabemos a lo que nos enfrentamos —replicó Vasilikov.

—Eso no es cierto —respondió Shadecraft—. No solo lo sabemos, también lo conocemos personalmente, hemos hablado con él, y si es cierto que es inmortal, podemos contar con que regresará y vendrá a por nosotros.

—Pero ¿y si solo es la punta de lanza de algo mucho mayor? —contestó el ruso.

—Bueno, al menos tenemos por dónde empezar, ¿no? —dijo Shadecraft.

—Lo siento, pero creo que pecas de optimismo —intervino Mario—, seguro que no es tan sencillo. Ese algo mayor tiene tentáculos gigantes y seguro que está cabreado por cerrarle la puerta la otra vez.

Shadecraft iba a responder, pero Shepherd se interpuso y zanjó la discusión entre sus amigos con un gesto.

—Esta conversación no va a ningún lugar —dijo—, está claro que tenemos opiniones diferentes... Pero, y solo quiero que tengáis una cosa en mente, y es que a pesar de la amenaza que suponen esos seres desconocidos, hasta ahora nunca han conseguido llegar, ya que por el contrario lo sabríamos. Así que quien sea que lo haya hecho, ha conseguido detenerlos... ¿Y si ahora nos toca nosotros ensuciarnos las manos?

Martínez y Vasilikov intercambiaron miradas y, a regañadientes, tuvieron que admitir que Shepherd tenía razón. Durante unos instantes fue como si debatieran telepáticamente, y, pasados unos segundos, fue el ruso el que dijo:

—Está bien, supongamos que estamos de acuerdo con vosotros, ¿qué proponéis?

Los otros dos imitaron a sus compañeros, observándose el uno al otro, como si de esa forma tuvieran suficiente para comprenderse.

—Voy a pensar en voz alta a ver si compartimos el mismo punto de vista —dijo Shepherd tras aclararse la garganta—. Con todo lo que ahora tenemos, sabemos que existe un ser con aspecto de hombre que actúa como un guardián o un maestro de ceremonias de otros seres con forma, aparentemente, de pulpo. —Los demás asintieron—. Para invocar a estos monstruos interdimensionales, se vale de un libro, y no un libro cualquiera, uno hecho con piel humana. Si suponemos que el del relato de mi ancestro no se destruyó, podría ser el mismo que Martin arrojó al portal, pero ahora, con la desaparición del que confeccionó Helen, existe otro que ha desaparecido...

—O, mejor dicho, ha sido robado —apuntó Shadecraft.

—Sí, alguien lo ha robado. Si partimos de la base de que el guardián no ha regresado, al menos que sepamos, los únicos que pueden haberse hecho con él son los acólitos malditos, ¿no? —Vasilikov, Martínez y Shadecraft lo aprobaron con la mirada—. Por otro lado, entiendo que existen templos o lugares sagrados para esta gente, uno podría ser el del subsuelo de Arkham, allí donde el guardián abrió el portal, otro el que mi tatarabuelo visitó en Monument Valley...

—Sin olvidar el que describió el tío de Martin en su relato o el que yo visité en Escocia —añadió Vasilikov.

—También, pero por la narración del viejo Shadecraft es difícil de concretar donde se encuentra... Una gran montaña subterránea con un templo en su base... —Shepherd miró a Shadecraft y añadió—: Deberíamos descartarlo.

Martin asintió, estaba de acuerdo que el templo que visitó su tío era complicado de localizar si, en el mejor de los casos y visto lo visto, estaba en esta realidad.

Shepherd alzó la mirada y sus ojos se perdieron en el techo de madera del *pub*.

—Entonces —intervino Martínez—, hay un nuevo libro que, a priori, está en manos de los acólitos, y puede que estos lo usen para traer de vuelta al guardián, que seguro que tomará el mando para repetir el ritual que nosotros nos encargamos de joderle hace seis años.

—Sin olvidarnos de que estaremos en su punto de mira sin dudarlo —dijo Shadecraft.

Shepherd asintió de forma constante, ordenando en su mente la información y comprendiendo que en todo lo que habían dicho había una cosa que seguía faltando.

—Está claro que la amenaza de la que le dijo Helen a Martin es el guardián, el libro y el retorno de los pulpos. —Hizo una pausa muy bien medida con la que aumentó la tensión y dijo—: Pero hay un par de cosas que se han quedado fuera de la ecuación.

—¿El qué? —preguntó Ilya mientras Martínez interrogaba a su amigo con la mirada.

Sin embargo, el que respondió no fue Mark, sino que lo hizo Shadecraft.

—En primer lugar, la máscara de mi tío. —Los otros dos encajaron las piezas en su mente—. Sabemos cómo se crea el libro, para que sirve y de dónde surgen los acólitos, incluso podríamos suponer como regresarán el guardián y los pulpos. Sin embargo, lo que no ha vuelto a aparecer es la máscara que halló mi tío dentro de la cajita china. Ciertamente es que pude descubrir que no era nada bueno, pero tampoco hemos sabido nada de ella.

Tras unos segundos de silencio, fue Mario el que exclamó:

—¡Pues claro! La otra cosa que se nos ha quedado fuera de la ecuación es qué narices hacían los acólitos en el búnker alemán en el que estuvo mi abuelo.

—Exacto —respondió Shadecraft—. Ilya vio como surgían esos monstruos, pero era normal que estuvieran en Escocia, ya que fue allí donde el guardián los creó, pero en Francia solo se puede justificar pensando en que hacía tiempo que estaban allí... desde la época de Napoleón, tal vez.

—En este caso, es bastante fácil saber cuáles deben ser nuestros siguientes pasos —dijo Shepherd—. Primero, saber más de la máscara de Shadecraft; segundo, localizar el libro y quién lo haya robado; y, tercero, saber si en Francia existe algún templo en el que se pueda repetir alguno de los rituales. ¿Estáis todos de acuerdo?

Los otros tres asintieron.

Entonces, Shepherd se frotó las manos y sonrió.

—Seguro que Helen estaría orgullosa de nosotros —bromeó mientras alzaba la jarra en su memoria antes de beber de ella.

Desde más allá de la oscuridad

Asiendo aquella vieja puerta de madera carcomida con ambas manos, el profesor Ilya Vasilikov, la abrió procurando realizar el menor ruido, sin embargo, un suave chirrido lo sobresaltó cuando los goznes se articularon.

«Tranquilo, Ilya, no pasa nada», se dijo para tranquilizarse, aunque era plenamente consciente que no lo lograría por mucho que se insistiera a sí mismo. Aunque, en realidad, sabía cuál era el motivo por el que hacía exactamente aquello, no podía dejar de preguntarse por qué lo estaba haciendo. ¿Se podía saber qué hacía él, un experto en folklore medieval europeo reconocido mundialmente, colándose de noche en el sótano de una destartada iglesia de Caen?

«El estúpido es lo que estás haciendo», se contestó él mismo mientras descendía por una escalera de caracol de piedra, deseando estar en el salón de su casa, en Estados Unidos, con una copa de coñac esperando sobre su mano a ser degustada. Pero no, en su lugar estaba en aquel inhóspito lugar. Mientras se esforzaba por no resbalar en los pulidos escalones por los que estaba descendiendo, a su mente vinieron los recuerdos del día anterior, cuando había llegado a sus oídos un extraño rumor, y no había podido evitar que su cerebro de investigador se activara de inmediato.

Estaba pasando unos días en Normandía, disfrutando de ese extraño aire que emanaba de los centenares de calles, mientras asistía a un congreso sobre historia, mitología y folklore al que, para ser sinceros, solo había asistido para evadirse de la pesadez de su día a día como profesor universitario... y por aquel extraño motivo que lo perseguía desde hacía seis años y que Shepherd y los demás habían avivado recientemente, tras la muerte de Helen.

Una noche, mientras tomaba unas copas con unos viejos colegas de profesión en una llamativa taberna, uno de ellos, el que hacía las veces de anfitrión y cicerone al resto del grupo, les dijo con tono melodramáticamente lúgubre:

—Bueno, queridos amigos folkloristas, me permitiréis que os asuste con una historia que circula últimamente por esta ciudad.

Los demás presentes sonrieron y soltaron alguna carcajada.

—Nos dedicamos a la mitología, hemos oído de todo —espetó uno de ellos de repente, justo antes de hacer un largo trago a su jarra de cerveza.

—Cierto, pero os aseguro que esto os pondrá los pelos de punta —contestó el interpelado jocosamente.

Después de que la mesa entera estallara en comentarios y todo tipo de bromas sobre su profesión, todos fueron quedándose en silencio, y el anfitrión empezó a hablar:

—De un tiempo hasta ahora, por las calles de Caen corre una historia, un rumor del que nadie sabe su origen, sobre una antigua secta secreta que parece haber renacido de sus cenizas, cuando fue quemada siglos atrás. —El hombre hizo una pausa calculada, observando cómo había conseguido captar la atención de sus colegas—. Según dicen, por qué yo no lo sé a ciencia cierta, los que los han oído, afirman que, en el sótano de una iglesia abandonada, al este de la ciudad, se reúne un grupo de hombres y mujeres las noches de novilunio, durante las cuáles realizan extraños ritos y ceremonias a un dios extinto pero que desea regresar.

Cuando pronunció las últimas palabras, todos permanecieron en silencio, incluso la gente de las mesas colindantes esperaba que aquel hombre acabara de contar aquella enigmática historia. Sin embargo, todo aquello a Ilya le sonó demasiado conocido.

—¿Y? —preguntó casi bromeando el que antes también había roto el clímax, pero esta vez, ya habiéndose terminado la bebida de su jarra.

El anfitrión no contestó, simplemente siguió observando a sus compañeros, como si esperara que alguno de ellos hiciera una pregunta más inteligente que la que ya se había hecho.

—Vale, supongamos que nos creemos tu historia —intervino Vasilikov—, ¿«los que los han oído» cómo saben que se trata de una secta?

—Muy bien visto, Ilya —dijo el anfitrión, y retomando el tono oscuro de su relato, prosiguió—. Los que viven cerca de esa vieja iglesia, afirman que cada noche de luna nueva, desde hace varios meses, se oye un extraño rumor que emana de los sótanos de esa iglesia abandonada desde hace décadas.

Vasilikov le brindó una sonrisa de suspicacia, fingiendo no creerlo cuando, en realidad, lo estaba haciendo, había visto lo suficiente para hacerlo.

—Según los que se han atrevido a parar la oreja con atención para intentar discernir lo que dicen los miembros de esta extraña secta, las palabras que se

oyen son incomprensibles, provenientes de una lengua muerta, más antigua aún que el latín, el egipcio o el sumerio.

—¿Y qué dicen? —preguntó Vasilikov, sinceramente interesado.

—Seguramente yo no lo sabré pronunciar correctamente, y esto lo anotó alguien que lo escuchó con el eco propio de las catacumbas de una iglesia. Pero, lo que yo sé, es que los miembros de esta secta no hacen más que repetir, durante horas, una vez tras otra, las siguientes palabras...

El silencio que reinaba en aquella taberna era tan denso que se hubiera podido cortar con un cuchillo y untar en una tostada, pero aquel hombre había conseguido, con su relato, captar la atención de todos los presentes.

—*C'Shogorr'enyth vulgtlagln ph'n'ghft* —dijo al fin.

Al oír aquellas palabras, cuya musicalidad era igual de aterradora que atrayente, la mayoría se lo tomaron a broma y empezaron a decir barbaridades, típicas de los círculos académicos cuando han tomado alguna copa de más. Solo unos pocos siguieron atentos a las explicaciones de su anfitrión, bien guiadas por las acertadas preguntas de Vasilikov, al que ese lenguaje no le era extraño.

—¿Sabes qué significa?

Su anfitrión se encogió de hombros.

—¿No pretenderás decirme que, después de tanto rollo, nos dejarás con esa duda? —insistió.

El hombre se hizo de rogar, no solo por Vasilikov, sino por los pocos que seguían interesados en aquella misteriosa historia.

—Por lo que un pobre servidor sabe —dijo al fin prosiguiendo con su explicación—, estas extrañas palabras, cuya raíz se remonta más allá del nacimiento del indoeuropeo, tienen un significado igual de enigmático que desconocido. Una traducción aproximada sería algo así como: «Nosotros, siervos de Shogorr'e, rogamos ir más allá de la oscuridad».

Cuando Vasilikov llegó a ese punto de su recuerdo, pensó que hubiera preferido haber tomado unas cuantas copas de más y haber olvidado aquella historia en el fondo de una jarra de cerveza... algo que seguro le habría aconsejado la malograda doctora Towers. Pero no, fue tal su curiosidad, que una vez se dio por terminada la sesión de alcohol y anécdotas, se acercó a su anfitrión y le preguntó dónde se encontraba aquella iglesia.

—¿No me digas que pretendes ir a visitar ese lugar? —preguntó perplejo.

—Bueno, creo que mañana parece el mejor día para hacerlo —respondió Vasilikov mirando al cielo, en el que la luna no era más que una estrecha raya de luz entre las nubes.

Y ahí estaba, descendiendo por una escalera de caracol, cual falso aventurero de cine, rezando para que aquella historia que había escuchado fuera solo eso, una historia. No quería tener que enfrentarse con antiguos demonios, metafórica y literalmente hablando.

Lentamente, siguió descendiendo aquellos escalones. A cada paso que daban sus temblorosas piernas, no podía evitar pensar que se estaba metiendo en la boca del lobo sin necesidad alguna. Pero en ningún momento dejó de avanzar.

Al principio, aún temiéndose lo peor, al ver que no había ningún rastro de vida en aquella oscura parte de la iglesia, se imaginó que, una vez llegara al sótano, echaría una rápida mirada desde la puerta de la escalera hacia un sótano oscuro y polvoriento, y volvería a subir rápidamente, para después regresar a la seguridad de su moderno hotel. Sin embargo, cuando esperaba encontrarse bajo el umbral de una puerta que daba a la más profunda de las oscuridades, un pequeño resplandor de luz tambaleante iluminó los peldaños de aquella escalera de piedra.

Al verlo se detuvo asustado. Aquello era un signo inequívoco de que, allí abajo, había alguien más. Pero lo que aún era más aterrador, era el murmullo de voces que subía por la escalera. Absolutamente quieto, en mitad de camino entre el exterior y el interior, Vasilikov prestó atención, y sus oídos pudieron captar las palabras que, una vez tras otra, se repetían desde el fondo de aquel lugar.

C'Shogorr'enyth vulgtlagln ph'n'ghft.

Perplejo al comprobar que la historia, que les había contado su amigo casi en broma, era más cierta de lo que cualquiera hubiera podido imaginar, sintió como sus piernas temblaban y un escalofrío recorría su espalda erizando todo el vello que encontraba a su paso.

Guardando más silencio del que había guardado nunca, acabó de bajar los escalones y, como bien esperaba, se encontró bajo un umbral sin puerta. Pero, en lugar de haberse sumergido en el lugar más oscuro de la Tierra, ante sus ojos había un amplio sótano, antaño utilizado como capilla, que decenas de velas iluminaban con la luz de sus tambaleantes llamas. Todo era piedra, no había

ningún objeto de madera o de otro material que impidiera el paso por la sala, ocupada por una veintena de figuras encapuchadas dentro de sus hábitos de un color marrón oscuro.

«Oh, no, otra vez no», se lamentó para sus adentros.

Aquel siniestro grupo, de lo que Vasilikov supuso que todavía eran personas, estaba situado en círculo, en una fila que se mordía la cola, y avanzaba lentamente, al ritmo de aquellas aterradoras palabras que no dejaban de repetir, dando vueltas sobre ellos mismos. Parecían todos iguales, pero solo uno de ellos se distinguía de los demás al sostener un libro... un libro que Ilya recordaba a la perfección porque ya lo había visto.

«El maldito libro que confeccionó Helen cuando estuvo poseída... Bien podría haberlo robado cualquier otro friki», pensó el folklorista. Sin embargo, en seguida comprendió que aquella era una historia que parecía repetirse, como él presenciando aquel ritual, como había sucedido en Escocia.

Desde la pobre protección que le ofrecía el pequeño rellano que había al final de las escaleras, Vasilikov no perdió de vista en ningún momento lo que sucedía en aquel sótano. Parecía que la ceremonia que estaban realizando solo se basaba en repetir aquellas palabras y dar vueltas, por lo que poco a poco fue perdiendo ese halo de espeluznante misticismo.

Tras unos largos minutos, Vasilikov creyó que ante él solo había un grupo de locos con deseos de hacerse notar, y empezó a pensar en irse. Regresaría al hotel, hablaría con los otros y esperaría a la siguiente luna nueva para recuperar el libro e impedir lo inevitable. Pero, cuando estaba a punto de reemprender la marcha hacia la superficie, para la sorpresa de los ojos del profesor de folklore, vio que, en el centro del círculo formado por los encapuchados, había algo que, al ritmo de aquellas horripilantes palabras, se movía, se contorneaba, se estremecía y se retorció.

Para ese observador era difícil discernir lo que allí había. Solo podía verlo al paso de un encapuchado y otro, iluminado solamente por la pobre luz de las velas que pasaba entre los resquicios del círculo de encapuchados. Pero, si alguien le hubiera preguntado, Vasilikov había afirmado que, lo que fuera que había en el centro de aquella ceremonia, estaba vivo, aunque no era parecido a ningún humano o animal que sus ojos hubieran visto jamás.

Al principio podía parecer una masa informe de carne verdosa, pero en seguida se podía ver que tenía extremidades, que bailoteaban a su alrededor, como si aquel ser no consiguiera controlarlas del todo. A simple vista podían parecer tentáculos, pero no como los de un pulpo, sino más anchos y carentes de ventosas. Además de seguir el ritmo de las palabras que los encapuchados no dejaban de repetir, aquella extraña criatura parecía subir y bajar como si respirara, aunque costara imaginar a través de qué lo hacía.

Desde su escondite, Vasilikov no podía apartar la mirada de aquel horripilante ser, que, si sus ojos no lo traicionaban, iba aumentando de tamaño con cada vuelta que los encapuchados daban a su alrededor.

«Debes irte», se dijo Vasilikov. «¡Abandona este lugar de inmediato!», se insistió, pero sus pies no se movieron ni un milímetro, quedándose clavado a la sombra del umbral, a los pies de la escalera.

De repente, un borboteo llamó la atención al profesor. Aquel sonido provenía del centro del círculo. Con atención, fijó la mirada en el ser que había en el centro y, atónito, pudo ver como aquella masa parecía estar hirviendo, ya que sobre su piel verde y pastosa empezó a salir una burbuja tras otra, que daba lugar a nuevos tentáculos y a... ¡Ojos!

Al ver como media docena de ojos emergían súbitamente de la piel de aquella criatura, Vasilikov tuvo que contener una náusea, aunque no pudo evitar dejar de mirar lo que estaba sucediendo en el sótano de aquella iglesia.

Sin embargo, algo le hizo cambiar su actitud. Una extraña sensación de pánico se apoderó de su ser, haciendo que su piel se volviera blanca como el papel. En el centro de aquella masa, observándole con atención, el más grande de los ojos de aquella criatura primigenia de piel verde permanecía inmóvil y sin parpadear. Al ver que aquel ser le estaba sosteniendo la mirada, Vasilikov se estremeció de pavor, y más cuando se percató de que los encapuchados habían cesado de dar vueltas y de pronunciar aquellas enigmáticas palabras, y ahora lo miraban dirigiendo, hacia él, las capuchas en las que ocultaban sus caras.

Un sonido gutural pero potente emergió de la criatura, como si estuviera dando órdenes a sus fieles seguidores.

Aunque no pudo comprender las palabras que se oyeron, Vasilikov percibió que tenían que ver con él y su papel de intruso en aquel lugar, así que, sin saber

exactamente cómo, emprendió una carrera escaleras arriba, seguido de cerca por una veintena de monjes encapuchados.

Lo último que vio del extraño rito que estaba teniendo lugar bajo la iglesia, fue que la criatura, que parecía haber sido invocada desde lo más lejano e ignoto del cosmos, dejaba de ser una masa informe de carne verde, y tomaba lo que parecía ser la forma y el color de un humano.

Mientras subía de tres en tres los escalones, sintiéndose cada vez más cerca del aire del exterior, la visión de aquel falso humano se repetía en su mente sin parar, como si le hubieran grabado aquella imagen en su cerebro con un hierro candente.

—Oh, Dios mío, no es posible... no puede ser él... —masculló entre jadeos.

Él conocía aquella forma. Sabía a quién pertenecía. Ese cuerpo perfecto, ese pelo castaño, esos ojos con aquel brillo especial y la sonrisa socarrona eran características que, muy a su pesar, hubiera reconocido en cualquier lugar.

Sin embargo, no podía creer que fuera posible. Ahora, después de tanto tiempo, aquel ser que los había obligado a presenciar aquellos hechos en el subsuelo de Arkham, y que creían que se habían deshecho de él, renacía de la forma más grotesca que jamás hubiera podido imaginar, regresando desde más allá de la oscuridad... tal y como habían elucubrado sus compañeros.

Un escalofrío recorrió su cuerpo y una náusea se apoderó de Ilya y ni tan solo el aire fresco de las calles nocturnas de Caen le aliviaron, por lo que en cuanto giró la primera esquina, no pudo controlar el vómito.

«Debo volver cuanto antes a Arkham y contarles a los demás que ha regresado», sin embargo, casi como si fuera una pesadilla recurrente, los encapuchados aparecieron a sus espaldas y se preguntó si sería capaz de huir de nuevo de aquel ser que parecía empeinado en perseguirlo.

Encuentro con lo antiguo

Como venía siendo costumbre tras la muerte de Helen, el grupo de investigación se reunía para poner en común alguno de los puntos que querían resolver para saber que era esa temida amenaza que acechaba en las sombras. En esta ocasión, el lugar había sido el despacho de Shadecraft, porque Shepherd, harto de esperarlo, había ido a buscarlo y se había quedado allí.

—¿Has avisado a Mario? —preguntó Shadecraft.

—Sí, pero no me ha respondido... Supongo que sabrá a donde ir.

Martin se encogió de hombros y le pasó un antiguo volumen a su compañero, tras lo que se frotó el rostro con ambas manos.

—¿Algo nuevo? —preguntó Mark.

El otro sacudió la cabeza antes de responder:

—Más de lo mismo. Creía que en este tomo contaba algo más, pero seguimos en el mismo callejón sin salida. —Cansado, explicó como si recitara un mantra—: A lo largo de la historia las máscaras han sido un símbolo de muchas cosas, y en ciertas culturas esparcidas por todo el mundo se han catalogado como representaciones del alma... e, incluso, se podría decir que algunos casos servían para controlar el alma de quien se la pusiera para cumplir algún tipo de cometido.

—Comprendo... —respondió distraído Shepherd con los grabados que había en el libro—. Seguimos igual.

—Sí, pero de este me llamó la atención que algunas imágenes coinciden con la descripción de mi tío, pero en el texto no se añade nueva información.

—¿Las imágenes son del propio libro o las han sacado de otro?

—Son de este y no hay referencia del origen de las imágenes, por lo que tardaríamos una eternidad en intentar averiguar de donde salieron.

Shepherd asintió y viendo a su amigo le dijo:

—Te veo cansado.

—Porque lo estoy... Después de todos estos años, sigo sin tener las respuestas que tanto anhelaba, ni tan solo cuando me esfuerzo al máximo, he logrado sacar nada en claro de todo esto —confesó señalando a los montones de papeles, documentos y libros que tenía sobre su mesa—. Cada vez que me acerco

a algo, tengo la impresión de que chocó con un muro invisible que me impide seguir adelante.

Shepherd cerró el libro.

—Piensa que, para bien o para mal, esto acabará dentro de poco.

—Si te digo la verdad me importa más bien poco si es de un modo o de otro.

Estoy tan cansado de todo este asunto que quiero acabar de una vez por todas.

Mark miró a su compañero, examinó su rostro que, aún siendo más joven que él, cargaba unas oscuras ojeras y en sus ojos faltaba un brillo de aquella juventud perdida años atrás al descubrir ese gran secreto que se había ocultado de todos y de todo.

Antes de que Shepherd pudiera darle palabras de ánimo, la puerta del despacho se abrió de repente y de par en par, al principio creyeron que se trataba de un alumno maleducado, pero en su lugar apareció Mario Martínez cargando una gruesa carpeta que estampó sobre la mesa, haciendo que algunas hojas volaran por los aires.

—¡Lo tenemos! —exclamó, eufórico.

Shepherd dirigió la mirada a Shadecraft y dijo:

—Ves, no todo son malas noticias.

Ajeno al origen del comentario de Mark, Mario Martínez no parecía preocuparse realmente de él, ya que lo que traía era más interesante e importante que cualquier broma que pudieran hacer sus compañeros.

—He dado en el clavo —dijo—. Aquel fragmento del diario de Napoleón ha sido todo un filón. Fue algo que me llamó la atención y me centré en investigarlo, no tanto para comprobar su validez, sino para comprender lo que podría significar. Si es cierto que a uno de los seres a los que nos enfrentamos es inmortal, lo lógico es que, si estuvo cerca de Napoleón, también lo estuviera de otros círculos de poder a lo largo de la historia. Así que me puse a repasar las memorias que había disponibles de grandes personajes de la historia, ya sabéis, lo que se conoce como estadistas, es decir, militares, políticos, reyes y emperadores.

—¿Y? —lo interrogó Shepherd, ansioso.

—Tengo, al menos, una veintena de descripciones del mismo personaje, elegante, de cabello castaño, un extraño brillo en los ojos y una sonrisa socarrona en memorias que van de Enrique IV a Adolf Hitler, pasando por personajes tan dispares como la Reina Victoria o Bolívar. Siempre hay cerca de ellos un personaje

con esa descripción que juega un papel de consejero en las sombras. —Mientras hablaba iba extrayendo de la carpeta decenas de hojas fotocopiadas de viejos documentos en los que estaba subrayado el nombre y descripción del que ellos conocieron como el guardián del libro—. Y, por si esto fuera poco, he conseguido fotografías. Si podríamos considerar que los retratos y las pinturas lo dejan en la duda razonable, que me decís de esto... —Del interior de la carpeta sacó reproducciones de antiguas fotografías, de daguerrotipos, que iban de la invención de la fotografía hasta bien entrado el siglo xx—. Aquí lo vemos junto a Napoleón III, después en la corte de la Reina Victoria, pero también con el zar Nicolás, después con Lenin, pero también con Hitler, Mussolini y Franco, y con Churchill, incluso con Mao o con JFK, y... y...

Shepherd detuvo a su compañero que estaba completamente abstraído en aquella investigación, cortó su discurso y lo obligó a sentarse en una de las sillas vacías del despacho de Shadecraft. Después tomó el pliego de fotografías y las repasó con cuidado y con la máxima objetividad, pero tuvo que rendirse a la evidencia.

—Tiene razón —dijo pasándoselas a Shadecraft, que lo corroboró.

Más tranquilo, Mario miró a sus compañeros.

—Ha estado en todas partes, siempre cercano a los centros de poder, cambiando de chaqueta cuando le era necesario, pero siempre allí...

—Lo vemos, Mario, lo vemos, es innegable, has hecho un trabajo sublime —dijo con sinceridad Shepherd, impresionado por lo que había logrado sacar de los archivos de medio mundo en tan poco tiempo.

—Sin embargo, aunque confirma lo que sospechábamos, también es cierto que esto no nos permite dar nuevos pasos —afirmó Shadecraft dejándose caer de nuevo en su silla—. Seguimos en blanco sin saber para que servía la máscara de mi tío o si ha habido más.

—¿No hay registros? —preguntó Mario.

—Sí, demasiados, hay exceso de máscaras en la historia y ninguno que especifique algo tan concreto como la descripción de mi tío, tanto del aspecto de la máscara como de sus poderes —explicó Shadecraft.

—Además, el libro sigue en paradero desconocido y no hemos localizado ningún templo en Francia que pueda albergar un rito parecido al que presenciamos —añadió Shepherd.

—¿E Ilya? ¿Sabemos algo de él? —preguntó Martínez.

—Sigue en Normandía, pero no nos ha dicho nada —respondió Mark—, supongo que en cuanto encuentre algo interesante nos lo dirá.

Mario soltó un soplido de decepción.

—Por eso mismo te pido que te calmes, ya que debemos mantener la cabeza fría antes de poder avanzar. Además, se acerca el verano y el final de curso, así que tampoco debemos arriesgarnos a parecer distraídos frente a nuestros alumnos y la junta de la universidad, si no, no podremos seguir con nuestras investigaciones extracurriculares.

Martínez asintió y le dio la razón a Shepherd, que continuó hablando mientras miraba el reloj.

—Creo que ya es hora de que salgamos de aquí, que nos tomemos unas copas y nos vayamos a casa, mañana será otro día.

Ninguno de los dos replicó y solo cinco minutos después, dejando todo el papeleo relacionado con su investigación sobre la mesa de Shadecraft, los tres salían de la universidad con rumbo a uno de los numerosos *pubs* que rodeaban el campus.

Después de una sesión de copas que se había alargado más de la cuenta y que había obligado a Shepherd y a Martínez a acompañar al joven Shadecraft hasta su casa, Mark regresaba por las silenciosas calles de Arkham pasadas las dos de la madrugada y con la cabeza que le daba más tumbos de lo esperado.

«Debes ir con cuidado, Mark», se reprendió, aunque en su fuero interno también era consciente de que el más joven del grupo necesitaba aquello, el dolor por la pérdida de su tío y lo que habían presenciado años atrás lo había dejado más tocado de lo que parecía, por lo que, al mínimo fracaso en aquella investigación, todo el mundo se le desmoronaba encima. «A pesar de todo, era necesario», concluyó justo cuando llegaba al portal de la finca en la que tenía su piso. Cruzó el vestíbulo, se metió en el ascensor y pulsó el botón del quinto piso. Mientras el zumbido del motor del ascensor lo adormecía, Shepherd dejó que su mente vagara entre los miles de imágenes que corrían por su mente. Pulpos gigantes, hombres inmortales, templos antiguos... Todo se entremezclaba en un

batiburrillo sin sentido... no muy lejano a la realidad a la que parecía que se estuvieran enfrentando.

Un pitido le anunció que había llegado a su destino, las puertas se abrieron, cruzó el rellano y abrió la puerta de su piso. El olor a la familiaridad lo acogió, cerró la puerta tras él y fue deshaciéndose de las cosas a medida que se acercaba a su dormitorio.

«Cerraré un rato los ojos y después lo ordenaré todo antes de meterme en la cama en serio», se dijo, aunque sabía que aquello era una de las mayores mentiras que se podía contar, ya que, con total seguridad, se quedaría dormido hasta que su despertador le anunciara que había empezado un nuevo día. Pero no fue así, aunque había quedado rendido en los brazos de Morfeo con una facilidad pasmosa, no fue el despertador que tenía siempre programado a las siete de la mañana lo que lo despertó, sino el timbre de su teléfono que lo sobresaltó de tal modo que casi cae de la cama.

En un acto reflejo miró el reloj de la mesilla de noche y se dio cuenta de que no eran ni las cuatro, por lo que, mientras refunfuñaba por esa llamada intempestiva, se levantó para ir a cogerlo.

—Sí, diga... —dijo sin estar despierto del todo.

—Mark, debéis venir cuanto antes —dijo una voz pastosa al otro lado, como si fuera de alguien que también estuviera durmiendo.

—¿Ilya, eres tú? —preguntó Shepherd intentando reconocer a su compañero.

—Debemos reunirnos en Francia, Mark —dijo la voz, que ahora Shepherd sí reconoció como la de su amigo, haciendo caso omiso a la pregunta de su interlocutor.

—¿Estás bien, Ilya? Suenas extraño.

El silencio se apoderó de la línea durante unos instantes.

—He resuelto muchas de las dudas que teníamos, pero no me atrevo a decírtelas por teléfono —siguió la voz casi como si fuera un discurso preparado o, peor aún, grabado—. Debéis venir, nos reuniremos en un lugar seguro no muy lejos de dónde me encuentro y lo comprenderéis todo.

—¿De verdad, has encontrado el templo?

—Sí —respondió por primera vez la voz.

—¿Has hallado el libro?

—Sí.

—Eso es genial, Ilya...

—Pero todavía hay más —lo interrumpió su amigo—, os esperaré en un lugar seguro y os contaré todo lo que he descubierto.

—Está bien, dime dónde quieres que nos encontremos y se lo diré a los demás.

Sin apenas darle tiempo a reaccionar, Vasilikov le soltó una retahíla de números que, sin lugar a dudas, eran las coordenadas de una ubicación, y, antes de que Mark pudiera despedirse, cortó la comunicación. Sorprendido, Shepherd observó el teléfono y le resultó un tanto extraño el comportamiento del ruso, pero si era cierto que había descubierto todo aquello, era normal que se comportara de forma extraña... seguro que se había acercado más de lo que Mark podía imaginar.

Sin esperar ni un segundo, llamó a Mario que respondió con la misma voz resaca que tenía él y casi lo manda a la mierda, pero en cuanto lo puso al día de las novedades, fue como si el efecto del alcohol desapareciera de su cuerpo y estuviera listo para partir.

—Voy a llamar a Martin.

—Dudo que responda —dijo Mario.

—Lo intentaré, por si acaso, prepárate y nos reuniremos en su casa dentro de una hora.

—¿Pretendes salir esta misma noche?

—Iremos al aeropuerto y cogeremos el primer vuelo que salga hacia Europa, después ya nos apañaremos con un coche.

Sorprendido por la decisión de su amigo, Mario acató las órdenes y se despidió de Mark, que, de inmediato, llamó a Martin que, como bien había supuesto Martínez, no respondió. Con rápidos movimientos, dejó el teléfono a un lado, preparó una pequeña bolsa de viaje y salió de su piso con la misma ropa con la que había entrado apenas unas horas antes.

Llegó al portal del edificio en el que vivía Shadecraft un poco antes de la hora en la que había quedado con Mario, pero este ya lo esperaba allí.

—¿No ha cogido el teléfono?

Mark respondió sacudiendo la cabeza y, decidido, apretó con todas sus fuerzas el timbre de la entrada. Al principio no respondió nadie, pero cuando Mark insistió una voz cabreada sonó por el telefonillo.

—¿Qué coño quieres?

—¡Martin! Somos nosotros, prepara una bolsa, nos vamos a Francia —vociferó Shepherd.

Shadecraft no dijo nada, seguramente estaba procesando la información.

—¿Qué dices, Mark? ¿A Francia, a estas horas?

—Sí y deja de hacer preguntas, ya te lo contaré por el camino.

Martin no respondió y se oyó el sonido del telefonillo colgándose.

—¿Crees que bajará? —preguntó Mario.

—Por la cuenta que le trae, sí —dijo Shepherd.

Mientras esperaban a que el joven Shadecraft cogiera sus cosas y apareciera por el portal, Mario miró a su compañero.

—¿Ya sabes dónde señalan esas coordenadas? —le preguntó.

—Todavía no, pero Ilya ha dicho que debemos reunirnos con él en Francia, así que, de momento, tenemos...

—Yo sí que lo sé —lo interrumpió Mario.

—Ah, ¿sí? ¿Y dónde se encuentra el lugar?

—Es un punto indefinido en mitad de la nada de los bosques de la Baja Normandía, no muy lejos de Sainte-Mère-Église, cerca de la costa.

Mark asintió y, en ese preciso instante, Shadecraft apareció por el portal con la espalda curvada y cara de muy pocos amigos.

—Me encuentro fatal —se quejó.

—Ya te recuperarás en el avión, nos vamos.

Y, sin más ceremonias, el trío de historiadores llamó a un taxi que los condujo al aeropuerto, donde, tal como había dicho Shepherd, compraron tres billetes para el primer vuelo a Europa, concretamente a Bruselas. Aunque embarcaron cansados, el largo vuelo transatlántico que sería pesado para cualquiera otro ser humano, ellos lo agradecieron porque pudieron dormir a pierna suelta, pasar la resaca y descansar antes de aterrizar.

Un pequeño utilitario recorría las autopistas de Normandía a la máxima velocidad permitida, del mismo modo que había hecho desde que sus tres ocupantes lo habían alquilado en el aeropuerto de Bruselas, recorriendo centenares de kilómetros en pos de una localización, en apariencia, inaccesible por carretera.

—Ilya podría haber elegido otro lugar de reunión, ¿no? —protestó Martin, cuya resaca ya era historia, aunque el mal humor no lo había abandonado.

—Supongo que debe ser más seguro reunirnos en un lugar apartado que en una cafetería del centro de Caen o de Bayeux—respondió Shepherd.

—O puede que haya algo allí que quiera enseñarnos —apuntó Mario.

Shadecraft tuvo que contentarse con esa respuesta y aceptar que todavía quedaba un rato para llegar. Sin embargo, no tardaron en abandonar la autopista de Normandía para adentrarse en carreteras secundarias que parecían conducir a cualquier lugar menos a la civilización. En el horizonte se veían casas y granjas esparcidas aquí y allí, mientras el coche avanzaba por caminos asfaltados, pero sin ni tan siquiera líneas que delimitaran los dos sentidos de la marcha. Cuando quisieron darse cuenta, las extensiones de verde fueron sustituidas por un frondoso bosque a través del cual no se veía nada más que altas copas de árboles hasta donde abarcaba la vista. Fue entonces, poco después del abrupto cambio de paisaje, cuando el GPS del coche anunció que debían girar a la derecha por un camino de tierra.

Mario, que conducía, detuvo el coche a un lado de la carretera.

—Este cochecito no soportará este camino.

—¿Cuánto falta? —preguntó Shepherd a la vez que miraba el GPS y él mismo respondió—: Poco más de cuatro kilómetros, y parece que el tramo final ni tan siquiera hay camino para coches. —Hizo una pausa y mirando a sus compañeros propuso—: Podemos hacerlo a pie.

Aunque Shadecraft arrugó la nariz y Mario no parecía muy contento, ambos tuvieron que admitir que era la opción más razonable. Así que el conductor se introdujo en ese camino de tierra y detuvo el coche a un lado, dejando espacio para no molestar a otros vehículos más atrevidos. Sin coger nada del equipaje que llevaban en el maletero, bajaron y se encaminaron por el camino guiados por el GPS del teléfono de Mario.

Como era de esperar, el trayecto, aunque hubiera sido tranquilo y agradable en otra situación, en esa se hizo abrupto y complicado, ya que, en ocasiones, el camino desaparecía tras unos árboles, y ellos solo se atrevían a seguir la línea recta que les marcaba el GPS. Sin embargo, más o menos una hora más tarde, el frondoso bosque en el que se habían adentrado se abrió por completo y dejó a la vista un pequeño claro... pero no era un claro cualquiera. En el centro había un

enorme bloque de cemento armado, por cuyas paredes habían subido las enredaderas y el musgo, y aunque había perdido una parte del techo, seguía imponiendo tanto como lo había hecho durante la Segunda Guerra Mundial.

—Es un búnker, ¿no? —preguntó Shadecraft.

—No, es el búnker —lo corrigió Martínez que en cuanto había visto aquella edificación militar había reconocido lo que su abuelo había relatado cuando hablaba de sus años en el ejército.

—¿Quieres decir que...? —Quiso preguntar Shepherd, pero Mario lo interrumpió antes de que pudiera acabar.

—Claro que es el que visitó mi abuelo hace casi ochenta años —dijo con convicción—. Todo gira alrededor de los sucesos que hemos investigado, por lo que hallarnos ahora aquí no debería sorprendernos demasiado.

—Tienes toda la razón... —dijo Shepherd—. Pero lo que sí que deberíamos preguntarnos es cómo ha llegado Ilya hasta aquí.

Antes de que cualquiera de los otros se atreviera a contestar, el sonido de unos aplausos resonó en el claro, aunque se quedaron atónitos y sintieron como un escalofrío recorría sus columnas vertebrales, en seguida comprendieron que el origen estaba en el interior del búnker. Intercambiaron miradas de sorpresa, pero no tuvieron que esperar demasiado para descubrir quien era el que estaba aplaudiendo, por un segundo desearon que fuera Ilya gastándoles una broma, pero del interior del búnker apareció alguien que conocían más de lo que desearían. Con su peinado perfecto, aquel brillo en los ojos, la sonrisa socarrona y ataviado con un elegante traje de sport de tonos verdosos, frente a ellos estaba el guardián del libro, el mismo hombre —o ser— que habían visto desaparecer por el agujero hacia la otra dimensión que había abierto en el subsuelo de Arkham.

—No esperaba menos de vosotros, queridos amigos —dijo acercándose—. Aunque tenéis que admitir que os he ayudado un poco con las coordenadas.

—¿Pero no fue Ilya el que...?

Una carcajada detuvo la pregunta de Mario.

—Todo era una trampa —dijo Shepherd descubriendo que aquel hombre le había tomado el pelo.

—¿Dónde está Ilya? —preguntó Shadecraft.

—Pronto os reuniréis con él, pero antes, permitidme que me presente, la otra ocasión no tuvimos tiempo de hacerlo formalmente... —Hizo una pausa

medida, casi teatral, y dijo—: Podéis llamarme Shogorr'e, ya que es lo más parecido a la realidad que vosotros podéis pronunciar con vuestros pobres cuerpos mortales.

Los otros no respondieron, no estaban para reuniones sociales y menos con ese ser, pero este parecía sentirse cómodo y continuó hablando.

—Debo admitir que me sorprendió cómo actuasteis en el pasado, no esperaba que un grupo como el vuestro fuera capaz de librarse de nosotros, fue por eso por lo que fallé... Pero esta vez he sido más meticuloso con mi plan, ahora sólo sois tres y no tenéis a donde ir y no sabéis cual es mi siguiente paso, por lo que voy muy por delante de vosotros. —Soltó una carcajada grave, que resonó en el claro del bosque.

Shadecraft, Shepherd y Martínez no habían dejado de intercambiar miradas incómodas, como si ninguno de ellos se atreviera a dar el primer paso para salir de allí. Pero en ese momento, los tres comprendieron que debían poner pies en polvorosa si querían lograr algo. Por lo que, casi de forma coordinada, los tres historiadores arrancaron a correr en la dirección por la que habían llegado al claro, pero antes de que pudieran alejarse unos metros de Shogorr'e, de entre los árboles aparecieron decenas de acólitos, algunos con forma humana, otros encapuchados y otros convertidos en aquellos extraños seres que ya los habían acompañado en una ocasión.

—Como he dicho, voy por delante de vosotros, por lo que no tenéis escapatoria —dijo aquel ser con forma de hombre.

Los historiadores, sintiéndose acorralados, trataron de correr en otra dirección, pero de entre la maleza aparecieron más acólitos.

—Y como veo que no queréis mantener una conversación civilizada y yo tengo mucho que hacer, creo que ha llegado el momento de terminar con esto —dijo a la vez que chasqueaba los dedos en el aire.

Martin, Mark y Mario apenas tuvieron tiempo de escuchar el chasquido, ya que los acólitos se abalanzaron sobre ellos, los agarraron con fuerza y los noquearon al primer golpe. Al fin y al cabo, solo eran ratones de biblioteca.

El primero en recuperar el sentido fue Shadecraft. La cabeza le daba tumbos y no sabía donde se encontraba. Era un lugar oscuro solo iluminado por la

tambaleante luz del fuego. Parpadeó para centrar su mente y vio que eran antorchas sostenidas por los acólitos. Masculló algo para sus adentros y miró a su alrededor. A su lado estaban Shepherd y Martínez, aún inconscientes, así como varios acólitos más que los custodiaban. A medida que su visión se acostumbraba a la poca luz, pudo ver que había decenas, sino centenares de aquellos seres, y sus túnicas ocupaban cada centímetro de lo que parecía ser algún tipo de templo o iglesia, ya que al mirar hacia arriba vio una cúpula redonda a varios metros de altura.

«No vamos a salir de esta», pensó un instante antes de oír como sus compañeros gruñían a la vez que se despertaban.

Al igual que él lo había hecho escasos segundos antes, los dos historiadores miraron a su alrededor, intentando ubicarse.

—¿Dónde estamos? —preguntó Shadecraft en cuanto vio que tanto Shepherd como Martínez centraba su atención en él.

Shepherd se encogió de hombros, pero Martínez se fijó en los detalles del lugar en el que estaban. Bajo la descomunal cúpula, ellos estaban situados en un nivel inferior a un balconada circular repleta de acólitos, sustentada por una columnata; pero lo que enseguida le llamó la atención fue un gran sarcófago, una tumba situaba en el centro del círculo, inmediatamente debajo de la cúpula. Se trataba de un descomunal objeto esculpido en un bloque de cuarzo rojo y situado sobre otro de granito verde. No tardó en atar cabos y ubicarse en el espacio.

—Creo que estamos en París... —dijo más seguro de lo que aparentaba su voz.

—¿París? ¿En qué te basas? —lo interrogó Shepherd.

—¿Veis la tumba? —les preguntó a sus compañeros.

—Sí, claro... —respondió distraídamente Martin.

—Es la tumba de Napoleón —reveló Mario.

Shepherd y Shadecraft lo observaron.

—¿Estás seguro? —preguntó el primero.

Pero antes de que pudiera responder, Martínez se vio interrumpido por un rumor entre los acólitos. Era como un clamor, pero emitido con gruñidos, desde lo más profundo de sus cuerpos. Uno de los grupos de acólitos se hizo a un lado y, entre ellos, apareció un encapuchado, pero este no llevaba una túnica de tela

marrón basta, sino de una más brillante, de un tono verde iridiscente... solo podía tratarse de Shogorr'e.

El guardián recorrió aquel círculo mientras dos acólitos lo seguían de cerca cargando unos bultos, siendo aclamado de aquella manera tan peculiar e incómoda para un ser humano corriente.

Los tres historiadores observaron la escena, casi como si fueran meros espectadores, aunque eran muy conscientes de que, en realidad, eran protagonistas de lo que estaba teniendo lugar bajo la cúpula de los Inválidos de París.

—Claro que está en lo cierto —dijo Shogorr'e cuando se detuvo frente a ellos tras el paseo triunfal entre sus acólitos—. Estamos en París, en la tumba de uno de mis viejos socios... que desafortunadamente dejó de confiar en mí y cayó en desgracia. Cuan sorprendente es lo habitual que es en vuestra especie el hecho de olvidar a aquellos que os ayudan a triunfar. —Y, señalando a la tumba, añadió—: Pero se debe pagar por las deudas, ¿no?

Una carcajada salió de su cuerpo que él mismo cortó de repente, como si formara parte de un espectáculo o un monólogo.

—Pero no es momento de hablar del pasado, sino del futuro, el magnífico futuro que le espera a este universo con la llegada de los auténticos dioses —anunció casi a bombo y platillo, y los acólitos respondieron con el mismo clamor gutural de antes. Shogorr'e, jactándose de su éxito, se acercó un poco más a los tres hombres y dijo—: Pero esta fiesta no estaría completa si no estuvieran todos los invitados reunidos, ¿no creéis?

Chasqueó los dedos ante la interrogativa mirada de Shepherd y los demás, y los dos acólitos que lo habían seguido cargando aquellos bultos los soltaron a sus pies. Al caer al suelo, ambos quedaron al descubierto y los tres historiadores tuvieron que contener una náusea, por lo que vieron y por lo inesperado que fue aquella visión. Uno de los bultos era el cadáver de Helen Towers que ya empezaba a descomponerse, no hizo falta ninguna explicación para comprender que lo habían desenterrado de forma burda porque su ropa oscura estaba manchada de barro. El otro era el cuerpo sin vida del malogrado Ilya Vasilikov, cuya cabeza se había separado del cuerpo pero que aún conservaba la expresión de terror de cuando había sido capturado y ejecutado.

—Así es, caballeros, el pobre Vasilikov no consiguió eludir nuestra garra, no como en la anterior ocasión que estuvo a mi alcance —dijo con aquella característica sonrisa socarrona mientras que Shepherd y los otros lo observaban frunciendo el ceño—. No hace falta que sigáis exprimiéndoos el cerebro, la voz que oíste no era la suya, no podía hablar, pero debéis recordar que no soy un triste y pobre ser humano.

—¿Por qué no acabas también con nosotros? —espetó Shadecraft.

Shogorr'e se giró y se acercó a él.

—Muy sencillo, querido amigo, porque vosotros seréis los primeros sacrificios que recibirán los dioses... por nuestro pasado en común debía reservaros ese honor.

Sin esperar una réplica por parte de ninguno de los tres, el guardián se alejó de ellos, dejando de cualquier manera los cuerpos de las dos víctimas junto a sus amigos. Shogorr'e dio la espalda a sus invitados y se situó en el círculo central de la tumba, mientras un acólito apareció cargando el terrible libro que había condenado a Helen Towers. Se lo entregó a su señor que no tardó ni un instante en abrirlo y empezar a recitar palabras en aquel perturbador idioma. De repente, un crujido resonó bajo la cúpula, que enseguida fue seguido por otro. Shepherd, Martínez y Shadecraft intercambiaron miradas atónitas, pero antes de que pudieran preguntarse el origen de aquellos crujidos, vieron como el sarcófago de Napoleón se agrietaba sin que nadie lo hubiese tocado y se rompía en miles de pedazos que se esparcieron por el suelo, dejando al descubierto el cuerpo del antiguo emperador francés. Shogorr'e se acercó a él y, con el pie, descubrió el cuerpo que estaba envuelto en una fina tela de lino. Al verlo, sonrió y, después, lo empujó para que cayera no muy lejos de los de Helen e Ilya.

Los tres historiadores pudieron ver como lo que ahora era un esqueleto vestido con harapos, tenía el rostro cubierto, y no por una máscara mortuoria, sino por algo que ellos mismos no habían conseguido averiguar.

—Es casi igual a la que mi tío describió —dijo Shadecraft sorprendido sin poder apartar la mirada del rostro cubierto de Napoleón.

Pero no hubo tiempo para dedicar a una conversación sobre aquel inesperado descubrimiento, ya que Shogorr'e prosiguió con la lectura del libro y todo los presentes pudieron sentir como el suelo empezaba a temblar, produciendo una vibración y un ruido que incluso obligó al maestro de

ceremonias a levantar la voz hasta el extremo de gritar los pasajes del libro. Estaba claro que, en aquella ocasión, no estaba jugando tranquilo, no había espacio para medias tintas, Shogorr'e estaba poniendo toda la carne en el asador para que la llegada de sus dioses fuera a lo grande y definitiva. Sin comprender lo que estaba diciendo, entendieron a la perfección que el ritual estaba alcanzando su cénit cuando, por sorpresa de todos, la losa de granito verde que hasta entonces había sostenido la tumba de Napoleón, se rompió y, de la tierra, emergió un grueso y luminoso rayo de energía verde que se proyectó hasta la cúpula. La textura de aquel rayo se percibía más densa que una simple emanación de luz, sino que estaba a medio camino de una lámpara de lava de los sesenta y los borboteos de una sopa espesa. Con los ojos abiertos como platos, los tres hombres se quedaron aún más atónitos —si es que acaso era posible— cuando el rayo, en lugar de detenerse en la cúpula y abrir un portal como había sucedido en la anterior ocasión, se estrelló contra el techo que lo retuvo durante unos instantes, hasta que explotó, destrozando uno de los iconos más reconocibles de París.

Desde el exterior, aunque era de noche, en una ciudad como aquella que nunca duerme, fueron muchos los que pudieron ver cómo la cúpula volaba en mil pedazos y de su interior emergía aquel extraño rayo de energía. Fueron también muchos los que sacaron sus teléfonos y empezaron a sacar fotos y vídeos de lo que sucedía en el corazón de París, aunque ninguno de ellos lo comprendía.

El rayo se abrió paso hacia el cielo y cuando superó la altura de los edificios más altos de la ciudad, fue como si golpeará con una cúpula, ya que la energía, en lugar de seguir emergiendo, se esparció por el cielo, cubriéndolo con una enorme e irregular mancha de energía.

Desde el interior de los Inválidos, los tres historiadores vieron como sucedía todo aquello, ensordecidos por el extraño zumbido que provocaba aquel rayo, sobre el que apenas se podía oír la voz de Shogorr'e, pero que por ello había cesado de recitar los pasajes del libro que sostenía con sus manos. Súbitamente, en el centro de la mancha de energía, justo donde impactaba el rayo que emergía de la tierra, se formó un círculo casi perfecto de color negro que, rápidamente, se extendió por toda la superficie, haciendo que solo los bordes mantuvieron aquel fulgor verdoso. En cuanto el portal estuvo abierto, porque aquello sí que era muy parecido a lo que habían visto los ojos de los historiadores bajo el suelo de

Arkham seis años atrás, el rayo se encogió hasta desaparecer y el suelo dejó de vibrar, como si para abrir aquel inmenso portal hubiera hecho falta la energía del propio corazón de la tierra.

Fue entonces cuando Shogorr'e detuvo su cántico y miró a sus tres invitados.
—Preparaos, están a punto de llegar.

En su rostro se podía leer el triunfo, y tras restregarles por la cara su éxito, volvió a mirar al libro y prosiguió con su lectura, pero esta vez el tono que usó se asemejaba más al de un cortejo, como si quisiera seducir a alguien... y no tardó en hacerlo.

Del interior del portal emergieron varios tentáculos gigantesco que se contornearon para agarrarse al borde luminoso y empezar a salir de allí donde estaban contenidos. Eran tan grandes y largos que en seguida empezaron a palpar con torpeza los tejados de la ciudad e, incluso, hubo uno que se enrolló a la Torre Eiffel, cuyo metal crujió bajo el peso y la fuerza de aquella extremidad.

Lo que surgió a continuación fue tan inesperado que todo el que lo vio simplemente se quedó allá donde estuviera, consternado por aquella visión inconmensurable que se cernía sobre París, el Mundo y el Universo. Una cabeza con forma de pulpo, de la que salían los tentáculos, surgió seguida por la parte superior de un cuerpo abotargado de dragón humanizado. Era el vivo reflejo de las imágenes que habían descubierto Shepherd, Shadecraft, Martínez, Towers y Vasilikov durante su investigación. El que había en el templo de la montaña del tío de Martin, el del desierto de Monument Valley, en el pomo del bastón del guardián... Era el mismo que tantas veces habían visto y que, por primera vez, comprendían la envergadura y su posible poder.

Los tres historiadores que aún seguían vivos —así como muchos otros espectadores del exterior de los Inválidos— soltaron la maldición más rimbombante que salió de sus mentes, una de esas solo reservada para las grandes ocasiones, y esa era una de ellas.

A esas alturas, a pesar de que el ritual había empezado hacía solo unos minutos y el gran monstruo acababa de aparecer, todo el mundo estaba conectado a las pantallas pendientes de los sucesos que estaban teniendo lugar en la capital francesa. Muchos decían que era un bulo que se estaba extendiendo y que surgía de una campaña comercial, pero más eran los testimonios directos que contaban, para todo el mundo, lo que estaba ocurriendo en aquellos precisos

instantes. El mundo entero se debatía entre creerse aquella nueva guerra de los mundos o no.

A los que no les hacía falta escuchar a los líderes de opinión eran los tres historiadores que permanecían sentados en el suelo de los Inválidos, acompañados por tres cadáveres y centenares de acólitos que, ensimismados, miraban distraídamente hacia el cielo. Ellos tres también lo hacían, sobre todo porque aquel era un palco exclusivo de lo que, literalmente se abalanzaba sobre el mundo, ya que desde allí podían comprobar incluso la textura de la piel de aquel inmenso ser o el color de sus ojos que se distinguían entre los tentáculos de su cabeza.

Aunque apenas eran capaces de apartar la mirada de aquella criatura de dimensiones titánicas, de vez en cuando intercambiaban miradas, como si quisieran corroborar de que los tres estaban despiertos y que aquello no era una horrible pesadilla. En su fuero interno sentían como se debatían entre permanecer quietos, a la expectativa, o si atreverse a moverse, a hacer algo, como había sucedido en las cloacas de Arkham. A pesar del tiempo que había pasado desde entonces, seguían siendo historiadores, estudiosos, pensadores, ratones de biblioteca, por lo que la acción no era lo suyo. Incluso ahora, Shadecraft seguía preguntándose cómo había sido capaz de hacer lo que había hecho cuando se enfrentaron al otro portal.

Shogorr'e seguía recitando los enigmáticos y perturbadores textos de aquel libro maldito, sus acólitos gruñían, gorjeaban y emitían una retahíla de sonidos guturales indescifrables mientras alzaban las miradas y se balanceaban de adelante atrás siguiendo algún tipo de mantra. Mientras que aquel monstruo ya asomaba los hombros por el portal, así como las garras que palpaban los límites de aquel inmenso portal que parecía haberse quedado pequeño para él.

Sin saber por qué, llevado por un impulso como el que movió a Shadecraft años atrás, Shepherd dejó de mirar al cielo y se dirigió a sus compañeros.

—Tengo una idea.

Los otros lo miraron sorprendidos, pero no dudaron de su palabra, ya que no estaban en una situación en la que se pudiera debatir como en un congreso, así que lo interrogaron con la mirada a la espera de que les dijera qué debían hacer.

—Debo abrirme paso hasta una de esas antorchas —susurró procurando que solo Shadecraft y Martínez lo escucharan—. Necesito que distraigas a estos seres que nos custodian.

—¿Distraerlos? —preguntó Martínez.

Shepherd asintió.

Martin y Mario intercambiaron un par de miradas y, después, se encogieron de hombros, el futuro se veía demasiado oscuro para pararse a pensar en ser precavido. Así que, sin apenas darle tiempo a Shepherd para prepararse, sus dos compañeros se levantaron de un salto y se abalanzaron sobre los acólitos que tenían más cerca, lanzando puñetazos y puntapiés. El pequeño altercado se acrecentó cuando ambos historiadores dejaron correr todo el ímpetu que habían contenido en sus modos de vida civilizados, logrando derribar a más de uno de sus enemigos.

Aprovechando la distracción, Shepherd se escurrió del lugar y corrió por el espacio que tenía libre hasta arrebatarse la antorcha a uno de los acólitos que seguía distraído con la imagen terroríficamente divina que había sobre ellos. Sin detenerse ni un segundo, giró sobre sí mismo y corrió hacia Shogorr'e, que seguía concentrado en el ritual que estaba acometiendo y que no llegaría al final hasta que la criatura entrara por completo en nuestro mundo. Shepherd jamás supo si el guardián lo vio venir, pero está claro que no pudo hacer nada para detenerlo cuando le clavó la antorcha en el pecho y, de paso, prendió fuego al libro que sostenía.

En un primer momento no sucedió nada, incluso el mismo Shogorr'e bajó su sorprendida mirada para observar el lugar en el que el fuego quemaba lentamente, pero, un instante después, cuando las llamas se extendieron fácilmente por su túnica, su cuerpo y el libro, emitió un agudo y horrible chillido que no era humano. Tanto él como el objeto que condenó a Helen Towers ardieron como si estuvieran impregnados en combustible, mientras que los acólitos dejaron de cantar y dirigieron sus miradas a aquel hombre que, literalmente, se estaba consumiendo en las llamas del infierno.

Todo lo que ocurrió a continuación sucedió en apenas unos segundos. En cuanto el cuerpo del guardián cayó al suelo convertido en cenizas y el libro se quemó hasta desaparecer, el portal del cielo se cerró abruptamente, sin encontrar resistencia en el cuerpo del gigante que lo estaba cruzando, más bien todo lo

contrario ya que lo decapitó como si su cuerpo fuera de mantequilla. Su gran cabeza repleta de tentáculos que soltaba una lluvia de lo que parecía sangre verdosa y llena de grumos, cayó desde el cielo, que volvía a tener su aspecto normal, y se quedó clavada como una aceituna en la Torre Eiffel. Los últimos en desaparecer fueron los acólitos en cuanto se extinguió el último eco del chillido de Shogorr'e, momento en el que sus cuerpos se desvanecieron en el aire en pequeñísimas moléculas de polvo. Dejando a Shepherd de pie en el centro de la tumba de Napoleón y a Martínez y Shadecraft tumbados por el suelo cubiertos por aquel polvo.

Los tres hombres se miraron, observaron lo poco que quedaba del guardián y después al cielo y no pudieron reprimir una carcajada.

—¡Joder! —exclamó Martínez en castellano, así como lo había aprendido de sus abuelos paternos.

—¿Qué narices ha ocurrido? —preguntó Shadecraft mientras se levantaba y se sacudía la ropa.

Shepherd se acercó a ellos y con una sonrisa socarrona no pudo evitar responder:

—Nada del otro mundo, solo que me los he cargado a todos.

Sin poder contenerse, abrazó a ambos colegas, mientras Martin le preguntaba:

—Pero ¿cómo has sabido que funcionaría?

Shepherd se encogió de hombros con sinceridad.

—Lo cierto es que me he acordado del monje que se suicidó en España y las llamas que lo envolvieron... ¿y si ese era su punto débil?

—Bien visto —apuntó Martínez.

—¿Y si no hubiera surtido efecto? —lo interrogó Shadecraft.

—No lo he pensado, pero sí que he visto que ya estábamos condenados, ¿no?

Los otros dos le dieron la razón alzando las cejas.

Tras ese instante de alegría, se percataron de la presencia de los tres cadáveres. El de Napoleón daba grima, pero los otros dos les dolía verlos así. Sin saber de donde sacaron las fuerzas, cogieron los cuerpos y los dispusieron con cariño en un lugar plano y los cubrieron con la túnica de un acólito que había cerca.

—¿Creéis que volverán a intentarlo? —preguntó Shadecraft mientras cubría el rostro compungido de Vasilikov.

Los otros lo miraron y se incorporaron a su lado. Sabían que no tenían a donde ir —sus cosas seguían en el pequeño utilitario en Normandía— y estaban a la espera de que las autoridades de medio mundo hicieran acto de presencia y les pidieran explicaciones, por lo que tenían todo el tiempo del mundo para dar la respuesta más acertada a aquella pregunta que a ellos también les preocupaba. Finalmente, después de unos segundos en los que los tres hombres se miraron fijamente a los ojos, fue Shepherd el que respondió:

—No lo tengo muy claro, pero estoy seguro de que, después de lo de hoy, se lo pensarán muy bien antes de regresar.

Aquellas palabras aliviaron lo suficiente el ánimo del joven Shadecraft en cuyo rostro, después de mucho tiempo, se podía discernir una sonrisa sincera, que ni tan siquiera se vio interrumpida por el sonido de las sirenas de los coches de policía acercándose al lugar. Sucediera lo que sucediese a continuación, aquellos tres hombres por fin descansarían como jamás lo habían hecho, ya que sabían que la amenaza que suponía Shogorr'e y sus dioses había sido exterminada para siempre.

Encuentro con lo antiguo

Escrito por Francesc Marí.

LASDAOALPLAY? Books — lasdaoalplay.com/books

Editado en Sant Joan Despí, octubre 2026

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de dichos derechos podrá ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

lasdaoalplay.com